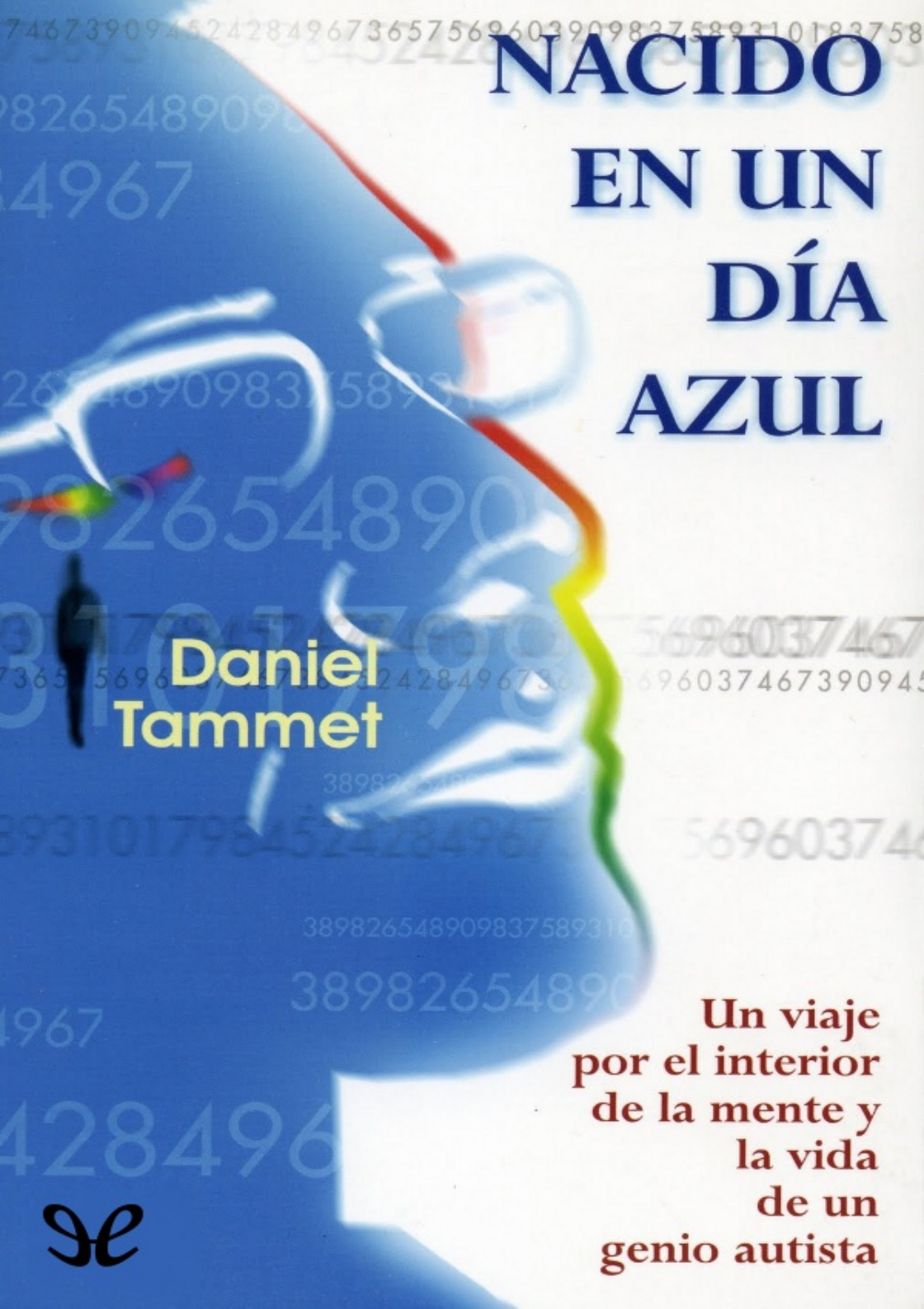




NACIDO EN UN DÍA AZUL

**Daniel
Tammet**

**Un viaje
por el interior
de la mente y
la vida
de un
genio autista**



Este extraordinario relato nos ofrece una perspectiva inédita: el interior de la mente de un joven autista de 27 años. Afectado por el síndrome de Asperger, Daniel Tammet es capaz de realizar complicadas operaciones aritméticas con la velocidad el rayo, puede aprender un idioma en tan sólo unos días y ha establecido un nuevo récord al memorizar y recitar más de 22 500 decimales del número pi. Percibe los números con formas, colores y texturas; los números son sus amigos y en cualquier lugar o situación, nunca abandonan su pensamiento. Cuando se siente estresado o triste, cierra los ojos y cuenta.

Su sorprendentes habilidades lo han convertido en una celebridad mundial y está siendo estudiado por los más relevantes neurólogos. En este libro, con una prosa asombradamente clara y cálida, Daniel nos relata los acontecimientos más relevantes de su vida, desde su frustrante y aislada infancia hasta el momento actual.



Daniel Tammet

Nacido en un día azul

**Un viaje por el interior de la mente y la vida de
un genio autista**

ePub r1.2

Rob_Cole 11.04.2016

Título original: *Born on a blue day*

Daniel Tammet, 2006

Traducción: Miguel Portillo

Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: Macronoid (r1.0 a 1.1)

ePub base r1.2



Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas, sin las cuales este libro nunca habría nacido:

Mis padres, Jennifer y Kevin, por todo su amor y paciencia y por todo lo que me han enseñado.

Mis hermanos, Lee, Steven y Paul, y mis hermanas, Claire, Maria, Natasha, Anna-Marie y Shelley, por su amor y comprensión.

Rehan Qayoom, mi mejor amigo en mi etapa escolar.

Elfriede Corkhill, mi profesor favorito.

Lan y Elaine Moore, Lan y Ana Williams, y Olly y Ash Jeffrey, mis mejores amigos.

Birute Ziliene, la persona en quien pienso cuando recuerdo mi estancia en Lituania.

Sigrídur Kristinsdóttir, mi tutora islandesa.

Suzy Seraphina-Kimel y Julien Chaumon, por su ayuda con el sitio web Optimnem.co.uk.

Martin, Steve, Toby, Dan y Nicola, el equipo que se halla tras el documental *Brainman*.

Karen Ammond, por enseñarme el poder del entusiasmo.

Andrew Lownie, mi agente literario.

Rowena Webb, Helen Coyle y Kerry Hood, de Hodder, por su ayuda y su consejo con el libro.

Bruce Nichols y el equipo de free Press por su ayuda con la edición estadounidense.

Finalmente, Neil, mi pareja, por ser él mismo.

1



Nueves azules y palabras rojas

Nací el 31 de enero de 1979, un miércoles. Sé que era miércoles porque para mí esa fecha es azul, y los miércoles siempre son azules, como el número nueve o el sonido de voces discutiendo. Me gusta la fecha de mi nacimiento porque visualizo la mayoría de sus números con formas suaves y redondeadas, similares a los cantos rodados de una playa. Y eso es porque son números primos: 31, 19, 197, 97, 79 y 1979. Todos ellos son divisibles sólo por sí mismos y por la unidad. Puedo reconocer todos los números primos hasta 9973 por su cualidad «cantorrodada». Así es como funciona mi cerebro.

Sufro una afección conocida como síndrome del genio autista, de la que se sabía poco antes de que la describiese el actor Dustin Hoffman en la película *Rain Man*, que ganó un Óscar en 1988. Al igual que Raymond Babbitt, el personaje de Hoffman, yo también siento una necesidad casi obsesiva por el orden y la rutina, que afecta virtualmente a todos los aspectos de mi vida. Por ejemplo, cada mañana, para desayunar, como exactamente 45 gramos de copos de avena; peso el tazón con una báscula electrónica para asegurarme. A continuación cuento el número de prendas de vestir que me pondré antes de salir de casa. Siento ansiedad si no puedo beber mis tazas de té todos los días a la misma hora. Cuando me estreso demasiado y no puedo respirar bien, cierro los ojos y cuento. Pensar en números me ayuda a calmarme.

Los números son mis amigos y siempre han estado cerca de mí. Cada uno de ellos es único y cuenta con su propia «personalidad». El 11 es simpático y el 5 es chillón, mientras que el 4 es tímido y tranquilo. Es mi número favorito, me recuerda a mí mismo. Algunos son grandes: 23, 667, 1179, mientras que otros son pequeños: 6, 13, 581. Algunos son preciosos, como 333, y otros feos, como 289. Para mí, cada número es especial.

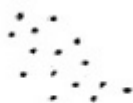
Vaya donde vaya o haga lo que haga, los números nunca están muy lejos de mi pensamiento. En una entrevista en el programa de David Letterman en Nueva York, le dije que se parecía al 117, alto y desgarbado.

Más tarde, fuera, en la numéricamente apropiada Times Square, levanté la mirada hacia los elevados rascacielos y me sentí rodeado de nieve, el número que asocio con sensaciones de inmensidad.

A mi experiencia visual y emocional de los números los científicos la llaman sinestesia. Se trata de una extraña mezcla neurológica de los sentidos, cuyos resultados más comunes son la capacidad para ver letras y números en colores. La mía es de un tipo poco común y muy compleja, pues veo los números como formas, colores, texturas y movimientos. Por ejemplo, el número 1 es de un blanco brillante y luminoso, como si alguien me enfocase a los ojos con una linterna. El 5 es como un trueno, o como el sonido de olas rompiendo contra las rocas. El 37 es grumoso como las gachas, mientras que el 89 me recuerda a la nieve cayendo.



37



89

Probablemente, el caso más famoso de sinestesia fue el registrado a lo largo de un período de treinta años a partir de la década de 1920 por el psicólogo ruso A. R. Luria, sobre un periodista de nombre Shereshevski, con una memoria prodigiosa. «S», como le llamaba Luria en sus notas para el libro *The Mind of a Mnemonist*,

contaba con una afinada memoria visual que le permitía «ver» palabras y números con formas y colores diferentes. «S» era capaz de recordar una matriz de 50 dígitos tras estudiarla durante tres minutos. Y podía acordarse de ella tanto inmediatamente después como muchos años más tarde. Luria reconoció que las experiencias sinestésicas de Shereshevski conformaban la base de su notable memoria de corto y largo alcance.

Utilizando mis propias experiencias sinestésicas desde mi primera infancia, he crecido con la capacidad de manejar y calcular enormes cifras sin tener que realizar un esfuerzo consciente, igual que el personaje de Raymond Babbitt. De hecho, se trata de un talento común entre otros genios autistas de la vida real (a los que a veces se denomina «calculadores relámpago»). El doctor Darold Treffert, médico de Wisconsin y uno de los principales investigadores del síndrome del genio autista, ofrece el ejemplo de un ciego con «una facultad de cálculo desarrollada hasta un grado casi maravilloso» en su libro *Extraordinary People*:

Cuando le preguntaron cuántos granos de maíz debía haber en cualquiera de las 64 cajas, con 1 en la primera, 2 en la segunda, 4 en la tercera, 8 en la cuarta y demás, dio instantáneamente respuestas para la decimocuarta (8192), la decimoctava (131 072) y la vigésimo cuarta (8 388 608), ofreciendo las cifras de la caja cuadragésimo

octava (140 737 488 355 328) en seis segundos. También dio el total de las 64 cajas correctamente (18 446 744 073 709 551 616) en cuarenta y cinco segundos.

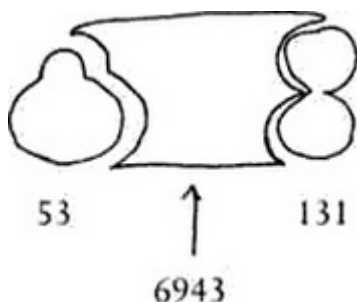
Mi tipo favorito de cálculo es la potencia multiplicadora, es decir, multiplicar un número por sí mismo durante un número concreto de veces.

Multiplicar una cifra por sí misma se denomina elevarla al cuadrado; por ejemplo, el cuadrado de 72 es $72 \times 72 = 5184$. Los cuadrados siempre tienen formas simétricas en mi mente, lo que hace que para mí resulten especialmente bellos. Multiplicar el mismo número tres veces por sí mismo es elevarlo al cubo o «elevarlo a la tercera potencia». El cubo o tercera potencia de 51 equivale a $51 \times 51 \times 51 = 132\,651$. En mi cabeza veo cada resultado de una multiplicación de este tipo con una forma particular. Al crecer la suma y su resultado, también se tornan más complejas las formas y colores mentales que experimento. Veo el 37 a la quinta potencia — $37 \times 37 \times 37 \times 37 \times 37 = 69\,343\,957$ — como un enorme círculo compuesto de círculos más pequeños que discurren, desde la parte superior, en el sentido de las agujas del reloj.

Cuando divido un número por otro, en mi cabeza veo una espiral que rota en sentido descendente conformando rizos cada vez más grandes, que parecen torcerse y curvarse. Distintas divisiones producen diferentes

tamaños de espirales y curvas variables. A partir de mis imágenes mentales puedo calcular una operación como $13/97$ (0,134 020 618...) hasta casi cien decimales.

Cuando calculo nunca escribo nada, porque siempre puedo manejar las operaciones en mi cabeza y porque me resulta mucho más fácil visualizar la respuesta utilizando mis formas sinestésicas en lugar de intentar seguir las técnicas «me llevo uno» de los libros de texto que dan en el colegio. Cuando realizo una multiplicación, veo los dos números con formas específicas. Luego la imagen cambia y aparece una tercera, que es la respuesta correcta. Este proceso se realiza en cuestión de segundos y de manera espontánea. Es hacer operaciones matemáticas sin tener que pensar.



En la ilustración de arriba multiplico 53 por 131. «Veo» ambos números con una única forma y sitúo espacialmente cada uno de ellos frente al otro. El espacio creado entre las dos formas crea una tercera, que percibo como un nuevo número: 6943, la solución de la operación.

Las diferentes operaciones implican distintas formas y también sensaciones o emociones diversas respecto a ciertos números. Siempre que multiplico con el 11 experimento la sensación de que las cifras caen dando tumbos en mi cabeza. Los seises son los números que me resulta más difícil recordar, porque los experimento como diminutos puntos negros, sin ninguna forma o textura característica. Los describiría como intervalos o agujeros. A veces manifiesto respuestas visuales y emocionales frente a todas las cifras, hasta diez mil, como si contase con mi propio vocabulario visual y numérico. Y también igual que un poeta elige sus palabras, para mí algunas combinaciones de números son más bellas que otras: unas van bien con números más oscuros, como los ochos y los nueves, pero no tan bien con los seises. Un número de teléfono con la secuencia «189» me parece mucho más bonito que una serie como «116».

Esta dimensión estética de mi sinestesia tiene sus ventajas e inconvenientes. Si veo un número que experimento como especialmente atractivo en el cartel de una tienda o una matrícula, siento un escalofrío de excitación y placer. Por otra parte, si los números no se ajustan a mi manera de sentirlos, si por ejemplo, el cartel del precio de algo en una tienda es «99» y está en rojo o en verde (en lugar de azul), me siento incómodo e irritado.

Desconozco cuántos genios autistas tienen experiencias sinestésicas que los ayuden en los campos

en que destacan. Una de las razones es que, al igual que Raymond Babbitt, muchos padecen una profunda discapacidad mental o física, que les impide explicar a los demás cómo hacen las cosas que hacen. Por fortuna, yo no padezco ninguna de las graves disfunciones que suelen estar asociadas con capacidades como las mías.

Como la mayoría de las personas con el síndrome del genio autista, yo también entro en la escala autista. Tengo síndrome de Asperger, una forma de autismo relativamente suave y que permite una elevada funcionalidad, que afecta a 1 de cada 300 personas en Gran Bretaña. Según un estudio realizado en el 2001 por la Sociedad Autista Nacional de Gran Bretaña, a casi la mitad de todos los adultos con síndrome de Asperger no se les diagnostica la dolencia hasta después de los dieciséis años. A mí me la diagnosticaron a los veinticinco, tras unas pruebas y una entrevista realizada en el Centro de Investigaciones sobre Autismo, de Cambridge.

El autismo, incluyendo el síndrome de Asperger, está definido por la presencia de disfunciones que afectan a las interacciones sociales, la comunicación y la imaginación (problemas con el pensamiento abstracto o flexible y la empatía, por ejemplo). No es fácil diagnosticarlo y el diagnóstico no puede realizarse a través de un análisis sanguíneo o de un electroencefalograma; los médicos han de observar el

comportamiento y estudiar el historial del desarrollo del individuo desde su infancia.

Quienes tienen Asperger suelen contar con buenas capacidades lingüísticas y pueden llevar vidas relativamente normales. Muchos cuentan con un coeficiente intelectual superior al general y sobresalen en áreas que implican pensamiento lógico o visual. Al igual que otras formas de autismo, el Asperger es una condición que afecta a muchos más hombres que mujeres (alrededor del 80% de los autistas y del 90% con Asperger son hombres). La tenacidad es una característica definitoria, ya que sentimos un impulso muy intenso de analizar las cosas en detalle y de identificar las reglas y las pautas en los sistemas. Son comunes las habilidades especializadas que implican a la memoria, los números y las matemáticas. Se desconoce con exactitud qué es lo que causa el síndrome de Asperger, aunque es algo con lo que se nace.

Desde que puedo recordar, he experimentado los números de la manera visual y sinestésica. Son mi primer lenguaje, en el que suelo pensar y sentir. Normalmente me resulta difícil comprender las emociones o saber cómo reaccionar ante ellas, así que utilizo los números como ayuda. Si un amigo me dice que se siente triste o deprimido, me imagino a mí mismo sentado en la oscura cavidad del número seis para ayudarme a experimentar el mismo tipo de sensación y así comprenderla. Si leo en un artículo que una persona se siente intimidada por algo,

me imagino a mí mismo junto al número nueve. Siempre que alguien describe una visita a un lugar hermoso, yo recuerdo mis paisajes numéricos y lo feliz que me siento en su interior. Lo cierto es que los números me ayudan a comprender mejor a otras personas.

A veces, cuando conozco a alguien me recuerda a un número en particular y eso me ayuda a sentirme bien con esa persona. Puede ser muy alta y recordarme al nueve, o redondeada, por lo que entonces veo el tres. Si me siento mal o ansioso en una situación y carezco de una experiencia previa al respecto (lo que hace que esté mucho más estresado e incómodo), cuento interiormente. Cuando cuento, los números conforman en mi mente imágenes y patrones que son coherentes y me dan seguridad. Entonces puedo relajarme e interactuar con cualquier situación en la que me encuentre.

Pensar en calendarios siempre me hace sentir bien, con todos sus números y recuadros. Los diferentes días de la semana provocan distintos colores y emociones en mi mente: los martes son de un color cálido, mientras que los jueves son borrosos. Los cálculos calendáricos —la capacidad para decir en qué día de la semana cayó o caerá una determinada fecha— es una habilidad común a muchos genios autistas. Creo que probablemente se debe a que los números de los calendarios son predecibles y a que conforman patrones entre los diferentes días y meses.

Por ejemplo, el 13.º día de un mes siempre es dos días antes de aquel en que haya caído el 1.º, mientras que

varios meses imitan el comportamiento de otros, como febrero y marzo (el 1.^{er} día de febrero es el mismo que el 1.º de marzo). Por tanto, si el 1 de febrero es de textura borrosa en mi mente (jueves) en cualquier año, el 13 de marzo será un color cálido (martes).

En su libro *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, el escritor y neurólogo Oliver Sacks menciona el caso de dos autistas profundos, los gemelos John y Michael, como un ejemplo de hasta qué punto pueden los genios autistas realizar cálculos calendáricos. Aunque incapaces de cuidar de sí mismos (pasaron por diversas instituciones desde la edad de siete años), los gemelos eran capaces de calcular el día de la semana de cualquier fecha en un período de 40 000 años.

Sacks también describe a John y Michael jugando a un juego que implicaba intercambiarse números primos durante horas. Al igual que los gemelos, a mí también me fascinan los números primos. «Veo» cada uno de ellos como una forma de suave textura, distinta de los números compuestos (no primos), que son más granulados y menos característicos. Siempre que identifico un número primo siento un hormigueo en la cabeza (en el centro de la frente) que resulta difícil poner en palabras. Se trata de una sensación particular.

A veces cierro los ojos e imagino los primeros treinta, cincuenta o cien números, experimentándolos espacial y sinestésicamente. Luego, en mi imaginación, puedo ver lo hermosos y especiales que son los números primos

gracias a la manera en que sobresalen, con tanta nitidez, respecto a los demás números. Esa es precisamente la razón por la que los observo sin parar. Cada uno de ellos es muy distinto del anterior y del siguiente. Su soledad entre el resto de los números los convierte en llamativos e interesantes para mí.

Hay momentos, justo antes de dormir, en los que mi mente se llena de repente de luz blanca, en la que sólo puedo ver números —cientos, miles de ellos— pasando rápidamente frente a mis ojos. La experiencia es bella y tranquilizadora. Algunas noches, cuando me cuesta dormir, me imagino caminando por mis paisajes numéricos. Luego me siento seguro y feliz. Nunca me he sentido perdido, porque las formas de los números primos actúan como indicadores.

Los matemáticos también pasan mucho tiempo pensando en números primos, en parte porque no hay una manera más rápida y sencilla de comprobar un número que ver si es o no es primo. El mejor método es «el tamiz de Eratóstenes», bautizado con el nombre de un antiguo matemático y filósofo griego, Eratóstenes de Cirene. El método del tamiz funciona de la siguiente manera: escribe los números que quieras comprobar, por ejemplo del 1 al 100. Empezando con el 2 (el 1 no es primo ni compuesto), tacha uno de cada dos números: 4, 6, 8... hasta 100. Luego pasa a tres y tacha uno de cada tres números: 6, 9, 12... A continuación, pasa a cuatro y tacha uno de cada cuatro números: 8, 12, 16... y así hasta que

te quedas con los pocos que no aparecen tachados: 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31... Esos son los números primos; las piedras angulares de mi mundo numérico.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60
61	62	63	64	65	66	67	68	69	70
71	72	73	74	75	76	77	78	79	80
81	82	83	84	85	86	87	88	89	90
91	92	93	94	95	96	97	98	99	100

Mi sinestesia también afecta a la manera en que percibo las palabras y el lenguaje. Por ejemplo, el término *ladder* (escalera de mano) es azul y brillante, mientras que *hoop* (aro) es blando y blanco. Lo mismo sucede cuando leo palabras en otros idiomas: *jardin*, el vocablo francés, es de un amarillo borroso, mientras que *hnugginn* —triste, en islandés— es blanco, con muchas motas azules. Los investigadores de la sinestesia afirman que las palabras coloreadas tienden a obtener sus colores de su primera letra, y ello suele ser cierto en mi caso: yogur es una palabra amarilla (*yellow*, en inglés), vídeo es violeta y portón (*gate*) es verde (*green*, en inglés). También puedo hacer que cambie el color de una palabra al añadir mentalmente letras iniciales que la conviertan en otra: *at* (en, a) es roja, pero si le añado la letra «h» para

obtener *hat* (sombrero), se convierte en blanca. Si luego le añado la «t» para tener *that* (eso), su color pasa a naranja. No todas las palabras siguen la regla de la primera letra: las que empiezan con la «a», por ejemplo, siempre son rojas, y las que comienzan con la «w» siempre son azul oscuro.

Algunas palabras encajan perfectamente con lo que describen. Una frambuesa (*raspberry*) es tanto un vocablo rojo como un fruto rojo, mientras que hierba (*grass*) es tanto una palabra como un organismo verde (*green*). Las palabras que empiezan con la letra «t» siempre son anaranjadas, como un tulipán o un tigre, o un árbol (*tree*) en otoño, cuando las hojas cambian de color.

Por el contrario, algunos términos no parecen encajar con lo que describen: ganso es una palabra verde (*green*), pero describe aves blancas (en mi opinión «ánsar» sería una elección mejor); la palabra blanco es azul, mientras que naranja es clara y luminosa como el hielo. Cuatro (*four*) es azul, pero es un número puntiagudo, al menos para mí. El color de vino (*wine*, una palabra azul) aparece mejor descrito con la expresión francesa *vin*, que es púrpura.

Ver palabras con distintos colores y texturas ayuda a mi memoria en cuestiones de hechos y nombres. Por ejemplo, recuerdo que los ciclistas ganadores de cada etapa del Tour de Francia ganan un *maillot* amarillo (no es verde, ni rojo, ni azul), porque la palabra *maillot* (jersey) para mí es amarilla. De igual manera, puedo

acordarme de que la bandera de Finlandia tiene una cruz azul (sobre fondo blanco) porque la palabra Finlandia es azul (como todas las que empiezan con «f»). Cuando acabo de conocer a alguien suelo recordar su nombre por el color de la palabra: los Richards son rojos, los Johns son amarillos (*yellow*) y los Henrys son blancos (*white*).

También me ayuda a la hora de aprender otras lenguas de una manera fácil y rápida. Ahora puedo hablar diez idiomas: inglés (lengua materna), finlandés, francés, alemán, lituano, esperanto, español, rumano, islandés y galés. Asociar los diferentes colores y emociones que experimento con cada vocablo y su significado me ayuda a dar vida a las palabras. Por ejemplo, la palabra finlandesa *tuli* para mí es anaranjada, y significa «fuego». Cuando la leo y pienso en ella, inmediatamente veo el color en mi cabeza, lo cual evoca el significado. Otro ejemplo es la galesa *gweilgi*, que es verde (*green*) y azul oscura, y significa «mar». Creo que es una palabra muy buena para describir los colores del mar. Luego está la islandesa *rökkur*, que significa «crepúsculo» o «anochecer». Se trata de una palabra carmesí, y cuando la veo me hace pensar en una puesta de sol rojiza.

Recuerdo que de niño, durante una de mis frecuentes visitas a la biblioteca local, me pasaba las horas hojeando un libro tras otro buscando en vano uno donde apareciese mi nombre. Como había tantos libros en la biblioteca, con tantos nombres diferentes en sus lomos, di por sentado que uno de ellos —en alguna parte— tendría el mío. Por

entonces no entendía que el nombre de una persona aparece en un libro porque él o ella lo han escrito. Ahora, que tengo veintiséis años, lo comprendo mejor. Si algún día encuentro un libro con mi nombre será porque lo he escrito yo.

Escribir sobre mi vida me ha dado la oportunidad de contar con cierta perspectiva acerca de hasta dónde he llegado y ver el desarrollo de mi vida hasta el momento presente. Si hace diez años alguien les hubiese dicho a mis padres que yo iba a ser totalmente independiente, con una relación amorosa y una carrera profesional, me parece que no se lo hubiesen creído e imagino que yo tampoco lo hubiera hecho. Este libro explica cómo he llegado hasta aquí.

A mi hermano pequeño, Steven, le acaban de diagnosticar la misma forma de autismo que a mí. A los diecinueve años de edad, está enfrentándose a idénticos desafíos a los que yo tuve que hacer frente, desde problemas de ansiedad y soledad hasta la incertidumbre sobre el futuro. Cuando yo era niño, los médicos desconocían el síndrome de Asperger (no fue reconocido como trastorno singular hasta 1994) y por ese motivo, durante muchos años fui creciendo sin comprender por qué me sentía tan diferente de mis compañeros y tan aislado del mundo que me rodeaba. Al escribir sobre mis experiencias relacionadas con crecer dentro del espectro autista, espero poder ayudar a que otros jóvenes que viven con una forma de autismo de elevada

funcionalidad, como mi hermano Steven, se sientan menos aislados y confíen en que es posible llevar una vida feliz y productiva. Yo soy la prueba viviente de ello.

2



Mis primeros años

Era una fría mañana de enero en el este de Londres. Mi madre, entonces embarazada de mí, se hallaba sentada y mirando silenciosamente por la única ventana grande del piso, hacia la estrecha y helada calle de abajo. Mi padre, madrugador habitual, se sorprendió de encontrarla despierta al volver a casa después de comprar el periódico en el quiosco. Preocupado por si algo no iba bien, se acercó suavemente a ella y la tomó de la mano. Mi madre parecía cansada, igual que durante las últimas semanas, y no se movió, continuando con la mirada fija y en silencio. Luego, poco a poco, se volvió hacia él. Su rostro reflejaba emoción, mientras sus manos se posaban

suavemente sobre el estómago. Dijo: «Pase lo que pase, le querremos, simplemente le querremos».

Mi madre empezó a llorar y mi padre le apretó la mano entre las suyas y asintió en silencio.

De niña siempre se había considerado extraña; sus primeros recuerdos eran de hermanos demasiado mayores para jugar con ella (se fueron de casa mientras ella todavía era pequeña) y de sus propios padres como unas personas rígidas y distantes. Sin duda la querían, pero raramente lo sintió mientras creció. Los recuerdos de su infancia continuaban hiriéndola, a causa de su ambigüedad emocional, incluso treinta años después.

Mi padre se volcó en mi madre desde el momento en que la conoció, a través de amigos comunes. Tras un rápido romance decidieron fundar un hogar. Él tenía poco que ofrecerle —al menos eso creía él—, aparte de su devoción.

De niño había criado solo a sus hermanos y hermanas más pequeños mientras su madre, divorciada de mi abuelo, trabajaba fuera de casa durante largas temporadas. Mi padre tomó a su cargo el cuidado de su familia incluso cuando esta se trasladó a un albergue de beneficencia cuando él tenía diez años de edad. Le quedó poco tiempo para asistir a la escuela o para las esperanzas y sueños normales de la infancia. Más tarde recordaría el día en que conoció a mi madre como el más feliz de su vida. Aunque eran personas muy diferentes, consiguieron que el otro se sintiese alguien especial, y a pesar de todas

las dificultades en su educación familiar, querían que yo también me sintiese especial.

Días después de esa conmovedora conversación entre ellos, mi madre se puso de parto. Una noche, al llegar a casa del trabajo, mi padre la encontró doblada de dolor. Le había esperado, temerosa de ir al hospital sin él. Telefoneó pidiendo una ambulancia y, con la ropa todavía pringosa de aceite y grasa a causa de su empleo en la metalurgia, llevó a mi madre al hospital. El parto fue rápido y llegué al mundo pesando poco más de dos kilos y medio.

Se dice que la llegada de un bebé lo cambia todo, y lo cierto es que mi nacimiento cambió para siempre la vida de mis padres. Fui su primer hijo y por eso tal vez fuese natural que invirtiesen muchas esperanzas en mi futuro, incluso antes de mi nacimiento. Mi madre pasó los meses antes de dar a luz leyendo con avidez artículos de populares revistas femeninas en busca de consejos para madres primerizas y, junto con mi padre, ahorraron para una cuna.

No obstante, los primeros días que mi madre pasó conmigo en el hospital no fueron tal y como los imaginó. Yo no dejaba de llorar durante horas. No parecía importarme que me abrazase, ni que me acariciase dulcemente el rostro con los dedos. Yo no hacía más que llorar, llorar y llorar.

El piso donde vivían mis padres era pequeño y sólo contaba con un dormitorio en una de cuyas esquinas

estaba mi cuna. Tras mi llegada del hospital, les resultó imposible acostarme en ella; yo no quería dormir y no dejaba de llorar. Mi madre me dio el pecho durante los siguientes dieciocho meses. Ese fue uno de los escasos métodos de los que disponían mis padres para calmarme.

Hace tiempo que se sabe que dar el pecho es beneficioso para los bebés, que los ayuda a desarrollar sus facultades cognitivas y sensoriales, así como el sistema inmunitario. También se cree que es beneficioso para el desarrollo emocional de los niños autistas, ya que les proporciona una oportunidad especial para que pueda tener lugar un contacto físico y emocional íntimo entre madre e hijo. Los estudios realizados indican que los niños autistas que son amamantados responden mejor, están mejor adaptados socialmente y son más afectuosos que los que han sido alimentados con papillas.

Otra de las maneras en que mis padres conseguían aliviar mis llantos era darme sensación de movimiento. Mi padre solía acunarme en sus brazos, a veces durante más de una hora seguida. No era nada extraño que tuviera que comer o cenar con una mano mientras con el otro brazo me sostenía y acunaba. Además, me sacaba en cochecito a dar largos paseos por la calle cuando regresaba de trabajar, y también antes de salir, a primera hora de la mañana. En el momento en que el cochecito se detenía, yo volvía a llorar.

Al cabo de poco tiempo dejó de importar si era de día o de noche, y las vidas de mis padres empezaron a girar

alrededor de mi llanto. Tuve que sacarles de quicio. Desesperados, solían ponerme en una manta, de la que mi madre sujetaba un extremo y mi padre el otro, balanceándome de lado a lado. Ese movimiento repetitivo parecía calmarme.

Me bautizaron ese verano. Aunque no solían ir a la iglesia, era su primogénito y creyeron que era lo mejor que podían hacer. Acudieron al evento todo tipo de familiares, amigos y vecinos, e hizo un día cálido y despejado. Pero nada más llegar a la iglesia empecé a llorar y llorar, ahogando las palabras que se pronunciaron en la ceremonia. Mis padres se sintieron profundamente avergonzados.

Mis abuelos maternos vinieron de visita y se preguntaron por qué era un bebé tan difícil. Le sugirieron a mi madre que no me tomara en brazos cuando empezase a llorar. «No tardará en cansarse», aseguraron. Pero lo que consiguieron fue que mis sollozos se volviesen más acusados.

Mis padres llamaron al médico en muchas ocasiones, pero este siempre decía que sufría un cólico y que no tardaría en mejorar. Los cólicos suelen asociarse a los «llantos sin explicación», cuando el bebé llora más y con más fuerza de lo normal y resulta muy difícil consolarle. Sólo uno de cada cinco bebés llora lo suficiente para encajar en la definición del cólico. Los médicos y los científicos llevan décadas intentando descubrir la causa que se esconde tras los excesivos llantos de los bebés. La

idea más reciente es que la mayoría de las formas de cólicos son atribuibles al desarrollo y a cuestiones neurológicas, que tienen un origen cerebral en lugar de provenir —como muchos padres creen— del sistema digestivo. Por ejemplo, los bebés que padecen de cólicos tienden a mostrarse extraordinariamente sensibles a los estímulos y suelen ser vulnerables a las sobrecargas sensoriales.

La duración de mi exceso de llantos —que se prolongaron durante mi primer año— era inusual, incluso entre los bebés que padecen cólicos. Recientemente, los investigadores que estudian el desarrollo de niños con un historial de llantos prolongados durante la infancia han descubierto que ese exceso puede ser una señal de futuros problemas de comportamiento. Comparados con niños con un historial de llantos normales cuando eran bebés, los llorones a la edad de cinco años resultaron contar con peor coordinación entre manos y ojos, y ser más propensos a la hiperactividad, o bien presentar problemas de disciplina.

Por fortuna, mi desarrollo no se vio afectado en otras áreas: anduve y pronuncié mis primeras palabras poco después de mi primer cumpleaños. Uno de los criterios para diagnosticar el síndrome de Asperger es la ausencia de cualquier retraso significativo en el lenguaje (al contrario de otras formas más agudas de autismo, en la que el lenguaje puede sufrir graves retrasos o incluso no existir).

Luego vinieron una serie de infecciones de oído recurrentes, que trataron con antibióticos. A causa del dolor provocado por las infecciones continué siendo un niño malhumorado, enfermizo y llorón hasta bien entrado mi segundo año de edad. A lo largo de todo ese tiempo, mis padres, a los que solía agotar, continuaron meciéndome en la manta y acunándome en sus brazos a diario.

Y entonces, entre los constantes llantos y enfermedades, mi madre descubrió que estaba embarazada. Mis padres solicitaron al ayuntamiento una casa más grande y nos trasladamos a un segundo piso cercano al anterior. Lee, mi hermano, nació un domingo de mayo y fue completamente distinto a mí: feliz, tranquilo y sosegado. Debió de ser todo un alivio para mis padres.

Sin embargo, mi comportamiento no mejoró. A los dos años de edad empecé a ir caminando hasta una pared de la sala de estar para darme cabezazos contra ella. Balanceaba el cuerpo adelante y atrás, golpeando la cabeza contra la pared, de manera repetida y rítmica. A veces me daba tan fuerte que me hacía heridas. Mi padre me apartaba de la pared en cuanto escuchaba el que pronto se convirtió en el familiar sonido de mis cabezazos, pero yo volvía hacia ella y comenzaba otra vez. En otras ocasiones me sumergía en violentos berrinches, dándome manotazos en la cabeza una y otra vez, y chillando todo lo que podía.

Mis padres acudieron a la enfermera visitante. Esta les aseguró que los cabezazos eran la manera que tenía un niño de calmarse a sí mismo cuando se sentía angustiado. Sugirió que yo estaba frustrado e infraestimulado y prometió buscarme un sitio en la guardería local. Para entonces tenía unos dos años y medio. Mis padres se sintieron aliviados cuando unas semanas más tarde recibieron una llamada para comunicarles que me habían admitido en la guardería.

A causa del recién llegado, mis padres tuvieron que reestructurar las rutinas cotidianas que desarrollaron juntos lo largo de los más de dos años pasados. La guardería significó un gran cambio. Sus días ya no giraban por entero alrededor de mis necesidades. Siempre tuve el sueño ligero me despertaba varias veces por la noche, e invariablemente me levantaba muy temprano por las mañanas. A la hora del desayuno, mi padre me daba de comer, me lavaba y me vestía mientras mi madre se ocupaba de mi hermano pequeño. Hasta la guardería había un kilómetro y medio de intrincado camino sentado en mi cochecito, y pasábamos por el cementerio cuáquero, donde se halla enterrada la reformadora de prisiones Elizabeth Fry, y luego por una manzana de grandes pisos, antes de llegar a una arcada que daba paso a un sendero y a una serie de cruces de calles.

La guardería fue mi primera experiencia del mundo exterior y mis recuerdos de esa época son escasos pero intensos, como delgados rayos de luz perforando la niebla

del tiempo. Estaba el arenal en el que pasaba gran parte del día, reuniendo y empujando arena, fascinado por los granos individuales. Luego, mi fascinación por los relojes de arena, de los que había varios en la guardería, de tamaños diversos, y recuerdo que observaba cómo iba cayendo el hilo de arena granulosa, ajeno a los niños que jugaban a mi alrededor.

Mis padres me cuentan que era solitario, que no me mezclaba con los otros niños, y que los supervisores me describían como absorto en mi propio mundo. El contraste entre mis primeros años y esa época debió de ser muy intenso para mis padres, al pasar de ser un bebé gritón, llorica y que se daba cabezazos a un niño absorto en sí mismo y distante. En retrospectiva, ahora se dan cuenta de que ese cambio no fue necesariamente una señal de mejoría, tal y como creyeron entonces. Pasé a ser casi «demasiado bueno», demasiado tranquilo y poco exigente.

El autismo es un trastorno que por entonces era muy poco conocido entre el público en general y mi comportamiento no era precisamente lo que muchos asumían por entonces como algo típicamente autista: no balanceaba el cuerpo continuamente, podía hablar y mostraba cierta capacidad de interacción con el entorno que me rodeaba. Pasaría otra década antes de que la comunidad médica empezase a aceptar el autismo de alta funcionalidad, incluido el Asperger, y que fuese cada vez más conocido entre el gran público.

También había algo más. Mis padres no quisieron colocarme una etiqueta, sentir que me estaban reprimiendo en ningún sentido. Más que otra cosa, lo que deseaban es que fuese feliz, que estuviese sano y que llevase una vida «normal». A sus amistades, familiares y vecinos les decían que era muy «tímido» y «sensible» cuando invariablemente preguntaban por mí. Creo que también debieron de temer cualquier posible estigma relacionado con tener un hijo con problemas de desarrollo.

Otro de mis recuerdos acerca de los primeros meses en la guardería trata de las distintas texturas del suelo. Algunas zonas estaban cubiertas con esteras y otras con moqueta. Me acuerdo que caminaba lentamente, con la cabeza gacha, observándome los pies mientras pisaba las diversas partes del suelo, experimentando las diferentes sensaciones bajo las plantas de los pies. Como siempre llevaba la cabeza baja al caminar a veces tropezaba con otros niños o con las chicas de la guardería, pero como me movía con tanta lentitud, la colisión siempre era ligera y sólo tenía que apartarme un poco y continuar sin ocuparme más de la cuestión.

Cuando el tiempo era cálido y seco, las cuidadoras nos permitían jugar en un jardincito anexo al edificio de la guardería. Allí había un tobogán y algunos columpios, así como varios juguetes desparramados por la hierba: pelotas de vivos colores e instrumentos de percusión. Siempre había algunas esteras de plástico colocadas al

final del tobogán y bajo los columpios, por si los niños se caían. Me encantaba caminar descalzo sobre esas esteras. Cuando lucía calor me sudaban los pies y se quedaban pegados a las esteras. Entonces levantaba uno y lo volvía a bajar para recrear una y otra vez la sensación pegajosa en las plantas de los pies.

¿Qué les parecí a los otros niños? No tengo ni idea, porque no los recuerdo. Para mí eran el telón de fondo de mis experiencias visuales y táctiles. No tenía la noción de juego como de una actividad compartida. Parece que las chicas de la guardería se acostumbraron a mi comportamiento inusual, porque nunca intentaron hacerme jugar con mis compañeros. Tal vez esperaban que me fuese acostumbrando a los niños que me rodeaban y que acabase relacionándome con ellos, pero nunca lo hice.

Mi padre siempre me llevaba a la guardería y a veces me recogía con el cochecito. Venía directamente desde el trabajo, a menudo todavía con la ropa de faena. Nada le daba vergüenza. La necesidad había hecho que desarrollase múltiples talentos. Al llegar a casa se cambiaba y luego empezaba a preparar la cena. Él era quien cocinaba casi siempre; creo que ello le ayudaba a relajarse. Yo era caprichoso comiendo y me alimentaba prácticamente de cereales, pan y leche. Conseguir que me comiese la verdura costaba una pelea.

La hora de acostarme era siempre conflictiva. Normalmente empezaba a correr o a saltar arriba y abajo,

y me costaba mucho calmarme para dormir. Insistía en dormir siempre con el mismo juguete, un conejito rojo. A veces no podía conciliar el sueño y empezaba a llorar hasta que mis padres cedían y me dejaban dormir con ellos. Solía tener pesadillas. Todavía me acuerdo de una. Me despertaba y comenzaba a llorar tras soñar con un enorme dragón que se plantaba por encima de mí. Comparado con él yo era diminuto. Aunque continué teniendo pesadillas, fueron perdiendo periodicidad y capacidad de asustarme. En cierto modo, vencí al dragón.

Una mañana, de camino hacia la guardería, mi padre decidió cambiar ligeramente el recorrido. Para su sorpresa, empecé a aullar en el cochecito. No tenía ni siquiera tres años y ya me había aprendido de memoria todos los detalles del recorrido entre mi casa y la guardería. Una anciana que pasó al lado se detuvo, me miró y comentó: «Vaya, no puede negarse que tiene un buen par de pulmones». Azorado, mi padre dio media vuelta y retomó el camino habitual. Dejé de llorar inmediatamente.

Otro de los recuerdos que conservo de la época de la guardería es observar a una de las chicas haciendo burbujas. Muchos de los niños estiraban los brazos para atraparlas según pasaban flotando por encima de sus cabezas. Yo no hice el menor movimiento para tocarlas; me limitaba a observar su forma, su movimiento y la manera en que la luz se reflejaba en su brillante y húmeda superficie. Me gustaba sobre todo cuando la chica

soplaba con fuerza y provocaba la aparición de una larga serie de burbujitas más pequeñas, una tras otra en rápida sucesión.

Ni en la guardería ni en casa jugaba con muchos juguetes. Cuando agarraba uno, como el conejito, lo sostenía por los bordes y lo movía de lado a lado. No intentaba abrazarlo, acariciarlo o hacer que el conejito «saltase». Una de mis ocupaciones favoritas era tomar una moneda y hacerla girar en el suelo, observándola dar vueltas y vueltas. Lo hacía una y otra vez, sin dar señales de aburrirme del juego.

Mis padres me recuerdan golpeando los zapatos de mi madre contra el suelo, repetidamente, porque me gustaba el sonido que provocaban. Incluso me los puse e intenté andar por la habitación con ellos. Mis padres los llamaban mis zapatos «clip clop».

En uno de los paseos con mi padre en el cochecito por la calle, grité al pasar junto al escaparate de una tienda. Dudó en llevarme dentro. Normalmente, cuando mis padres salían nunca me metían en una tienda, porque en las contadas ocasiones en que lo hicieron empecé a llorar y a tener una pataleta. En cada ocasión debían disculparse. «Es muy sensible», explicaban, y se marchaban enseguida. En esta ocasión mi grito pareció distinto, decidido. Al entrar se fijó en la exposición de libros de *Mister Men*^[1]. Ahí estaba la rica forma amarilla de Mister Happy y el triángulo verde de Mister Rush. Tomó uno y me lo dio. Como no quería soltarlo tuvo que

comprarlo. Al día siguiente pasó junto a la misma tienda y yo volví a chillar. Mi padre entró y adquirió otro libro de *Mister Men*. Esto se convirtió en una rutina, hasta que me compró toda la serie.

Mis libros de *Mister Men* y yo nos hicimos inseparables. No salía de casa sin llevarme uno. Me pasaba las horas por la noche en el suelo con los libros en las manos, observando los colores y formas de las ilustraciones. Mis padres se sentían bien dejándome con mi obsesión por los personajes de *Mister Men*. Por primera vez les di la impresión de ser feliz y estar tranquilo. También demostró ser un método muy útil para animarme a mejorar de conducta. Si me pasaba todo un día sin berrinches, prometían comprarme un nuevo libro de *Mister Men*.

Nos trasladamos a nuestra primera casa cuando yo tenía cuatro años. Estaba en la esquina de Blithbury Road. La casa tenía una forma rara, con una escalera a la que sólo podía accederse desde un estrecho pasillo separado y adyacente a la sala de estar. El cuarto de baño estaba abajo, a poca distancia de la puerta de entrada. A veces, cuando venía de visita un familiar o un amigo a la hora del baño se sorprendían al hallar la entrada envuelta en vapor.

Los recuerdos de mis padres acerca de Blithbury Road no son positivos. La cocina solía tener humedades y en invierno la casa siempre era fría. A pesar de ello, tuvimos buenos vecinos, como la anciana pareja que se

encariñó de mi hermano y de mí, y nos daba caramelos y limonada cuando salíamos al jardín.

Delante de la casa había una huerta de la que mi padre se ocupaba los fines de semana; pronto empezó a rebosar de patatas, zanahorias, guisantes, cebollas, tomates, fresas, ruibarbo y colinabo. Los domingos por la tarde siempre comíamos ruibarbo y natillas de postre.

Compartía habitación con mi hermano. El cuarto era pequeño, así que para aprovechar el espacio teníamos literas. Aunque era dos años más joven que yo, ocupaba la cama de arriba. A mis padres les preocupaba que pudiera agitarme de noche y caerme desde arriba.

No me sentía muy unido a mi hermano y llevábamos vidas diferentes. Él solía jugar en el jardín mientras yo me quedaba en la habitación, y rara vez jugábamos juntos. Cuando lo hacíamos, no jugábamos a lo mismo. Nunca tuve la sensación de querer compartir mis juguetes o experiencias con él. Mirando hacia atrás, esas sensaciones me parecen un tanto ajenas ahora. Entiendo el concepto de reciprocidad, de compartir las experiencias. Aunque todavía hay veces en las que me resulta difícil abrirme y compartir algo de mí mismo con los demás, lo cierto es que la necesidad de hacerlo está realmente dentro de mí. Tal vez siempre estuvo ahí, pero me hizo falta tiempo para descubrirla y comprenderla.

Me volví un niño cada vez más tranquilo y pasaba la mayor parte del tiempo en mi cuarto, sentado en el suelo en un lugar preciso y absorto en el silencio. A veces,

mientras permanecía sentado, me metía los dedos en las orejas y me acercaba más al silencio, que nunca era estático en el interior de mi mente, sino un movimiento suave que discurría poco a poco alrededor de mi cabeza, como una condensación. Cuando cerraba los ojos me lo imaginaba blando y plateado. No tenía que pensar en ello; sucedía. Si de repente se oía un ruido, como alguien llamando a la puerta, me resultaba doloroso, como si se hiciese añicos la experiencia.

La sala de estar del piso de abajo siempre estaba llena de libros. Mis padres eran lectores apasionados y todavía recuerdo estar sentado en el suelo y observarlos con sus libros, periódicos y revistas en las manos. En algunas ocasiones, cuando era bueno, me permitían sentarme en sus regazos mientras leían. Me gustaba el sonido de pasar las páginas. Los libros se convirtieron en algo muy especial para mí, porque siempre que mis padres leían la habitación se llenaba de silencio. Me hacía sentirme sosegado y satisfecho interiormente.

Empecé a acumular y guardar los libros de mis padres, llevándolos en los brazos, uno a uno, hasta mi habitación. Subir las escaleras me resultaba difícil y tenía que salvar los escalones uno a uno. Si el libro que llevaba era pesado o grande podía costarme todo un minuto trepar una docena de escalones. Algunos libros eran bastante viejos y olían a moho.

En mi habitación los ordenaba en montones sobre el suelo, hasta que me rodeaban por todas partes. A mis

padres les resultaba difícil entrar en la habitación por temor a derribar una de las pilas encima de mí. Si intentaban llevarse algún libro empezaba a llorar y a tener un berrinche. Las páginas de mis libros tenían números y me sentía feliz rodeado de ellos, como si estuviese envuelto en una cómoda sábana numérica. Antes de poder empezar a leer las frases escritas en las páginas, leí los números. Y cuando los contaba, aparecían como movimientos o formas coloreadas en mi mente.

Durante una expedición en que subía por las escaleras llevando en los brazos un libro especialmente pesado, resbalé. El movimiento de caída pareció llenar mi mente mediante rápidos fogonazos de un color luminoso e impreciso, como luz solar dispersa. Me senté al pie de la escalera, deslumbrado y dolorido. No pedí ayuda, sino que esperé a que llegase mi padre para comprobar el origen del ruido. Rara vez hablaba si no se dirigían a mí antes. Tras el incidente, mis padres empezaron a ocultarme los libros más grandes y pesados, temerosos de que volviese a caerme y me hiciese daño.

Cerca de casa había un parque al que podíamos ir andando, cosa que hacíamos muchos fines de semana. Mis padres desmenuzaban rebanadas de pan para que se las diese a los patos. Solían llevarnos por la mañana temprano, cuando había menos gente. Sabían que a mí me asustaba la presencia de muchas personas a la vez. Mientras mi hermano correteaba, yo me sentaba solo en

el suelo, tirando de las briznas de hierba y deshojando margaritas.

Mi experiencia favorita en el parque era ir a los columpios. Mi padre me sentaba en uno y me empujaba suavemente. Cuando se cansaba y dejaba de empujarme, yo gritaba: «Más... más», hasta que volvía a hacerlo. También había un tiovivo pequeño. Me sentaba en el medio y mis padres uno a cada lado, empujando para que diese vueltas. Cuando el tiovivo empezaba a girar una y otra vez yo cerraba los ojos y sonreía. Me sentía bien.

Cuando regresábamos a casa, la calle junto al parque a veces era muy ruidosa. Si un coche hacía un ruido inesperado y fuerte —como tocar la bocina— me paraba, levantaba las manos y las apretaba contra los oídos. Por lo general el ruido era más súbito que fuerte. Lo que parecía afectarme tanto era lo inesperado del sonido. Por esa razón odiaba los globos y me encogía de miedo si veía a alguien con uno. Temía que explotase de repente, provocando un ruido fuerte y violento.

Después de trasladarnos a Blithbury Road continué acudiendo a la guardería hasta los cinco años de edad, en una escuela local llamada Dorothy Barley, el nombre de una abadesa del siglo XVI, que vivió en la zona durante el reinado de Enrique VIII. Las chicas de la guardería solían darnos papel y lápices de colores para animarnos a dibujar y colorear. A mí siempre me gustaba, aunque me era difícil sostener el lápiz entre los dedos y lo agarraba con la palma. Me gustaba dibujar círculos de muchos

tamaños. El círculo era mi forma favorita y lo dibujaba una y otra vez.

En un rincón de la guardería había una caja que contenía muchas cosas para jugar. Mi favorita eran las cuentas de colores. Las sostenía en las manos y las sacudía, observándolas vibrar en las palmas. Si nos daban rollos de cartón (para hacer unos prismáticos o un telescopio, por ejemplo), tiraba las cuentas por él, fascinado de que entrasen por un extremo y cayesen por el otro. Si encontraba un balde o una jarra, dejaba caer las cuentas dentro, para luego vaciarlo, y volver a comenzar.

En una pared había una estantería con una selección de libros. Mi favorito era *The Very Hungry Caterpillar* (*La oruga muy hambrienta*). Me encantaban los agujeros que había en las páginas, y las coloridas y redondeadas ilustraciones. Había un rincón para leer cerca de donde se sentaban los niños sobre una gran estera alrededor de las puericultoras para escucharlas mientras les leían un cuento. En una de esas ocasiones, me hallaba sentado detrás, con las piernas cruzadas y la cabeza baja, absorto en mi propio mundo. No escuché una palabra de lo que se dijo. En lugar de eso, y sin darme cuenta, empecé a canturrear. Al levantar la vista, la puericultora dejó de leer y todo el mundo me miró. Dejé de canturrear, volví a bajar la cabeza y la lectura continuó.

No recuerdo haberme sentido solo en la guardería, probablemente porque estaba muy absorto con los libros, las cuentas y los círculos. Pero poco a poco me fue

invadiendo la sensación de que yo era diferente de los otros niños, aunque por alguna razón eso no me molestaba. No albergaba ningún deseo de hacer amigos; me sentía muy feliz jugando solo.

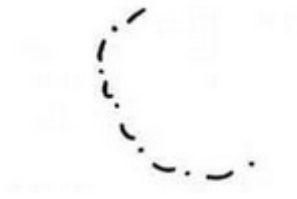
Cuando ocasionalmente tocaba jugar a juegos sociales, como las sillas musicales, me negaba a ello. Me aterraba pensar que los otros niños pudieran tocarme cuando se empujaban para acceder a una de las sillas. No había manera de que cediese, por muy persuasivas que se mostrasen las cuidadoras. En lugar de ello, se me permitía quedarme de pie junto a una de las paredes y observar cómo jugaban los demás. Mientras me dejasen solo no me importaba.

En el momento en que llegaba a casa de la guardería siempre subía al piso de arriba, a mi habitación. Cuando me sentía cansado o molesto, me arrastraba a la oscuridad de debajo de la cama y allí me quedaba. Mis padres aprendieron a tocar con cuidado en la puerta antes de entrar para comprobar cómo me encontraba. Mi madre siempre me hacía contarle mi jornada en la guardería. Quería animarme a hablar, porque yo permanecía en silencio la mayor parte del tiempo.

Mi habitación era mi santuario, mi espacio personal, donde me sentía más cómodo y feliz. Me pasaba allí tantas horas que mis padres decidieron subir y sentarse conmigo para pasar un tiempo juntos. Nunca parecieron impacientarse conmigo.

Al estar sentado ahora y escribir sobre esos primeros años, me asombra pensar cuánto hicieron por mí, a pesar de lo poco que recibían a cambio. Escuchar los recuerdos de mis padres sobre mis primeros años se ha convertido en una experiencia mágica para mí. Igual que darme cuenta a posteriori de lo que se esforzaron por hacer de mí la persona que ahora soy. A pesar de mis numerosos problemas, de todas las lágrimas, los berrinches y demás dificultades, me amaron incondicionalmente y se dedicaron a ayudarme, poco a poco, a diario. Son mis héroes.

3



Golpeado por un rayo: la epilepsia

Cuando sucedió me hallaba sentado en el suelo de la sala de estar. Tenía cuatro años y estaba sentado con mi hermano Lee, mientras mi padre preparaba la cena en la cocina. A esa edad solía tener momentos en que me sentía totalmente desconectado, períodos de total absorción, como cuando estudiaba concentradamente las líneas de las palmas de mis manos u observaba cómo cambiaba mi sombra según me inclinaba hacia delante o hacia atrás, realizando lentos movimientos rítmicos. Pero sucedió algo más, una experiencia distinta de las demás, como si la habitación en la que me hallaba se alejase de mí en todas direcciones, sus luces se fuesen

desvaneciéndose, y el propio fluir del tiempo se coagulase y se estirase, convirtiéndose en un único momento perdurable. Entonces no lo sabía ni tenía manera de haberlo sabido, pero estaba sufriendo una crisis epiléptica de grandes proporciones.

La epilepsia es una de las afecciones cerebrales más comunes. En Gran Bretaña hay 300 000 personas que sufren alguna forma de epilepsia. Los ataques son el resultado de breves perturbaciones eléctricas en el cerebro. Se sabe muy poco acerca de por qué suceden o cómo empiezan y acaban. No se conoce la causa aparente, pero los médicos creen que la epilepsia podría deberse a un problema entre los enlaces de las células nerviosas o en el equilibrio químico del cerebro.

En los días anteriores a la crisis mi padre se había fijado en que mis ojos parpadeaban mucho, en que tenía los brazos tensos y en que me quedaba en el sofá con la vista fija mirando la televisión. Se preocupó y llamó al médico, que vino a examinarme. Hacía calor y humedad, y el doctor sugirió que era posible que hubiese sufrido un «ataque». Aconsejó a mi padre que permaneciese atento y que le informase de inmediato de cualquier episodio parecido.

Tuve mucha suerte de que mi hermano estuviese conmigo cuando sufrí la segunda crisis. Tuve convulsiones y perdí el conocimiento. Mi padre, al oír llorar a mi hermano, llegó corriendo para saber qué estaba ocurriendo. Actuando por instinto, me tomó

cuidadosamente en sus brazos y salió corriendo de casa hasta una parada de taxis cercana. Se subió al primero de ellos y le rogó al taxista que le condujese hasta el hospital más cercano —St. George— lo más rápidamente posible. Mientras el taxi pasaba zumbando por las calles, lo único que pudo hacer mi padre fue mantenerme muy abrazado y rezar.

Salió corriendo y sudando del taxi para entrar en la sala de pediatría. Yo no había recuperado el conocimiento y la crisis continuaba desarrollando su actividad; me hallaba en una situación conocida como estatus epiléptico. La enfermera de la recepción me tomó de los brazos de mi padre y llamó a los médicos, que me administraron una inyección de Valium para ayudar a estabilizar mi estado. No respiraba y mi piel empezó a adquirir un tinte azulado, por lo que los médicos llevaron a cabo una resucitación cardiopulmonar para revivirme. Una hora después de la crisis mi estado empezó finalmente a ser normal. Agotado por la experiencia, mi padre empezó a llorar de alivio al enterarse de la evolución favorable. Su rápida reacción me salvó la vida.

Me diagnosticaron epilepsia lóbulo-temporal. Los lóbulos temporales están situados en el lateral de la cabeza, sobre las orejas. Participan en los dispositivos sensoriales, la memoria, el oído y la percepción, y las crisis que tienen lugar en esa zona del cerebro pueden incapacitar la función memorística y afectar la personalidad.

El predominio de la epilepsia entre quienes se encuentran en el espectro autístico es más elevado que entre la población normal. Una tercera parte de los niños con un trastorno autista desarrolla epilepsia lóbulo-temporal hacia la adolescencia. Por dicha razón se considera que ambas dolencias podrían tener una causa común en la estructura cerebral o en la genética subyacente.

Como parte del diagnóstico me hicieron pasar una prueba llamada electroencefalograma (EEG). En un EEG se colocan electrodos por el cuero cabelludo para medir la actividad eléctrica del cerebro y para comprobar cualquier anormalidad en las ondas cerebrales. Recuerdo a los técnicos poniéndome los electrodos —pequeños botones circulares de metal— en diferentes partes de la cabeza y pegándolos para que no se moviesen. Cada vez que me ponían uno hacía una mueca de dolor porque no me gustaba la sensación de que alguien me tocara la cabeza.

También pasé por una resonancia magnética (RM) cerebral. La RM utiliza un potente magnetizador, ondas de radiofrecuencia y ordenadores a fin de generar imágenes detalladas del interior del cuerpo. Me sedaron antes de la prueba, probablemente porque el técnico no creía que pudiese aguantar el ruido de la máquina y la posible sensación de claustrofobia, una vez en el interior del aparato. Me recuerdo tendido en una especie de camilla blanca y reluciente que era empujada hacia el

interior de un túnel estrecho para llevar a cabo la exploración, que duró una media hora. Me debí de dormir allí dentro, porque mi padre me despertó después de que sacasen la camilla del túnel. Y me dormí a pesar de que el aparato es muy ruidoso mientras toma las imágenes.

Permanecí varios días en el hospital y me hicieron diversos análisis. Mis padres se turnaron para permanecer conmigo día y noche. Temían que pudiera despertarme y tener miedo si no veía un rostro familiar a mi alrededor. La unidad en la que estuve tenía un suelo reluciente con multitud de arañazos pequeños, y la textura de las sábanas de mi cama era muy distinta de las de casa, picaban y eran menos suaves. Mis padres me daban zumo de naranja para beber y cuadernos para colorear, para que me entretuviese. Pero pasaba mucho tiempo dormido porque estaba muy cansado.

Los médicos les explicaron que mi pronóstico era bueno: la mitad de todos los niños a los que se diagnostica epilepsia lóbulo-temporal superaban la dolencia. A mí se me recetó una medicación para evitar las crisis y me enviaron a casa.

El hecho de que me diagnosticasen epilepsia afectó profundamente a mis progenitores, sobre todo a mi padre. Su padre —mi abuelo— sufrió crisis epilépticas durante mucho tiempo en su edad adulta y murió prematuramente varios años antes de que yo naciese.

Se llamaba William John Edward y nació en el este de Londres, a principios de la década de 1900. Trabajó de

zapatero remendón y luchó en la segunda guerra mundial; fue evacuado en Dunquerque antes de que le destinasen a una base militar del norte de Escocia, manejando una ametralladora antiaérea. Se casó y tuvo cuatro hijos; mi padre era el pequeño. Las crisis empezaron después de la guerra y eran especialmente violentas. Mi abuela se familiarizó rápidamente con el sonido de platos y vasos rotos, cayendo de la mesa de la cocina.

En esa época los recursos disponibles para ayudar a quienes vivían con epilepsia eran limitados. Los médicos sugirieron que la enfermedad de mi abuelo había sido provocada por la explosión de bombas durante la guerra. Aconsejaron a mi abuela que se divorciase de su marido y que siguiese con su vida. Después de todo, ella tenía una familia joven a su cargo y la vida por delante. Debíó de ser la decisión más difícil de su existencia, pero siguió el consejo de los médicos y luego volvió a casarse. Mi abuelo fue internado en una institución para soldados con problemas mentales.

La ruptura de la relación entre mis abuelos tuvo consecuencias desastrosas para la familia. Mi abuela tenía un nuevo hogar, pero su nuevo esposo se las veía y deseaba para encontrar trabajo y se jugaba lo poco que ganaba, por lo que, sin unos ingresos estables, no tardaron en verse inundados de deudas. Un día en que regresaban a casa se encontraron los muebles apilados en el césped y las puertas cerradas con candados. El

ayuntamiento los desahució por no pagar el alquiler y se vieron en la calle.

Un amigo de la familia se hizo cargo de los niños, incluido mi padre, que ahora desempeñaba el papel de hermano mayor para sus hermanastros, antes de trasladarse junto con mi abuela a un albergue de beneficencia. El amigo de la familia que se hizo cargo de él al principio le dio una caja de Lego como regalo de despedida. El albergue constaba de pequeñas barracas con baños, aseos y cocinas compartidos para los residentes. Los pasillos que conectaban las habitaciones eran estrechos y con suelo de cemento rojo. Mi padre podía oír los pasos de los miembros del personal andando por el pasillo. A uno de ellos le apodó «Botasaltas».

El alojamiento de la familia consistía en dos habitaciones pequeñas y sin mobiliario. No se permitían radios ni televisiones. En una habitación —la de los niños— había espacio para tres camitas. La de mi abuela contaba con una cama, una mesa y una silla. No se permitía la estancia de ningún hombre, por lo que su marido se vio obligado a alquilar unas habitaciones encima de una tienda. Permanecieron separados durante todo el tiempo en que la familia permaneció en el albergue.

La vida ahí era desagradable. Además de la carencia de todo, tampoco había privacidad. Las puertas debían permanecer abiertas a todas horas, el personal era muy estricto y dirigía las instalaciones con estilo militar. Lo

pasaron muy mal mientras estuvo allí, un total de año y medio. Lo único que valió la pena fue la amistad que mi abuela entabló con la directora del albergue, una tal señora Jones. Finalmente, la familia se trasladó a una casa nueva.

Mi padre volvió a encontrarse con su padre cuando tenía once años. En esa época las crisis de mi abuelo eran menos frecuentes y se le permitía salir de día para trabajar en su zapatería. Por las noches regresaba a dormir en la institución. Mi padre era muy joven cuando empezó la enfermedad del abuelo, así que no le recordaba ni sabía qué aspecto tenía. Se encontraron en casa del amigo de la familia que los había ayudado a cuidar de los hijos de mi abuela unos años atrás. Mi padre recuerda haberle estrechado la mano a un hombre de pelo gris y ropa que le sentaba mal, al que le presentaron como su padre. Con el tiempo fueron estrechando lazos.

Cuando mi abuelo se fue haciendo mayor, su salud se deterioró con rapidez. Mi padre acudía a visitarle al hospital todo lo que podía. Cuando murió mi abuelo de fallo orgánico tras un ataque al corazón y una crisis de epilepsia, mi padre tenía veintiún años. Según todo el mundo, fue un hombre amable y sencillo. Me gustaría haber tenido la oportunidad de haberle conocido.

Soy muy afortunado de vivir en una época en la que han tenido lugar tantos y tan importantes avances médicos, de manera que mi experiencia sobre la epilepsia no tiene nada que ver con la de mi abuelo. Tras las crisis

y el diagnóstico, creo que lo que más asustó a mis padres fue la posibilidad de que no pudiera llevar la vida «normal» que deseaban para mí. Al igual que muchos padres, para ellos normalidad era sinónimo de ser feliz y productivo.

Las crisis no volvieron a aparecer, como suele sucederle a alrededor del 80% de quienes viven con epilepsia. Mi medicación fue muy eficaz, lo que quiere decir que he vivido libre de ataques. Creo que ese ha sido el factor más importante para que mi madre tuviese la capacidad de hacer frente a mi enfermedad. Se mostraba muy sensible ante el hecho de que yo siempre había sido diferente, vulnerable, necesitado de muchos cuidados, apoyo y amor. A veces se disgustaba al pensar que podía padecer una crisis en cualquier momento. En esos instantes se retiraba a otra habitación y lloraba. Recuerdo a mi padre diciéndome que me fuese a mi cuarto cuando mi madre estaba alterada.

Me resultaba muy difícil lidiar con los sentimientos de mi madre. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que yo vivía en mi propio mundo, absorto en las cosas más pequeñas pero incapaz de comprender las diversas emociones y tensiones que sucedían en casa. A veces mis padres discutían, como creo que deben de hacer casi todos los padres, acerca de los hijos y de la mejor manera de hacer frente a las diversas situaciones que aparecían. Cuando discutían, sus voces se tornaban de color azul marino en mi mente y yo me acucillaba en el suelo,

apretando la frente contra la moqueta, tapándome los oídos con las manos hasta que el ruido disminuía.

Mi padre me ayudaba cada día a tomar las pastillas, con un vaso de leche o agua a la hora de comer. La medicación —carbamazepina— implicaba que tenía que ir con él al hospital cada mes para realizar análisis de sangre, a causa de los efectos secundarios que a veces tienen en la función hepática. Mi padre es muy riguroso con la puntualidad y siempre llegábamos a la sala de espera del hospital al menos una hora antes de la cita. Mientras esperábamos siempre me compraba un zumo de naranja y unas galletas. Las sillas en las que nos sentábamos eran de plástico e incómodas, pero recuerdo que yo no quería estar de pie, por lo que esperaba a que mi padre se levantara antes. Había muchas sillas, y pasaba el rato contándolas y recontándolas.

Cuando oía que la enfermera me llamaba, mi padre me acompañaba hasta una pequeña zona separada con una cortina y se sentaba mientras la enfermera me subía una de las mangas y me daba unos ligeros toques en el centro del brazo. Me hicieron muchos análisis de sangre, así que con el tiempo me fui acostumbrando. La enfermera animaba a los pacientes a apartar la mirada mientras clavaba la aguja, pero yo mantenía la mirada fija, observando el tubo transparente que se llenaba de oscura sangre roja. Cuando acababa, volvía a darme unos golpecitos en el brazo y me tapaba el pinchazo con un

poco de algodón que fijaba con una tirita que tenía el dibujo de una cara sonriente.

Uno de los efectos secundarios más corrientes de la medicación es la hipersensibilidad a la luz del sol, y por eso pasaba los meses de verano en casa mientras mi hermano jugaba fuera, en el jardín o en el parque. A mí no me importaba porque, incluso en la actualidad, la luz del sol me irrita y me hace sentir incómodo, y raramente salgo fuera durante mucho tiempo cuando hace sol. Tras las crisis, mis padres quisieron tenerme más vigilado, por lo que pasaba mucho tiempo en la sala de estar, mirando la televisión o bien jugando con monedas o cuentas que me daban, ya que así mi madre podía verme continuamente.

También experimenté efectos secundarios que me provocaban mareos y me hacían sentir un poco atontado. Siempre que me empezaba a marear me sentaba de inmediato, cruzaba las piernas y esperaba a que la sensación desapareciese. A veces eso desconcertaba a mis padres, sobre todo si íbamos andando por la calle y de repente me detenía y me sentaba en medio del pavimento. Por fortuna, los mareos no duraban mucho, sólo unos pocos segundos. La pérdida de control, así como lo impredecible de los mareos, me asustaba, y después de sentir uno estaba irritable y lloroso.

Existe una compleja relación entre el sueño y la epilepsia, con una elevada incidencia de trastornos oníricos entre quienes la padecen. Algunos investigadores

creen que los sucesos relacionados con el sueño, como los terrores nocturnos y el sonambulismo, pueden representar la presencia de una crisis nocturna cerebral. De vez en cuando presenté episodios de sonambulismo —a veces con frecuencia, y otras no—, desde los seis años hasta el inicio de la adolescencia. El sonambulismo ocurre durante las tres primeras horas de sueño, cuando las ondas cerebrales del durmiente aumentan de tamaño, y el dormir carece de sueños y es profundo. Por lo general, el sonámbulo no responde si se le habla y no recuerda el episodio al despertar. En mi caso, saltaba de la cama y caminaba por mi habitación, siguiendo siempre el mismo recorrido. A veces me golpeaba contra las paredes o la puerta de mi habitación, despertando a mis padres, que dulcemente me guiaban de vuelta a la cama. Aunque de hecho no es perjudicial despertar a un sonámbulo, puede causar confusión y malestar en este.

Mis padres adoptaron varias precauciones para garantizar mi seguridad nocturna. Despejaban el suelo de mi habitación de juguetes antes de acostarme y dejaban una luz encendida en el pasillo. También hicieron poner una puerta en lo alto de la escalera después de una ocasión en la que aparentemente las bajé sonámbulo, dirigiéndome a la parte de atrás de la casa. Me hallaron tirando de la puerta de la cocina, que daba al jardín.

Tal vez por eso a veces me sentía muy cansado de día y sólo quería dormir. Para mí era normal apoyar la cabeza en el pupitre y quedarme dormido. Los profesores, a los

que mis padres habían puesto al corriente, en todo momento se mostraron amables y comprensivos. Siempre me resultaba confuso despertarme al cabo de diez, veinte o treinta minutos, hallar la clase vacía y oír a los niños corriendo por el patio, pero mis profesores siempre estaban allí para que me sintiese seguro.

El impacto acumulativo de los diversos efectos secundarios sobre mi primer año en el colegio fue bastante considerable. Me resultaba muy difícil concentrarme en clase o trabajar a un ritmo regular. Fui el último niño de mi clase que se aprendió el abecedario. Mi profesor, el señor Lemon, trataba de ayudarme mediante adhesivos de colores si cometía pocos errores al ir escribiendo el alfabeto. Nunca me sentí avergonzado ni cohibido por ir retrasado respecto a otros niños, porque no los consideraba parte de mi mundo.

Dos veces al año visitaba el Hospital Infantil de Westminster, en Londres, acompañado por mi padre, para que me realizasen un electroencefalograma a fin de controlar mi estado. Íbamos en taxi, llegábamos pronto, como de costumbre, y luego esperábamos a que nos llamasen. A lo largo de esos años debo de haber pasado muchas horas sentado en las salas de espera de los hospitales.

Al cabo de tres años se decidió ir retirando paulatinamente mi medicación contra las crisis. Mi madre se asustó ante la posibilidad de que la epilepsia reapareciese, aunque por fortuna no he vuelto a tener

ningún ataque. Desaparecieron los efectos secundarios de la medicación y a partir de entonces mejoró mi rendimiento escolar.

No está claro qué efecto permanente —de tener alguno— dejó la epilepsia en mi cerebro y cómo actúa. Mis crisis infantiles tenían su origen en el lóbulo temporal izquierdo y algunos investigadores han sugerido que una explicación para las capacidades de los genios autistas sería una lesión cerebral en la zona izquierda que provocase una compensación en la región cerebral derecha. La causa es que las capacidades que resultan más evidentes en los genios autistas, como las relacionadas con cifras y cálculos, están asociadas con el hemisferio derecho.

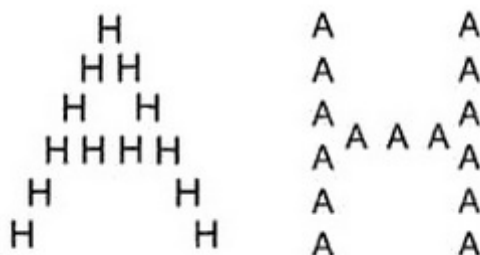
No obstante, no es fácil determinar si la epilepsia es la causa o un síntoma de lesión en la zona izquierda del cerebro, y es muy posible que mis crisis infantiles fuesen consecuencia de una lesión cerebral previa, probablemente de nacimiento.

Por esa razón, los científicos se han interesado en estudiar mis capacidades perceptivas, para comprobar en qué difieren respecto a las de otras personas. El Centro de Investigación sobre el Autismo de Cambridge llevó a cabo un estudio en otoño del 2004 con este motivo. El director del centro es Simon Baron-Cohen, un profesor de psicopatología del desarrollo y un importante investigador de los trastornos autistas.

El estudio comprobó la teoría de la «coherencia central débil», que dice que los individuos autistas tienden a procesar detalles a expensas de la información de conjunto («el cuadro completo»), mientras que la mayoría de las personas integran la información en un contexto y en lo esencial, a menudo pasando por alto pequeños detalles. Por ejemplo, se han realizado estudios que han demostrado que los niños autistas reconocen mejor que otros no autistas rostros familiares en fotografías cuando se les ofrece sólo un detalle de esos rostros.

En el test de Navon, a los participantes se les pide que identifiquen un objetivo seleccionado que existe tanto a un nivel local como global. En la prueba que realicé en el centro, los investigadores me pidieron que apretase un botón que había junto a mi mano izquierda si veía la letra «A» y que apretase el que se hallaba junto a mi mano derecha si no la veía. Se mostraron unas rápidas imágenes sobre la pantalla que tenía delante y las respuestas fueron automáticas. En varias ocasiones apreté el «no», aunque poco después mi cerebro descubría que la configuración general de las letras creaba la forma de una «A». Los investigadores llaman «interferencia» a este fenómeno, y suele utilizarse en ilusiones ópticas. Para la mayoría de la gente, la interferencia viene causada por la forma global. Por ejemplo, cuando se les muestra una letra «H» compuesta por muchas letras «A» pequeñas, la mayoría de la gente no ve de inmediato las «A» a causa del efecto

de interferencia que produce ver la forma de la «H». En mi caso, al igual que en el de las personas autistas, la interferencia se invierte y a mí me cuesta ver la forma general porque mi cerebro se centra automáticamente en los detalles individuales.



En las ilustraciones de arriba la imagen de la izquierda muestra la letra «A» compuesta de haches pequeñas. La de la derecha, la letra «H» compuesta de aes pequeñas.

En Australia, el profesor Alian Snyder —director del Centro Mental de la Universidad de Sídney— ha provocado un considerable interés en sus investigaciones a causa de sus afirmaciones de que puede reproducir capacidades de genio autista en sujetos que no lo son utilizando una técnica llamada «estimulación magnética transcraneal» (EMT).

Se ha utilizado la EMT como una herramienta médica en la cirugía cerebral, conteniendo zonas específicas del cerebro a fin de permitir que los médicos observen los efectos de la cirugía en tiempo real. Se trata de una

técnica no agresiva y aparentemente sin efectos secundarios.

El profesor Snyder cree que el pensamiento autista no es totalmente distinto del normal, sino una forma extrema. Inhibiendo temporalmente parte de la actividad cerebral —la capacidad de pensar contextual y conceptualmente, por ejemplo—, Snyder afirma que puede utilizarse la EMT para inducir un mayor acceso a las zonas del cerebro responsables de recopilar información sin tamizar ni filtrar. Al hacerlo, espera poder mejorar el cerebro cerrando ciertas partes, cambiando la manera en que el sujeto percibe distintas cosas.

El profesor utiliza un casco sujeto a una máquina de EMT mediante electrodos. Se aplican electrodos a los lóbulos temporales, que envían impulsos variables de energía magnética. Parte de los sujetos que han pasado por el procedimiento afirman haber experimentado un aumento temporal de la capacidad de dibujo y de corrección de pruebas; los dibujos de animales se tornan más reales y detallados, y la lectura es más precisa.

La mayoría de las personas leen reconociendo grupos de palabras familiares. Por esa razón pasan por alto pequeños errores ortográficos o repeticiones de palabras, como en el ejemplo siguiente:

ÁRBOLES

EN LA

LA SELVA

Leído con rapidez, la mayoría de la gente no se fijaría en el segundo «la», que sobra.

Un efecto beneficioso de procesar información en segmentos en lugar de holísticamente es que puedo corregir pruebas muy bien, pues me fijo mucho en los detalles. Los domingos por la mañana, mientras leo las páginas del periódico sentado a la mesa, no hago más que molestar a mis padres señalando los errores gramaticales y ortográficos que descubro. «¿Por qué no puedes leer el periódico como todo el mundo?», me pregunta mi madre, exasperada, después de que yo le señale el vigésimo error en el diario.

El profesor Snyder afirma que las capacidades del genio autista pueden encontrarse en todo el mundo; sólo que la mayoría no puede desbloquearlas. Cree que mis crisis epilépticas pueden haber desempeñado un papel parecido al de las pulsaciones de energía magnética de su máquina de EMT, afectando a ciertas áreas de mi cerebro, facilitando la aparición de mis capacidades con los números y el procesamiento perceptivo diferente.

Existen ejemplos de personas que han adquirido capacidades de genio autista tras enfermedades o lesiones cerebrales. Una de ellas es Orlando Serrell, que recibió en la cabeza el impacto de una pelota de béisbol cuando tenía diez años. Varios meses después empezó a recordar enormes cantidades de información, incluyendo números

de matrículas, letras de canciones e informes meteorológicos.

También se ha informado de transformaciones parecidas en los casos de pacientes que sufren demencia frontotemporal (DFT), una enfermedad degenerativa cerebral que predomina en el lóbulo frontal y temporal. La personalidad, el comportamiento y la memoria se ven afectados con el avance de la enfermedad. La DFT suele afectar a adultos entre los cuarenta y los cincuenta años.

Bruce Miller, neurólogo de la Universidad de California, en San Francisco, dice que algunos de sus pacientes con DFT desarrollan espontáneamente interés y capacidad artística y musical. Estudios realizados mediante imágenes cerebrales muestran que en los pacientes que desarrollan habilidades, el fluido sanguíneo o la actividad metabólica son más reducidos en el lóbulo temporal izquierdo. Por mi parte, el hemisferio cerebral derecho, donde se halla localizado el procesamiento visual y espacial, queda mucho mejor protegido.

Es posible que las crisis de mi infancia pudieran haber desempeñado un importante papel a la hora de convertirme en lo que soy hoy en día. Hay otras muchas personas que han sentido lo mismo acerca de sus experiencias epilépticas, como Fiodor Dostoievski, el escritor ruso del siglo XIX —autor de clásicos de la literatura como *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*—, que tuvo una rara forma de epilepsia lóbulo-temporal llamada «epilepsia extática». Las crisis

de Dostoievski tenían lugar sobre todo de noche y eran generalizadas, afectando a todo el cuerpo. Su experiencia le condujo a crear personajes con epilepsia en cuatro de sus novelas: Kirrilov en *Los endemoniados*, Smirdiakov en *Los hermanos Karamazov*, Nelli en *Humillados y ofendidos*, y el príncipe Mishkin en *El idiota*.

El autor describió sus experiencias epilépticas de esta manera:

Durante algunos instantes experimento una felicidad imposible en un estado ordinario, y que otras personas no pueden concebir. Me siento lleno de armonía y en un mundo íntegro, y la sensación es tan intensa y dulce que a cambio de unos pocos segundos de tal gozo uno estaría dispuesto a dar diez años de vida, tal vez la vida entera. Sentí que el cielo descendía a la tierra y me engullía. Alcancé a Dios y me fundí con Él. La gente sana ni siquiera puede imaginarse qué es la felicidad, esa felicidad que nosotros los epilépticos experimentamos durante un segundo antes de un ataque.

Se cree que el escritor y matemático Lewis Carroll también tuvo crisis lóbulo-temporales, que pudieron haberle inspirado su obra más famosa: *Alicia en el país de las maravillas*. El siguiente fragmento describe una

experiencia de caída involuntaria muy similar a la de una crisis epiléptica:

Alicia no tuvo ni siquiera un momento para pensar en detenerse cuando se encontró cayendo por un pozo muy profundo... «¡Vaya! —pensó Alicia para sí—. Después de una caída como esta, ¡caerse por las escaleras no es nada!...». Cayendo, cayendo, cayendo. ¿Terminará la caída en algún momento?

Algunos investigadores incluso piensan que debe de existir una relación entre la epilepsia y la creatividad. La escritora Eve Laplante así lo afirma en su libro *Seized: Temporal Lobe Epilepsy as a Medical, Historical and Artistic Phenomenon*. En él ofrece el famoso caso del pintor Vincent van Gogh, que sufrió graves crisis que le dejaban deprimido, confuso y agitado. A pesar de su enfermedad, Van Gogh pintó cientos de acuarelas, óleos y dibujos.

A los ocho años de edad y durante varios meses escribí de manera compulsiva en resmas de papel continuo de impresora, a menudo durante horas, llenando hojas y hojas con palabras escritas muy apretadas. Mis padres tenían que comprar enormes rollos de papel para que pudiese seguir escribiendo. Mi letra era diminuta — una de las profesoras se quejó de que tuvo que comprarse unas gafas nuevas para poder leer mis deberes—, a

resultas de mi miedo a quedarme sin papel en el que escribir.

Las historias que escribía, por lo que puedo recordar, incluían unas descripciones muy densas. Podía dedicar toda una página a describir los diversos detalles de un único lugar, sus colores, formas y texturas. No había diálogos, ni emociones. En lugar de ello, escribía sobre largos túneles entretejidos a gran profundidad bajo vastos y relucientes océanos, sobre grutas de rocas y torres que se elevaban hasta alcanzar el cielo. No tenía que pensar en lo que escribía; las palabras parecían fluir desde mi cabeza. Incluso sin ninguna planificación consciente por mi parte, las historias siempre resultaban comprensibles. Cuando le mostré una a mi profesora, le gustó lo suficiente para leer algunos fragmentos en voz alta para el resto de la clase. Mi compulsión por escribir no tardó en desaparecer, con la misma inmediatez con la que apareció. No obstante, me dejó con una fascinación permanente por las palabras y el lenguaje. Algo que me ha sido de gran utilidad desde entonces.

Cada vez son más las personas que viven con epilepsia y que pueden llevar vidas sin crisis, gracias a los avances de la medicina y la tecnología. El estigma que antaño iba asociado con aquellos a quienes se les diagnosticaban enfermedades como epilepsia (y autismo) está desapareciendo rápidamente. A pesar de ello, los trastornos que afectan al cerebro siguen siendo malinterpretados por mucha gente. A los padres de niños

que les hayan diagnosticado epilepsia les diría que se informasen todo lo posible acerca de esta dolencia. Y lo más importante de todo, que ofrezcan a su hijo la autoconfianza necesaria para que pueda persistir en sus sueños, porque los sueños dan forma al futuro de cada persona.

4



La época escolar

El colegio empezó para mí en septiembre de 1984, justo cuando mi hermano Lee empezó a ir a la guardería. Mi padre me acompañaba a clase por las mañanas, a veces con cierta impaciencia porque yo andaba despacio y no dejaba de detenerme para recoger piedras que sostenía entre los dedos. Mi profesora, la señora Lemon, era una mujer alta y delgada, de cabello oscuro y corto. Me gustaba su nombre porque siempre que lo escuchaba me imaginaba inmediatamente la forma y el color de un limón. «Lemon» fue una de las primeras palabras que aprendí a escribir.

En la entrada, junto a las puertas del colegio, había un guardarropa donde los niños podían guardar sus abrigos antes de entrar en clase. A mí no me gustaba usarlo porque sólo había un ventanuco alto en la pared y la habitación siempre estaba oscura. También me aterraba la posibilidad de perder mi abrigo entre todos los demás, o de tomar uno que se pareciese al mío y llevármelo a casa. Me asustaba tanto esa posibilidad que empecé a contar los colgadores para saber en cuál de ellos se había quedado mi abrigo. Si llegaba al guardarropa y veía que mi colgador estaba ocupado, me daba rabia y me asustaba. Recuerdo que una vez entré en clase con el abrigo todavía puesto porque en mi colgador estaba el de otro niño, aunque había montones de colgadores libres en los que hubiese podido dejarlo.

El aula era rectangular y se accedía a ella por la derecha. En el interior había hileras e hileras de cajones para que los niños metiesen sus lápices y papeles, cada uno de ellos con una etiqueta con el nombre completo del alumno. A cada uno le daban una carpeta de plástico que también llevaba una etiqueta con el nombre, pegada en la esquina superior izquierda. La carpeta tenía una cremallera de color en la parte superior para abrirla y cerrarla. Nos dijeron que guardásemos nuestros libros de lectura y los cuadernos de los deberes en su interior. Utilicé la mía con un cuidado un tanto quisquilloso, acordándome siempre de meter mis libros una vez que acababa de usarlos.

Mi pupitre estaba en la parte de atrás del aula, junto a la ventana, que estaba enlucida con papel de colores y dibujos de los alumnos, y desde la que podía mirar a los demás niños de la clase sin tener que establecer contacto ocular con ninguno de ellos. No recuerdo los nombres ni los rostros de ninguno de mis compañeros de clase en los primeros años de colegio. Siempre los consideré como algo con lo que tenía que lidiar y conformarme, en lugar de individuos a los que conocer y con los que jugar.

Solía juntar las manos a la altura del pecho cuando me levantaba o andaba por la clase. A veces cerraba los dedos, y luego estiraba uno u otro y me quedaba así, con uno o más señalando hacia el techo de la clase. En una ocasión estiré el dedo corazón y me sorprendí cuando se me acercó un chico y me dijo que estaba siendo soez. «¿Cómo puede ser soez un dedo?», pregunté, pero en lugar de contestarme, el chico llamó al profesor, que inmediatamente me expulsó por comportamiento grosero.

Las reuniones de la mañana fueron algo que acabó gustándome de verdad. Eran predecibles, tenían lugar cada mañana a la misma hora. La profesora nos pedía que nos pusiéramos en pie y que formásemos filas fuera de clase en orden alfabético, para luego caminar, manteniendo la fila, hasta la sala de actos. Una vez en su interior, los niños de las otras clases se sentaban en silencio en hileras derechas mientras pasábamos nosotros, antes de que nos ordenasen sentarnos tras los demás. La intensa sensación de orden y rutina me calmaba, y solía

sentarme en el suelo del pasillo, con los ojos cerrados, balanceándome suavemente y canturreando para mí mismo, algo que solía hacer cuando me sentía relajado y contento.

Mi momento favorito en todas las reuniones era cuando se cantaban himnos: *Él tiene el mundo entero en sus manos* y *Crecen la avena, los guisantes, las judías y la cebada* eran mis preferidos. Cerraba los ojos y escuchaba atentamente al resto de los niños cantar juntos, con las notas fundiéndose hasta conformar un ritmo fluido y regular, que resultaba tranquilizador. La música siempre me hacía sentir en paz y feliz interiormente. La hora de las reuniones era el momento culminante de mi jornada escolar.

Con mis primeras Navidades escolares llegó la tradicional función de Navidad. A mí me dieron el papel de uno de los pastorcillos. Me quedé petrificado al pensar que debía aparecer frente a todo el colegio —todos los niños, profesores y padres— y me angustié mucho, negándome a probarme la ropa de pastor o a hablar con la profesora. Finalmente, intervino mi madre y me sobornó con caramelos a cambio de mi participación. Me pasé todo el rato mirando el suelo del escenario, pero eso no impidió que mis padres me dijiesen después lo orgullosos que se habían sentido. Tras la función no me quería quitar el traje, por lo que mis padres convencieron a la profesora para que nos lo dejase durante las vacaciones navideñas.

Esa noche y todas las demás hasta Año Nuevo dormí con mi ropa de pastor, incluido el sombrero.

Aprender en clase no me resultaba fácil. Tenía dificultad para concentrarme cuando otros niños hablaban de sí mismos o cuando alguien andaba o corría por los pasillos. Me resultaba muy difícil filtrar el ruido externo y solía taparme los oídos con los dedos para poder concentrarme. Mi hermano Steven tiene el mismo problema y utiliza tapones siempre que quiere leer o pensar.

Al escribir estudiaba minuciosamente cada letra, cada palabra y punto y aparte. Si veía un borrón o un error lo borraba todo y empezaba de nuevo. Esa vena perfeccionista implicaba que a veces trabajaba a la velocidad de un caracol, acabando las lecciones en un estado cercano al agotamiento, y los resultados dejaban mucho que desear. A pesar de ello, nunca me preocupó que la profesora pudiera considerarme perezoso o inútil, y nunca se me pasó por la cabeza lo que los demás niños pensasen al respecto. Por entonces no comprendía el concepto de aprender de tus propios errores.

Escribir siempre fue una lata. Algunas letras —la «g» y la «k» en particular— resultaban agotadoras porque simplemente no recordaba cómo escribirlas. Practicaba escribiendo líneas enteras de «ges» y «kas» en una hoja tras otra, pero sus rizos y «brazos» me resultaban difíciles, y pasó mucho tiempo antes de que pudiera escribirlas con confianza.

Andaba muy retrasado en escritura, y era incapaz de escribir palabras con las letras unidas entre sí. Si ya me resultaban difíciles las letras solas, no podía escribir de un solo trazo combinaciones como «gh» y «th». Incluso hoy en día sigo escribiendo la mayoría de las letras de una palabra de manera individual, una tras otra.

Una de las cosas que nos daban a todos en clase para que nos llevásemos a casa era una vieja lata llena de tiras de papel. Cada tira era una palabra distinta que había que practicar y cada semana había pruebas para comprobar las palabras aprendidas. Yo siempre saqué muy buenas notas en esos exámenes, porque podía visualizar todas las palabras en mi cabeza, basándome en la forma que tenían sus letras. Por ejemplo, *dog* (perro) está compuesta por tres círculos con una línea ascendente en la primera letra y un bucle descendente en la última. Lo cierto es que la palabra se parece bastante a un perro si imaginamos que la línea ascendente es la oreja y el bucle descendente la cola. De la misma manera, las dos «oes» en *look* (mirar) me recuerdan un par de ojos. Los palíndromos —las palabras que se leen igual de izquierda a derecha y de derecha a izquierda— como *mum* (mamá) y *noon* (mediodía) me parecían especialmente bonitos y eran de mis favoritos.

En la época en que empecé a ir al colegio me encantaban los cuentos de hadas y desarrollé una enorme fascinación por ellos. Las historias y las detalladas ilustraciones de los libros llenaban mi cabeza con vívidas

imágenes mentales de poblaciones inundadas de gachas de avena y de princesas durmiendo en un lecho de cien colchones de altura (con un único guisante debajo). Uno de mis cuentos favoritos era *Rumpelstiltskin*, de los hermanos Grimm. Me encantaba escuchar a mis padres a la hora de acostarme, leyendo los exóticos nombres imaginados por la reina para aquel hombrecillo: Gaspar, Melchor, Baltasar, Sheepshanks, Cruickshanks, Spindleshanks...

Otro cuento que me afectó mucho fue *La sopa de piedra*. En él hay un soldado que llega a un pueblo y pide comida y alojamiento. Los aldeanos, codiciosos y temerosos, no le dan nada, por lo que el soldado declara que les preparará sopa de piedras con únicamente un caldero, agua y una piedra. Los aldeanos se arremolinan alrededor del soldado mientras este empieza a cocinar su plato, relamiéndose con sólo pensar en ello. «Claro que la sopa de piedra con col es difícil de superar», se dijo el soldado para sí mismo en voz alta. Uno de los aldeanos se acercó y metió una de sus coles en el puchero. Luego el soldado añadió: «Una vez que prepare la sopa de piedra con col y un poco de carne curada, ¡será digna de un rey!». Y claro, uno de los lugareños llevó algo de carne curada, y uno a uno los demás aldeanos fueron proporcionándole patatas, cebollas, zanahorias, setas y demás, hasta que estuvo lista una deliciosa comida para todo el pueblo. Ese cuento me asombró en esa época porque carecía del concepto del engaño y no comprendía

que el soldado fingía preparar sopa de piedra a fin de conseguir que los aldeanos contribuyesen con comida de verdad. Sólo al cabo de muchos años acabé por entender de qué trataba el cuento.

Pero algunas fantasías me asustaban mucho. Una vez a la semana traían un televisor a clase para que viésemos un programa educativo. *Mira y lee* fue una popular serie televisiva infantil de la BBC, y uno de los programas más visto fue *Torres Oscuras*, en el que aparecía una niña que, junto con su perro, intentaba hallar un tesoro escondido en una extraña y vieja casa llamada Torres Oscuras. La serie estuvo en antena diez semanas.

En el primer episodio, la chica —Tracy— descubre Torres Oscuras y se entera de que está encantada. Al final del episodio el retrato de un familiar empieza a moverse y la habitación se torna muy fría. Tracy oye una voz que le dice que la casa está en peligro y que ella debe ayudar a salvarla. Recuerdo que veía el programa en silencio con el resto de la clase, balanceando las piernas juntas por debajo de la silla. No sentí ningún tipo de emoción hasta el final, y luego, de repente, fue como si se encendiese un interruptor en mi cabeza y súbitamente me diese cuenta de que estaba asustado. Sintiéndome agitado, salí corriendo de clase, negándome a regresar hasta que se llevaron el televisor. Al volver a pensar en ello, entiendo que los demás niños se burlasen de mí y me llamasen «bebé llorón». Tenía casi siete años y ninguno de los demás niños de clase se alteró ni se asustó a causa del

programa. Como consecuencia, cada semana me llevaban al despacho del director y me dejaban sentado esperando mientras el resto de la clase miraba el siguiente capítulo de la serie. El director tenía un pequeño televisor en su oficina y recuerdo estar mirando carreras de coches. Los automóviles daban vueltas muy rápidas al circuito; al menos era un programa que podía ver.

Otra de la series de *Mira y lee* que recuerdo que me influyó mucho se llamaba *A través del ojo del dragón*. En ella, tres niños atravesaban un mural que habían pintado en una pared del patio del colegio, llegando a una extraña tierra llamada Pelamar. Esa tierra se moría y los niños intentaban arreglar su fuerza vital —una luminosa estructura hexagonal que se rompió a causa de una explosión— con la ayuda de un simpático dragón llamado Gorwen. Los niños recorrían la tierra junto con Gorwen en busca de los trozos perdidos.

En esa ocasión no hubo berrinche. Era mayor, tenía diez años, y el programa me fascinaba. Visualmente era muy bonito, y los niños aparecían rodeados de varios paisajes de vivos colores mientras recorrían aquella tierra mágica. Varios de los personajes de la serie —los guardianes de la fuerza vital— estaban pintados de arriba abajo de brillantes colores púrpura, naranja y verde. También aparecía un enorme ratón parlante y una oruga gigante. En una escena caían copos de nieve en el aire que eran atrapados por las manos de los niños, y que se transformaban por arte de magia en letras que formaban

palabras (una pista para ayudarlos a encontrar una de las piezas perdidas de la fuerza vital). En otra, las estrellas del cielo nocturno conformaban luminosas señales para guiar a Gorwen, el dragón volador. Ese tipo de escenas me fascinaban porque la historia se contaba sobre todo a través de imágenes, que entendía muy bien, a diferencia de los diálogos hablados.

Mirar la televisión en casa pasó a convertirse en una actividad regular de mi rutina después del colegio. Mi madre recuerda que siempre me sentaba muy cerca del aparato y que me enfadaba si ella intentaba hacer que me sentase más retirado para protegerme la vista. Siempre que veía la televisión después del colegio me quedaba con el abrigo puesto, aunque hiciese calor. Lo consideraba una capa protectora suplementaria contra el mundo exterior, como un caballero y su armadura.

Mientras tanto, mi familia aumentaba. Nació Claire, mi hermana, el mes que empecé a acudir al colegio, y al cabo de dos años llegó mi segundo hermano varón Steven. Poco después, mi madre descubrió que volvía a estar embarazada de su quinto hijo, mi hermano Paul, y tuvimos que mudarnos a una casa más grande.

Al principio no reaccioné ante el aumento del número de hermanos, pues seguía sentándome y jugando a solas en la tranquilidad de mi dormitorio mientras mis hermanos y hermana gritaban, jugaban y corrían abajo o en el jardín. Su presencia acabaría teniendo una influencia muy positiva en mí; me obligó gradualmente a

desarrollar mis capacidades sociales. Tener gente rodeándome constantemente me ayudó a adaptarme mejor al ruido y a los cambios. También tuve que aprender a interactuar con otros niños observando en silencio los juegos de mis hermanos entre sí y con sus amigos desde la ventana de mi dormitorio.

A mediados de 1987 nos trasladamos al número 43 de Hedingham Road. Resulta curioso que tres de mis direcciones de la infancia fuesen números primos: 5, 43, 181. Y lo que es más, todos los vecinos de las casas de al lado también tenían números primos en sus puertas: 3 (y 7), 41, 179. Esas parejas de números se llaman «primos gemelos»: números primos que difieren sólo en dos. Los primos gemelos se van haciendo más escasos conforme más se cuenta. Así, por ejemplo, encontrar vecinos con números primos que empiecen por 9 requeriría una calle muy larga; la primera de esas parejas sería 9011 y 9013.

El año que nos trasladamos también se caracterizó porque hizo un tiempo raro y duro. Enero fue uno de los meses más fríos de los últimos cien años en el sur de Inglaterra, con temperaturas de hasta nueve bajo cero en algunos lugares. El frío provocó grandes nevadas y días sin colegio. Fuera, en la calle, los niños se tiraban bolas de nieve y eran arrastrados en trineos, pero a mí me encantaba sentarme junto a mi ventana y observar cómo caían y aleteaban los copos de nieve desde el cielo. Más tarde, cuando todo el mundo ya se había metido en casa, me aventuraba en el exterior a solas y amontonaba nieve

en la parte delantera del jardín para crear pilares idénticos de más de un metro de altura. Mirándolos hacia abajo desde mi cuarto conformaban un círculo, mi forma favorita. Vino un vecino a casa que les dijo a mis padres: «Su hijo ha hecho un Stonehenge de nieve».

El año 1987 también fue el de la gran tormenta de octubre, la peor que había afectado el sudeste de Inglaterra desde 1703. Los vientos alcanzaron una velocidad de hasta 160 kilómetros por hora en algunos lugares, y como resultado de la tormenta murieron dieciocho personas. Esa noche me fui a la cama pero no podía dormir. Mis padres me acababan de comprar un pijama nuevo, pero la tela me picaba y no dejé de dar vueltas en la cama. Me desperté al oír el ruido de algo que se rompía. Eran tejas que el viento arrancaba del tejado y que arrojaba sobre la calle. Trepé al alféizar de la ventana y miré fuera: estaba oscuro como la boca del lobo. También hacía calor, raro en esa época del año tenía las manos sudorosas y se pegaban a la madera cuando quise entrar. Entonces escuché unos sonidos chirriantes que se acercaban hacia mi habitación. Se abrió la puerta, y entró una luz anaranjada y fluctuante sobre una vela blanca, gruesa y alargada. La miré hasta que una voz —la de mi madre— me preguntó si me encontraba bien. No dije nada porque ella sostenía la vela por delante y me pregunté si me la estaba dando, como la luminosa vela roja sobre un pastel que me dio en mi último cumpleaños (al menos eso creí entonces), pero esta no la quise porque

todavía no era mi cumpleaños. «¿Quieres un poco de leche caliente?».

Asentí y la seguí, bajando lentamente las escaleras en dirección a la cocina. Toda la casa estaba a oscuras porque habían cortado la electricidad y los enchufes no funcionaban. Me senté a la mesa con mi madre y bebí la leche espumosa que me preparó y que vertió en mi taza favorita, que era toda ella de motas de colores y que usaba siempre. Después de que me volviese a acompañar escaleras arriba hasta mi habitación, me metí en la cama, sumergí la cabeza bajo las mantas y me dormí de nuevo.

Por la mañana me despertó mi padre y me dijo que ese día no habría colegio. Al mirar hacia fuera por la ventana de mi dormitorio vi un montón de tejas caídas y rotas, tapas de cubos de la basura por toda la calle y gente que hablaba en corrillos sacudiendo la cabeza.

En el piso de abajo, la familia se hallaba reunida en la cocina mirando hacia el patio trasero de la casa. El enorme árbol que había al fondo del jardín había sido arrancado de cuajo por los vientos de la tormenta durante la noche, y sus ramas y raíces aparecían esparcidas por la hierba. Pasaron varias semanas antes de que trocearan y se llevasen el árbol. Mientras tanto, pasé muchas horas felices trepando a solas por el tronco y escondiéndome entre las ramas, volviendo a casa cubierto de tierra, bichos y arañazos.

La casa de Hedingham Road estaba enfrente del colegio. Desde la ventana de mi dormitorio podía ver el

aparcamiento de profesores, lo cual me hacía sentir seguro. Todos los días, después del colegio, corría a mi habitación para observar alejarse a los coches. Los contaba uno a uno según se marchaban y recordaba todas las matrículas. Sólo bajaba a cenar cuando se había marchado el último vehículo.

Mi recuerdo más vivo de la casa es el de pañales lavados secándose en la chimenea y de bebés en el regazo de mis padres llorando por leche. Un año después de la mudanza mi madre dio a luz por sexta vez, gemelas en esta ocasión. Maria y Natasha fueron para mi madre una bendición, pues por entonces tenía cuatro hijos y sólo una hija, y había esperado chicas para compensar. Cuando mi madre regresó del hospital me llamó para que bajase de mi habitación y conociese a mis nuevas hermanitas. Era el mes de julio —pleno verano— y me di cuenta de que ella tenía calor porque parte del flequillo se le había pegado a la frente. Mi padre me pidió que me sentase en el sofá de la sala de estar y que mantuviese la espalda derecha. A continuación, y con mucho cuidado, tomó a los bebés y me los acercó, poniéndome uno en cada brazo. Miré a mis hermanitas; tenían unas mejillas rollizas y dedos pequeñitos e iban vestidas con camisitas a juego de color rosa con botoncitos de plástico. Uno de los botones estaba desabrochado, así que lo abroché.

El nuevo tamaño de la familia conllevó nuevos desafíos. La hora del baño siempre fue un asunto apresurado y multitudinario. Cada domingo, a las seis de

la tarde, mi padre se arremangaba y llamaba a los chicos (mis hermanos Lee, Steven y Paul y yo) al cuarto de baño para nuestra limpieza semanal. A mí no me gustaba nada: tenía que compartir el baño con mis hermanos. Me echaban agua caliente y jabonosa sobre la cabeza y la cara con una jarra. Mis hermanos no dejaban de salpicarse, y el calor del vapor llenaba a la habitación. Solía llorar, pero mis padres insistían en bañarme con los demás. Con tanta gente en una casa, el agua caliente era un bienpreciado.

También lo era el dinero. Con cinco hijos con menos de cuatro años, mis padres tenían que estar en casa para criar a la familia. La ausencia de alguien que ganase dinero originaba mucha presión en ellos; las discusiones acerca de cuánto, dónde y cuándo gastar el dinero se hicieron cada vez más habituales. No obstante, mis padres hacían todo lo posible para asegurarse de que a los niños nunca les faltase comida, ropa, libros y juguetes. Mi madre convirtió en arte la búsqueda de gangas y chollos en la institución benéfica local, en tiendas de segunda mano y en mercados, mientras que mi padre demostró ser muy capaz en casa. Juntos formaban un equipo magnífico.

Yo me mantenía todo lo apartado posible del bullicio cotidiano; el dormitorio que compartía con mi hermano Lee era el lugar al que la familia venía a buscarme, a cualquier hora del día. Incluso en verano, cuando mis hermanos y hermanas correteaban juntos fuera, al sol, yo

permanecía sentado con las piernas cruzadas y las manos en el regazo en el suelo de mi habitación. La moqueta era gruesa, mullida y de color rojo tierra. Solía frotarme el dorso de las manos contra su superficie porque me gustaba sentir esa textura en la piel. Durante el verano, la luz del sol entraba en la estancia, matizando de luz las numerosas motas de polvo que nadaban en el aire a mi alrededor, fundiéndose en una única trama de luz pecosa. Mientras estaba ahí sentado, tranquilo y en silencio, durante horas, observaba las distintas tonalidades y colores que iban sucediéndose por las paredes y el mobiliario de la habitación a lo largo del día: el paso del tiempo visualizado.

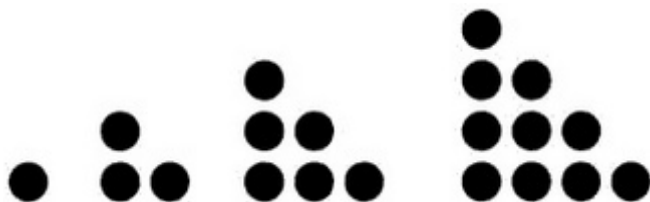
Conociendo mi obsesión por los números, mi madre me dio un libro de rompecabezas matemáticos infantiles que vio en una tienda de segunda mano. Recuerdo que fue en la época en que empecé a ir a la escuela primaria, porque el señor Thraves —mi profesor— me regañaba si llevaba el libro. Él mantenía la opinión de que pasaba demasiado tiempo pensando en números y no el suficiente participando con el resto de la clase, y tenía razón.

Uno de los ejercicios del libro decía así: «En una habitación hay veintisiete personas y cada uno estrecha la mano de las demás. ¿Cuántos apretones de manos se darán en total?».

Cuando leí el ejercicio cerré los ojos e imaginé a dos hombres en el interior de una enorme burbuja, y luego

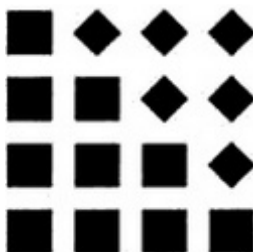
media burbuja pegada al costado de la burbuja grande, con una tercera persona en su interior. La pareja de la burbuja grande se estrechaba la mano, y luego lo hacían con el tercer hombre de la media burbuja. Eso implicaba tres apretones de manos para tres personas. Después imaginé una segunda media burbuja pegada al otro lado de la grande, con una cuarta persona en su interior. A continuación, la pareja de la burbuja grande también debía estrecharle la mano, así como ambos hombres de la media burbuja entre sí. Eso sumaba un total de seis apretones de manos entre cuatro personas. Continué con ese sistema, imaginando dos hombres más en otras dos medio burbujas, hasta que tuve un total de seis y quince apretones de manos entre ellos. La secuencia de los apretones de manos era de la siguiente manera: 1, 3, 6, 10, 15...

Me di cuenta de que eran números triangulares. Los triangulares son aquellos números que pueden ordenarse de manera que conformen un triángulo cuando se los representa como una serie de puntos. Algo así:



Los números triangulares están formados así: $1 + 2 + 3 + 4 + 5 \dots$, donde $1 + 2 = 3$, $1 + 2 + 3 = 6$ y $1 + 2 + 3 + 4 = 10$.

4 = 10, etc. Te habrás dado cuenta de que dos números triangulares consecutivos conforman un número cuadrado, por ejemplo $6 + 10 = 16$ (4×4) y $10 + 15 = 25$ (5×5). Para comprobarlo visualmente no hay más que hacer girar el 6, de manera que encaje en la esquina superior derecha por encima del 10.



Tras comprobar que la respuesta del rompecabezas de los apretones de manos era un número triangular, identifiqué una pauta que pudiera ayudarme a dar con la solución. En primer lugar sabía que el primer número triangular —el 1— empieza con dos personas, lo mínimo necesario para un apretón de manos. Si la secuencia de números triangulares empieza con dos personas, el 26.º número de la secuencia coincidirá con el número de apretones generado por veintisiete personas estrechándose las manos entre sí.

Luego vi que el 10, el cuarto número de la secuencia, tiene relación con cuatro: $4 + 1 \times 4/2$ y que eso valía para todos los números de la secuencia, por ejemplo para el 15, el quinto número triangular, $= 5 + 1 \times 5/2$. Por tanto,

la respuesta al problema equivale a $26 + 1 \times 26/2 = 27 \times 13 = 351$ apretones de manos.

Me encantaba resolver esos problemas; me desarrollaban de una manera que no conseguían las matemáticas que me enseñaban en el colegio. Me pasaba horas seguidas leyendo esas cuestiones y ocupado en ellas, tanto en clase como en el patio o en mi cuarto en casa. En sus páginas hallé una sensación de sosiego y placer, y durante un tiempo el libro y yo fuimos inseparables.

Uno de los principales focos de frustración para mis padres era mi obsesivo afán de coleccionar diversos objetos, como las brillantes castañas que caían en otoño de los enormes árboles que salpicaban una calle muy larga que había cerca de casa. Los árboles me fascinaron enormemente desde siempre. Me encantaba frotar las palmas de las manos contra la corteza áspera y arrugada, y meter las yemas de los dedos por sus pliegues. Las hojas que caían lo hacían formando espirales en el aire, como las que veía al hacer divisiones en la cabeza.

Mis padres no querían que saliese solo, por lo que recogía las castañas con mi hermano Lee. A mí no me importaba. Representaba dos manos más. Tomaba cada castaña del suelo entre los dedos, y apretaba su forma suave y redondeada en el hueco de la palma de la mano (una costumbre que he conservado hasta el presente. La sensación táctil actúa como una especie de alivio, aunque ahora utilizo monedas o canicas). Me llenaba los bolsillos

de castañas hasta que los tenía repletos. Era como una compulsión, tenía que recoger todas las castañas que veía y ponerlas juntas en un sitio. Me quitaba los zapatos y los calcetines y también los llenaba de castañas, regresando descalzo a casa, con las manos, los brazos y los bolsillos a rebosar.

Al regresar a casa, las soltaba en el suelo de mi habitación, y las contaba una y otra vez. Mi padre subía con una bolsa de plástico, y me hacía contarlas y meterlas allí. Me pasaba horas cada día recogiendo castañas y llevándolas a mi habitación, para acabar en la bolsa de plástico del rincón, que aumentaba rápidamente de tamaño. Al final, mis padres, temerosos de que el peso de las castañas recogidas acabase dañando el techo de la habitación de abajo, se llevaron el saco al jardín. Me permitieron mi obsesión, dejándome que jugase con ellas en el jardín, pero no debía meterlas en casa ni dejar ninguna por ahí para que no se las tragasen mis hermanitas pequeñas. Con el paso de los meses se fue desvaneciendo mi interés por las castañas, hasta que finalmente mis padres hicieron que se las llevasen al vertedero municipal.

Poco después desarrollé un interés obsesivo en coleccionar folletos, de todos los tamaños. Solían meterlos en nuestro buzón, junto con el periódico local o el correo de la mañana, y a mí me fascinaba su tacto brillante y su forma simétrica (no importaba lo que anunciaran. El texto no me interesaba). Mis padres no

tardaron en quejarse de los montones apilados que se iban acumulando en todos los cajones y armarios de la casa, sobre todo cuando acababan cayendo al suelo cada vez que abrían la puerta de un armario. Al igual que ocurrió con las castañas, mi manía por los folletos fue desapareciendo gradualmente con el tiempo, para descanso de mis padres.

Cuando me portaba bien me recompensaban con una asignación. Por ejemplo, si había folletos en el suelo me pedían que los recogiese y volviese a meterlos en el cajón. A cambio de eso, me daban monedas de poco valor, pero muchas, porque sabían cuánto me gustaban los círculos. Me pasaba las horas amontonando cuidadosamente las monedas, una sobre otra, hasta que parecían torres brillantes y temblorosas, de varios pies de altura. Mi madre siempre pedía mucho cambio en las tiendas a las que iba, por lo que yo siempre disponía de un suministro regular de monedas para mis «torres». A veces incluso levantaba varias pilas de altura similar a mi alrededor, conformando un círculo y sentándome en el centro, rodeado de esas torres por todas partes, sintiéndome tranquilo y seguro en su interior.

En septiembre de 1988, cuando tuvieron lugar los Juegos Olímpicos de Seúl, en Corea del Sur, las diferentes vistas y sonidos que aparecían en la pantalla del televisor me fascinaron como nada de lo que había visto hasta entonces. Con 8475 participantes de 159 países, eran los juegos más grandes de la historia. Había

muchos elementos visuales extraordinarios: los nadadores abriéndose camino por el agua espumosa y reluciente, con las cabezas engafadas asomando rítmicamente arriba y abajo con cada brazada; los velocistas corriendo por las calles, con los brazos y las piernas fibrosos reducidos a un desenfocado borrón; los gimnastas botando, contorsionándose y dando saltos mortales en el aire... Me quedé absorto con la cobertura televisiva de las Olimpiadas y estuve pendiente de ellas todo el tiempo posible desde la sala de estar, sin importarme el deporte o el evento.

Un golpe de suerte quiso que mi profesor le pidiese a la clase que escribiésemos un trabajo sobre los Juegos de Seúl. Me pasé toda la semana recortando y pegando sobre cartulinas de colores cientos de fotografías de los distintos atletas y eventos tomadas de periódicos y revistas. Mi padre me ayudaba con las tijeras. La organización de los recortes seguía una lógica totalmente visual: los atletas de rojo se pegaron en una cartulina, los de amarillo en otra, los de blanco en una tercera y así sucesivamente. En hojas de papel rayado más pequeñas escribí, con mi mejor letra, una larga lista con los nombres de todos los países que hallé mencionados en los periódicos que enviaron participantes a los Juegos. También escribí una lista de los distintos eventos, incluyendo el taekwondo —el deporte nacional de Corea— y el ping pong, que hacía su debut olímpico en Seúl. También había listas de estadísticas y resultados, que

comprendían puntuaciones, tiempos, récords superados y medallas ganadas. Al final, había tantas hojas de recortes y páginas escritas que mi padre tuvo que agujerearlas y atarlas con un cordel. En la cubierta puse una imagen de los anillos olímpicos con sus colores: azul, amarillo, negro, verde y rojo. Mi profesor me dio una nota excelente por la cantidad de tiempo y esfuerzo invertidos en el proyecto.

Al leer acerca de los muchos y distintos países que estuvieron representados en las Olimpiadas, sentí la curiosidad de saber más acerca de ellos. Recuerdo haber sacado un libro de la biblioteca que trataba de los diferentes idiomas del mundo. En su interior había una descripción e ilustración del antiguo alfabeto fenicio. Data de alrededor del 1000 a. de C. y se cree que ayudó a la creación de muchos de los alfabetos del mundo moderno: hebreo, árabe, griego y cirílico. Al igual que el árabe o el hebreo, el fenicio es un alfabeto consonántico, que no contiene símbolos para las vocales; deben deducirse a partir del contexto. Las palabras enteras solían escribirse de derecha a izquierda. Me fascinaban las líneas y curvas características de las diferentes letras e incluso empecé a llenar cuaderno tras cuaderno escribiendo largas frases e historias sólo en alfabeto fenicio. Utilizando tiza de colores, cubrí las paredes interiores del cobertizo del jardín con mis palabras favoritas, compuestas totalmente con letras fenicias. A continuación aparece mi nombre, «Daniel», en fenicio:



Al año siguiente, cuando tuve diez años, murió un anciano vecino y la casa la ocupó una familia joven. Un día mi madre abrió la puerta y encontró una niña pequeña de pelo rubio, que dijo que había visto a otra niña de nuestra casa jugando fuera (se trataba de mi hermana Claire) y que quería saber si podía jugar con ella. Mi madre nos la presentó a mi hermana y a mí —pensó que era una buena oportunidad para que me relacionase con otros niños del barrio— fuimos a su casa y nos sentamos en el porche, que daba al jardín. Mi hermana y la niña se hicieron muy buenas amigas y jugaban casi todos los días en su jardín. Se llamaba Heidi y tendría seis o siete años. Su madre era finlandesa, pero su padre era de Escocia, así que Heidi había crecido hablando inglés y por aquel entonces empezaba a aprender sus primeras palabras en finlandés.

Heidi tenía varios libros infantiles con dibujos de colores muy vivos, y escrito bajo cada objeto su significado en holandés. Debajo del dibujo de una reluciente manzana roja estaba la palabra *omena* y bajo otra de un zapato se leía *kenkä*. Había algo que me resultaba muy hermoso en la forma y el sonido de las palabras finesas que leí y escuché. Mientras mi hermana y

Heidi jugaban, yo me senté y estuve mirando los libros, aprendiendo muchas palabras. Aunque eran muy diferentes de las inglesas, pude aprenderlas rápidamente y recordarlas con facilidad. Siempre que me iba del jardín de Heidi me volvía para decirle: «*Hei Hei!*», la manera fina de decir «¡adiós!».

Ese verano me dieron permiso para ir solo andando la corta distancia existente entre nuestra casa y la escuela. El camino estaba bordeado de una hilera tras otra de setos y una tarde, mientras iba a casa desde el colegio, me fijé en un insecto diminuto y rojo que tenía puntitos negros. Tanto me fascinó que me senté en la acera y lo observé de cerca mientras trepaba por debajo y por los costados de las hojitas y ramas, deteniéndose, caminando y deteniéndose de nuevo en varios momentos a lo largo de su viaje. El pequeño lomo era redondeado y luminoso, y conté los puntitos negros una y otra vez. La gente que pasaba me rodeaba, algunos de ellos murmurando algo. Debía de estar en medio del paso, pero en esos momentos no pensaba en nada más que en la mariquita que tenía frente a mí. Le acerqué el dedo cuidadosamente, para que se subiese a él, y corrí hacia casa.

Antes sólo había visto mariquitas en las fotografías de los libros, pero había leído todo acerca de ellas y sabía, por ejemplo, que las consideraban auspiciosas en muchas culturas, porque acababan con las plagas (podían comerse entre cincuenta y sesenta pulgones al día) y ayudaban a proteger las cosechas. En el Medioevo, los campesinos

consideraban que era una ayuda divina y por esa razón la bautizaron honrando a la Virgen María. Los puntos negros de la mariquita absorben energía del sol, mientras que su colorido le ayuda a asustar a predadores potenciales, porque la mayoría de estos asocian los colores vivos con el veneno. También producen una sustancia química que sabe y huele fatal, y por ello los depredadores las suelen dejar tranquilas.

Me sentía muy excitado con mi descubrimiento y quise coleccionar todas las mariquitas posibles. Mi madre vio el pequeño insecto en mi mano nada más llegar a la puerta y me dijo que eran «pegajosas» y que debía decir: «¡Mariquita, mariquita! ¡Echa a volar hacia casa!», pero no lo hice porque no quería que se echase a volar. Arriba, en mi cuarto, había un tubo de plástico donde guardaba mi colección de monedas. Lo vacié, amontonando las monedas en el suelo, luego tomé el tubo y metí la mariquita dentro. Luego volví a la calle y me pasé allí varias horas, hasta que oscureció y no pude ver nada, buscando mariquitas entre los setos. A medida que las iba encontrando, las recogía con la yema de los dedos y las metía en el tubo con las demás. Había leído que a las mariquitas les gustaban las hojas y los pulgones, así que recogí muchas hojas y algunas ortigas con pulgones y las metí en el tubo con ellas.

Cuando volví a casa llevé el tubo a mi habitación y lo deposité en la mesilla que había junto a mi cama. Utilicé una aguja para hacer algunos agujeros en el tubo, para

que las mariquitas tuviesen suficiente aire y luz en su nuevo hogar, y luego puse un libro grande sobre la parte superior, a fin de impedir que se escapasen por toda la casa. Durante todos los días de la semana siguiente, nada más salir del colegio, me ponía a recoger más hojas y pulgones para las mariquitas, y las volvía a meter en el tubo de mi habitación. Rocié algunas hojas con agua por si tenían sed.

En clase hablaba sin cesar de las mariquitas, hasta que mi irritado profesor, el señor Thraves, me pidió que las llevase. Al día siguiente llevé el tubo al colegio y les enseñé mi colección, a él y a los niños de la clase. Por entonces había encontrado y metido cientos de mariquitas en ese tubo. El profesor le echó un vistazo y luego me pidió que dejase el tubo sobre su escritorio. Me dio una hoja de papel doblado y me pidió que se la entregase al profesor de la clase de al lado. Tardé unos pocos minutos. A mi regreso, el tubo había desaparecido. El señor Thraves, preocupado por si las mariquitas se escapaban y echaban a volar por toda la clase, le dijo a uno de los niños que se las llevase fuera y las liberase a todas. Cuando comprendí lo sucedido, sentí que la cabeza estaba a punto de estallarme. Me eché a llorar y salí corriendo de clase hasta llegar a casa. Estaba totalmente consternado y no le dirigí la palabra al profesor durante semanas; me alteraba mucho sólo con que pronunciase mi nombre.

En otras ocasiones, el señor Thraves se había mostrado extraordinariamente amable conmigo. Siempre que me sentía ansioso o angustiado en clase me llevaba a la sala de música del colegio para que me tranquilizase. Era músico y solía tocar la guitarra para los niños en sus lecciones. La sala de música estaba llena de los instrumentos que se utilizaban en las diversas funciones escolares a lo largo del año, e incluían platillos, tambores y un piano. Me mostró cómo distintas teclas del piano producían diferentes notas, y me enseñó a tocar melodías muy sencillas. Me gustaba entrar en la sala de música y que me dejaran sentado en el piano, para experimentar con las teclas. La música siempre me gustó, a causa de su capacidad para aliviar la ansiedad que pudiera sentir y sosegarme interiormente.

A lo largo de mi período escolar experimenté de manera muy habitual sensaciones de gran ansiedad. Me irritaba si se anunciaba un evento escolar con poco tiempo de antelación, en el que se suponía que debía participar todo el mundo, o bien cuando se hacían cambios en las rutinas normales de clase. La previsibilidad era muy importante para mí. Era una manera de sentir que controlaba una situación dada, una forma de mantener a raya a la ansiedad, al menos temporalmente. Nunca me sentí cómodo en el colegio y rara vez contento, excepto cuando me dejaban en paz, haciendo mis cosas. Los dolores de cabeza y de estómago eran frecuentes e indicaban lo tenso que estaba en esa

época. A veces me encontraba tan mal que ni siquiera entraba en clase, por ejemplo si llegaba unos pocos minutos tarde y me daba cuenta de que la clase estaba en la reunión matinal. Me aterraba pensar que debía andar por el pasillo a solas, y no quería esperar la multitud de niños y de ruidos que volverían al cabo de poco; por tanto, volvía a casa y me metía en mi habitación.

La jornada anual deportiva de la escuela me hacía sentir una enorme angustia. Nunca me interesó participar y sentía un nulo interés por los deportes. La jornada implicaba la aparición de muchos espectadores chillones en pruebas como las carreras de sacos o la de huevos y cucharas, y la combinación de mucha gente y ruido (así como de calor estival muy a menudo) era demasiado para mí. Mis padres solían permitir que me quedase en casa en lugar de hacerme asistir. Si me sentía sobrepasado por una situación, podía ponerme muy rojo y golpearme lateralmente la cabeza hasta que me doliese mucho. Sentía tanta tensión interior que tenía que hacer algo, cualquier cosa, para soltarla.

Eso sucedió en una ocasión durante una lección de ciencias, en la que el señor Thraves había ayudado a uno de los alumnos a preparar un experimento con una bola de plastilina suspendida de un cordel. Me sentí fascinado a causa de una visión tan inusual e —inconsciente de que formaba parte de un experimento en curso— me dirigí hacia el objeto y empecé a tocar la plastilina y a tirar de ella con los dedos. Al profesor no le gustó nada que

hubiese interrumpido el experimento sin razón aparente y me echó, pero yo no tenía ni idea de por qué se había enfadado conmigo, y me sentí muy confuso y alterado. Di un portazo al salir corriendo de clase, tan fuerte que el cristal de la puerta saltó hecho pedazos. Todavía recuerdo oír los gritos de los niños detrás de mí cuando salí corriendo de clase. Cuando llegué a casa mis padres me explicaron que debía esforzarme en no reaccionar de esa manera nunca más. Tuvieron que ir a ver al director, escribir una carta de disculpas y pagar el cristal roto.

Mis padres tuvieron una idea para ayudarme a lidiar mejor con mis emociones: enseñarme a saltar a la comba. Creían que mejoraría mis capacidades de coordinación y me animaría a pasar más tiempo fuera de mi habitación. Aunque me costó acostumbrarme, no tardé en poder saltar durante mucho tiempo, lo que me hacía sentir mejor y más tranquilo. Al saltar contaba cada vuelta y visualizaba la forma y textura del número al verlo en mi cabeza.

Cuando en clase nos daban hojas de ejercicios aritméticos, solía parecerme muy confuso ver los distintos números todos impresos en negro. Me daba la impresión de que las hojas estaban llenas de errores de imprenta. No podía imaginarme, por ejemplo, por qué el 8 no era más grande que el 6, o por qué el 9 no estaba impreso en color azul en lugar de negro. Imaginé que la escuela había impreso demasiados nueves en las anteriores hojas de cálculo y que se le había acabado la

tinta de colores. Cuando escribía mis respuestas en el papel, el profesor se quejaba de que mi letra era muy desigual y confusa. Se me dijo que anotase todos los números de igual manera. No me gustaba tener que escribir los números mal. Pero era algo que no parecía importarles a los demás niños. Sólo al llegar a la adolescencia me di cuenta de que la manera en que experimentaba los números era muy distinta de la de otras personas.

Siempre acababa todas mis sumas mucho antes que el resto de los alumnos de la clase. Con el tiempo llegué a estar a kilómetros de distancia de los demás. Cuando terminaba, se me pedía que me sentase en mi pupitre y que permaneciese tranquilo para no molestar a los otros mientras trabajaban. Entonces apoyaba la cabeza en las manos y pensaba en números. A veces, mientras permanecía absorto en mis pensamientos, canturreaba suavemente para mí mismo sin darme cuenta de ello hasta que el profesor se acercaba a mi pupitre. En ese momento me daba cuenta y paraba.

Para llenar el tiempo creé mis propios códigos, sustituyendo letras por números, por ejemplo: «24 1 79 5 3 62» cifraba la palabra «DANIEL». En este caso, emparejaba las letras del alfabeto: «ab», «cd», «ef», «gh», «ij», etc. y otorgaba a cada pareja un número del 1 al 13: $ab=1$, $cd=2$, $ef=3$, $gh=4$, $ij=5$, etc. Luego sólo había que distinguir entre cada letra de la pareja. Lo hacía añadiendo un número aleatorio si quería utilizar la

segunda letra de cada pareja. Si no, simplemente escribía el número que correspondía a la pareja a la que pertenecía la letra. Así pues, «24» significaba la segunda letra de la segunda pareja: «d», mientras que «1» representaba la primera letra de la primera pareja: «a».

Tras pedir permiso al profesor para hacerlo, solía llevarme los libros de texto de matemáticas a casa después del colegio. Me tendía boca abajo en el suelo de mi habitación con los libros abiertos frente a mí y hacía sumas durante horas. En una ocasión, mi hermano Lee estaba en la habitación, observándome.

Como sabía que me encantaba multiplicar un número por sí mismo, me dio algunos para probar, y comprobaba las respuestas con una calculadora: «¿23? 529», «¿48? 2304», «¿95? 9025». Luego me propuso una cifra enorme: «¿82 × 82 × 82 × 82?». Yo me lo pensé durante unos diez segundos, con las manos entrelazadas y la cabeza llena de formas, colores y texturas. «45 212 176», contesté. Mi hermano no dijo nada, así que le miré. Su rostro tenía un aspecto distinto, sonreía. Hasta entonces, Lee y yo no nos habíamos sentido muy unidos. Era la primera vez que le veía sonreírme.

En mi último verano en Dorothy Barley, los profesores organizaron una excursión de una semana para varias clases, incluyendo la mía, a Trewern, un centro residencial al aire libre situado en el campo, en el límite entre Inglaterra y Gales. A mis padres les pareció una buena oportunidad para que yo experimentase un entorno

distinto durante algunos días. Un autobús largo y reluciente, con un conductor que olía a tabaco, vino para recoger a los niños y a los profesores. Mi padre me ayudó a hacer la maleta para el viaje y fue a despedirme.

En el centro se repartió a los niños en grupitos y a cada grupo se le asignó una cabaña en la que alojarse durante la semana. Cada una de las cabañas tenía el sitio justo para unas literas, una pila, una mesa y una silla. A mí no me gustaba estar lejos de casa, porque todo me parecía estar patas arriba y me resultaba difícil enfrentarme a muchos cambios. Se esperaba de nosotros que nos levantásemos muy temprano —hacia las cinco de la madrugada— para correr por el campo en camiseta y pantalones cortos. Yo siempre tenía mucha hambre, porque el centro no parecía contar con nada de lo que yo comía en casa, como cereales para desayunar y bocadillos de mantequilla de cacahuete. Tampoco disponía de mucho tiempo para mí mismo, y se suponía que los niños debían participar en actividades grupales todos los días.

Una de ellas era montar en ponis, una actividad dirigida por el picadero local. El día consistía en aprender cómo controlar un poni y luego hacer una excursión por los caminos de la región, acompañados por un guía. A mí me resultó muy difícil mantener el equilibrio sobre el animal y no hacía más que resbalar de la silla, por lo que sostenía con fuerza las riendas para evitar caerme. Uno de los propietarios del picadero, una mujer, me observó, se enfadó mucho y me gritó. Sentía mucho cariño por sus

animales, pero por entonces yo no entendía qué hacía mal y me molesté mucho. Después de eso me fui retirando cada vez más y pasaba todo el tiempo posible a solas en la cabaña.

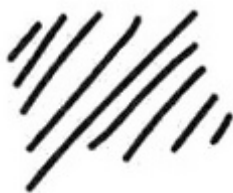
Había otras actividades grupales, como explorar una cueva subterránea. Estaba muy oscuro y todo el mundo debía llevar gorras con linternas. La cueva era fría, húmeda y resbaladiza, y estuve muy contento cuando salí de ella, yendo a dar a un puente de troncos que atravesaba un torrente. Mientras lo recorría muy despacio, uno de los chicos del grupo llegó corriendo y riéndose, y me empujó con tanta fuerza que me caí al agua. Me quedé sentado sin decir nada, durante mucho tiempo, en el agua poco profunda, con la ropa empapada y abrazado a mí mismo. Luego salí de allí y regresé solo a mi cabaña, con el rostro muy rojo, intentando por todos los medios no llorar ni gritar a causa de la súbita pérdida de control. A veces el acoso escolar fue un problema para mí porque era diferente y muy solitario. Algunos de los niños me insultaban o se burlaban de mí por no tener amigos. Por fortuna siempre acababan aburridos y se marchaban porque yo no quería pelearme con ellos. Esas experiencias reforzaron la percepción de que era una persona que iba por libre y que no pertenecía a su mundo.

En la semana en Trewern hubo algo interesante. En la clausura, los trabajadores del centro concedían diversos premios a los distintos grupos; el mío ganó el de la cabaña más limpia.

Siempre me gustaba estar en casa. Ahí me sentía seguro y tranquilo. Sólo había otro sitio donde me sentía de la misma manera: la biblioteca local. Desde que empecé a leer conseguí que mis padres me llevaran diariamente al pequeño edificio de ladrillo con grafitis en las paredes y un cuarto en el interior con estanterías con códigos de colores repletas de libros infantiles forrados de plástico y coloridos asientos en el rincón. Iba a la biblioteca cada día, después de las clases y durante las fiestas escolares, sin importar el tiempo que hacía, y me sentaba allí durante horas, a menudo hasta la hora de cerrar. En la biblioteca había mucha tranquilidad y orden, y siempre me daba una sensación de satisfacción y contento. Las enciclopedias eran mi material de lectura favorito, aunque resultaban pesadas y debía sentarme en una mesa para poder leerlas. Me encantaba aprender sobre curiosidades, hechos y personajes de todo tipo, como los nombres de las capitales del mundo, y hacer listas con los nombres y fechas de los reyes y reinas de Inglaterra, los presidentes de Estados Unidos y otras trivialidades. Mis apariciones diarias en la biblioteca se tornaron normales para los bibliotecarios, que charlaban con mis padres mientras yo leía. El bibliotecario jefe estaba lo bastante impresionado a causa de mi asistencia cotidiana para proponerme para un premio, que acabé ganando, que reconoció mis esfuerzos y logros en la lectura. El teniente de alcalde del distrito me entregó el premio —un muy apropiado cheque-regalo para adquirir

libros— en una breve ceremonia en el ayuntamiento. Al ir a recoger mi premio el teniente de alcalde se inclinó y me preguntó mi nombre, pero no le oí y no dije nada porque estaba muy ocupado contando los eslabones de la cadena que ese hombre llevaba al cuello, y por lo general no hago bien más de una cosa a la vez.

5



El raro

Recuerdo que permanecía a solas bajo la sombra de los árboles que salpicaban el perímetro del patio del colegio, observando correr, gritar y jugar al resto de los niños desde la acera. Tengo diez años y sé que soy distinto a ellos de una manera que no sé expresar ni comprender. Los niños son ruidosos y se mueven con rapidez, saltando y empujándose entre sí. Siempre tengo miedo de que me dé una de esas pelotas que lanzan o chutan tan a menudo. Esa es una de las razones por las que prefiero mantenerme al margen en el patio, lejos de mis compañeros. Así lo hago invariablemente en cada recreo, de manera que pronto se convierte en una broma común y

es de conocimiento público que Daniel habla con los árboles y es raro.

En realidad, nunca hablé con los árboles. Es imposible hablar con cosas que no pueden contestarte. Puedo hacerlo con mis gatos, pero porque al menos responden con un maullido. Me gustaba pasar el tiempo entre los árboles del patio porque allí podía caminar arriba y abajo, absorto en mis pensamientos, sin preocuparme de que me empujasen o golpearan. Al andar y durante unos breves instantes sentía que podía hacerme desaparecer metiéndome detrás de cada árbol. Lo cierto es que no eran pocas las ocasiones en que sentí que quería evaporarme. No parecía encajar en ninguna parte, como si hubiese nacido en el mundo equivocado. La sensación de no acabar de sentirte nunca bien o seguro, de estar siempre de alguna manera fuera de juego y separado, me pesaba mucho.

Cada vez me hacía más consciente de mi soledad y empecé a anhelar un amigo. Todos mis compañeros de clase tenían al menos uno y la mayoría, varios. Me pasaba horas despierto en la cama mirando al techo e imaginando cómo sería ser amigo de alguien. Estaba seguro de que de alguna manera me haría sentir menos diferente. Tal vez entonces, imaginé, los otros niños dejasen de pensar que era raro. No me ayudó el hecho de que mis hermanos pequeños tuviesen varios amigos y que a veces viniesen a casa con ellos después del colegio. Yo me sentaba junto a la ventana mirando al jardín y

escuchándolos jugar. No podía entender por qué no hablaban de cosas interesantes, como monedas, castañas, números o mariquitas.

A veces había niños de clase que intentaban hablar conmigo. Digo «intentaban» porque para mí era difícil interactuar con ellos. Para empezar, no sabía qué hacer ni decir. Siempre acababa mirando al suelo mientras hablaba y ni siquiera se me pasaba por la imaginación establecer contacto ocular. Luego, levantaba la cabeza y los miraba, pero era algo que requería una gran fuerza de voluntad y que me hacía sentir extraño e incómodo. Cuando hablaba con alguien, solía ser mediante una larga e ininterrumpida secuencia de palabras. La idea de hacer una pausa o conversar respetando los turnos no era algo que se me ocurriese.

Nunca fui maleducado intencionadamente. Lo que sucedía era que no comprendía que el propósito de conversar no era hablar precisamente de lo que más te interesaba. Yo hablaba, de manera muy detallada, hasta que me vaciaba de todo lo que quería decir y sentía que podía reventar si era interrumpido a la mitad. Nunca se me ocurrió que el tema del que charlaba podía no interesar lo más mínimo a la otra persona. Tampoco me daba cuenta de si el oyente empezaba a inquietarse o a mirar alrededor, y seguía hablando hasta que me decían algo parecido a: «Me tengo que ir».

Escuchar a otras personas no me resulta fácil. Cuando alguien me habla suelo sentir como si estuviese

intentando sintonizar con una emisora de radio en particular y que mucho de lo que dice entra y sale de mi cabeza como si hubiese interferencias, sin acabar de entenderlo. Con el tiempo he aprendido a captar lo suficiente como para acabar entendiendo de qué se está hablando, pero puede ser problemático cuando me hacen una pregunta y no la oigo. Entonces hay veces en que el interrogador se molesta conmigo, lo que hace que me sienta mal.

Las conversaciones en clase o en el patio solían ser imposibles a causa de mi incapacidad para seguir «el hilo». Mi mente suele divagar, en parte porque recuerdo tantas cosas de lo que he visto y leído que una palabra o un nombre casual en medio de una conversación pueden provocar una riada de palabras en mi mente, como un efecto de dominó. Ahora, cuando escucho el nombre Ian, aparece espontáneamente en mi cabeza una imagen mental de alguien a quien conozco que tiene ese nombre, sin que haya pensado en ello. Luego la imagen salta a una en la que conduce su Mini, que a su vez hace que recuerde varias escenas de la película clásica *El trabajo italiano*. La secuencia de mis pensamientos no siempre es lógica, pero aparece como una forma de asociación visual. En el colegio, esos desvíos asociativos a veces hacían que dejase de escuchar lo que me estaban diciendo y los profesores me solían regañar por no atender o concentrarme lo suficiente.

A veces puedo escuchar todo y enterarme de todos los detalles de lo que se me cuenta, pero sigo sin poder contestar de manera apropiada. Alguien puede decirme: «Estaba escribiendo un ensayo en mi ordenador cuando accidentalmente toqué la tecla equivocada y lo borré todo», y yo entiendo que apretó la tecla, pero no relaciono las frases entre sí y no me entero de la situación, de que el ensayo se borró. Es como unir puntos en un libro infantil de colorear y ver todos los puntos pero no la imagen que conforman cuando se unen. Me resulta prácticamente imposible «leer entre líneas».

También me es muy difícil responder a frases que no adoptan la forma explícita de una pregunta. Tiendo a aceptar lo que se me dice como información, lo que significa que no me resulta fácil utilizar el lenguaje de manera social, como hace la mayoría de la gente. Si una persona te dice: «Qué día más malo tengo», he aprendido que espera que tú digas algo como: «Ah, ¿sí?», y luego preguntes qué es lo que hace que el día sea tan malo. Yo tenía problemas en clase si el profesor imaginaba que estaba apático, cuando de hecho no me daba cuenta de que esperaba que diese una respuesta. Por ejemplo, él podía decir: «Siete por nueve», mirándome, y claro, yo sabía que la respuesta era sesenta y tres, pero no me daba cuenta de que esperaba que dijese la respuesta en voz alta para la clase. Sólo si el profesor repetía su pregunta de manera explícita: «¿Cuánto son siete por nueve?», le ofrecía la respuesta. Saber cuándo alguien espera que le

respondas a una frase no es algo que yo sepa de manera intuitiva, y mi capacidad para hacer cosas como conversar con la gente sólo me ha sido posible a base de mucha práctica.

Practicar todas esas aptitudes ha sido muy importante para mí porque lo que más deseaba era ser normal y tener amigos como los demás niños. Siempre que adquiría una nueva capacidad, como mantener el contacto ocular, me parecía algo muy positivo porque para conseguirlo había tenido que esforzarme mucho y la sensación personal de logro era increíble.

Tuve que acostumbrarme a la soledad que me rondaba en el patio. Aparte de mis caminatas entre los árboles, pasaba el tiempo contando piedras y los números de la rayuela. Solía abismarme en mis propios pensamientos, ajeno a lo que los demás creyesen o pensasen. Cuando me entusiasmaba con algo, solía ahuecar las manos juntas, acercándolas al rostro y apretando los dedos contra los labios. A veces sacudía las manos a la vez y hacía sonido de palmadas. Si lo hacía en casa, mi madre se ponía nerviosa y me pedía que parase. Pero no lo hacía a propósito...; sucedía, y en muchas ocasiones ni siquiera me daba cuenta de que lo hacía hasta que alguien me lo decía.

Lo mismo sucedía cuando hablaba solo. La mayoría de las veces no me daba ni cuenta. En ocasiones me era difícil pensar y no expresar mis pensamientos en voz alta. Siempre que me absorbo en mis pensamientos hay mucha

intensidad en juego y eso afecta al cuerpo. Puedo sentirlo tenso. Ni siquiera ahora puedo evitar que se me muevan las manos y tirarme inconscientemente de los labios mientras pienso. Cuando hablo conmigo mismo, me ayuda a calmarme y a concentrarme en algo.

Algunos de los chicos del patio se acercaban y se burlaban de mí imitando mi batir de manos e insultándome. No me gustaba cuando se acercaban demasiado y podía sentir su aliento en mi piel. Si eso sucedía me sentaba en el duro suelo de hormigón y me tapaba los oídos con las manos, esperando que se fuesen. Cuando me sentía muy estresado, contaba las potencias de 2 de esta manera: 2, 4, 8, 16, 32... 1024, 2048, 4096, 8192... 131 072, 262 144... 1 048 576. Los números conformaban pautas visuales en mi cabeza que me tranquilizaban. Dado que era tan diferente, los chicos no estaban del todo seguros acerca de cómo burlarse de mí y no tardaban en cansarse de intentarlo si yo no reaccionaba de la manera que ellos esperaban, llorando o huyendo. Los insultos continuaron, pero aprendí a ignorarlos y acabaron por no molestarme demasiado.

Quienes tienen el síndrome de Asperger quieren hacer amigos, pero les resulta muy difícil. La aguda sensación de aislamiento era algo que yo sentía muy profundamente y que me hacía daño. Para compensar mi falta de amigos creé unos que me acompañaban en mis paseos por los árboles del patio. Hay una que recuerdo muy bien incluso ahora. Era una mujer muy alta, que medía más de 1,80

metros de altura, y que iba cubierta de la cabeza a los pies con una larga capa azul. Tenía el rostro muy delgado y lleno de arrugas, porque era muy, muy vieja. Tenía más de cien años. Sus ojos eran como estrechas rendijas acuosas que solía cerrar, como si estuviese muy concentrada. No le pregunté de dónde era; no me importaba. Me dijo que se llamaba Anne.

Me pasaba los recreos manteniendo largas e intensas conversaciones con Anne. Su voz era suave y siempre amable, dulce y tranquilizadora. Me sentía muy sosegado con ella. Su historia personal era compleja: había estado casada con un hombre llamado John, que murió hacía tiempo y que era herrero. Fueron muy felices juntos pero no tuvieron hijos. John murió hacía mucho tiempo y Anne se quedó sola y se sentía agradecida por mi compañía. Me sentía muy cercano a ella, porque no había nada que yo pudiera hacer o decir que la disgustase o hiciese que deseara marcharse. Podía descargarle de todos mis pensamientos y ella se quedaba allí y escuchaba pacientemente, sin interrumpirme ni decir lo raro o estrafalario que era.

Muchas de las conversaciones que mantuvimos fueron filosóficas, sobre la vida y la muerte, y todo lo que hay en medio. Hablamos de lo que me gustaban las mariposas y mis torres de monedas, sobre libros, números, sobre los árboles muy altos, y los gigantes y princesas de mis cuentos favoritos. A veces le hacía una pregunta a Anne que no respondía. En una ocasión le

pregunté por qué era tan distinto de los otros niños, pero sacudió la cabeza y dijo no saberlo. Pensé que tal vez la respuesta era terrible y que quería protegerme, así que no volví a preguntar. Afirmó que no debía preocuparme de los otros chicos y que me iría bien. Muchas cosas de las que me decía tenían por objeto tranquilizarme, y lo conseguía, porque siempre me separaba de ella contento y en paz.

Un día apareció mientras yo caminaba como siempre por detrás de los árboles, golpeando los tacones contra la gruesa y áspera corteza mientras andaba, y ella se quedó muy quieta, más de lo que estaba acostumbrado a ver en ella. Me pidió que la mirase porque tenía que decirme algo importante. A mí me resultaba difícil mirarla a los ojos, pero levanté la cabeza y lo hice. Tenía la boca muy cerrada, y en su rostro aparecía una mirada más suave y luminosa que en las pocas ocasiones en que la había observado de cerca. Se quedó callada durante algunos minutos; luego habló muy dulcemente y poco a poco, y me dijo que tenía que irse y que era posible que no regresase. Me sentí muy contrariado y le pregunté por qué; ella me respondió que se estaba muriendo y que había venido para despedirse. A continuación, desapareció por última vez. Yo lloré y lloré hasta que no pude seguir haciéndolo y continué muy apenado por ella durante muchos días. Era alguien muy especial para mí y sabía que nunca la olvidaría.

Mirando hacia el pasado, podría afirmar que Anne era la personificación de mi sensación de soledad e incertidumbre. Era un producto de esa parte de mí que quería vérselas con mis limitaciones y empezar a liberarse de ellas. Al soltarla tomé la dolorosa decisión de intentar hallar mi camino hacia un mundo más amplio en el que poder vivir.

Mientras que los niños, después del colegio, salían a la calle o iban al parque a jugar, a mí me gustaba meterme en mi habitación, sentarme en el suelo y abismarme en mis pensamientos. A veces jugaba a una forma sencilla de solitario de mi propia invención con una baraja de cartas, en la que a cada carta se le daba un valor numérico: el as era el 1, la jota el 11, la reina el 12 y el rey el 13, mientras que los números del resto de las cartas determinaba su valor. El objeto del juego era quitar todas las cartas posibles de la baraja. Al principio, se barajaba y luego se separaban cuatro. Si el valor total de las cartas de esa mano era un número primo, esas cartas se perdían. Ahí es donde aparece, como en otras formas de solitario, el azar. Imagina que las cuatro primeras cartas son: 2, 7, rey (13) y 4. Esta mano está de momento a salvo, ya que $2 + 7 = 9$, que no es primo, $9 + 13 = 22$, que tampoco es primo, y $22 + 4 = 26$, que tampoco lo es. El jugador debe ahora decidir si se arriesga a añadir otra carta a esa mano o bien si empieza otra nueva desde cero. Si el jugador decide no arriesgarse añadiendo una nueva carta a las que ya tiene, las cartas de ese montón están a

salvo y se guardan. Pero si pide una nueva y el total da un número primo, todas esas cartas se pierden y hay que empezar una nueva mano. El juego finaliza cuando se han hecho grupos con las cincuenta y dos cartas de la baraja, y algunas de las manos se han salvado y otras se han perdido. El jugador suma el número total de cartas salvadas para obtener la puntuación final.

Este juego era fascinante para mí porque al mismo tiempo requería matemáticas y memoria. Una vez que el jugador contaba con un grupo de cuatro cartas cuyo valor no sumaba un número primo, la decisión de si continuar con esa mano o bien empezar una nueva dependía de dos factores: el valor total de las cartas en ese momento y los valores de las que continúan en la baraja. Por ejemplo, si las cuatro primeras cartas son como en el ejemplo anterior: 2, 7, rey (13) y 4 = 26, el jugador debe tener en cuenta en primer lugar cuántos posibles primos podría obtener con la siguiente carta si continúa pidiendo. Los primos después de 26 son 29, 31 y 37 (como el valor más alto de una carta es 13, el rey, no es necesario considerar números superiores a 39 en este ejemplo). Así pues, un 3, un 5 o una jota (11) harían perder esta mano, pero cualquier otra carta permitiría que fuese aumentando de tamaño.

Recordar el valor de las cartas restantes que quedan en la baraja también ayuda al jugador. Por ejemplo, si alcanzases un total de 70 puntos con diez cartas y quedasen tres en la baraja, obviamente sería muy

ventajoso saber cuáles son esas tres; por ejemplo, un 3, un 6 y un 9. En esa situación, el jugador debería guardarse las diez cartas y empezar una nueva mano, porque 73 y 79 son primos. Yo recordaba los valores de todas las cartas restantes en la baraja en cualquier momento del juego. Lo conseguía de la siguiente manera: en una baraja hay cuatro cartas de cada (cuatro ases, cuatro doses, etc.). Yo visualizaba cada grupo de cuatro cartas como un cuadrado compuesto por puntos. Los cuadrados tenían distintos colores o texturas, dependiendo del valor de la carta. Por ejemplo, veía el grupo de cuatro ases como un cuadrado brillante y luminoso, porque siempre veo el número uno con una luz muy luminosa. El número 6 lo veo como un puntito negro, y por eso el grupo de cuatro seises es para mí un agujero negro de forma cuadrada. Al ir avanzando el juego y viendo las cartas, los distintos cuadrados en mi cabeza van cambiando de forma. Cuando aparece el primer as de la baraja, el cuadrado luminoso se convierte en triángulo. Cuando lo hace el primer 6, el cuadrado negro se transforma en un triángulo negro. Cuando la baraja saca el segundo as, el triángulo luminoso se torna en una línea luminosa, y con el tercer as, en un punto luminoso. Una vez que se han jugado las cuatro cartas de cada valor, la forma de ese grupo de cuatro en mi cabeza desaparece.

Las cartas ayudan a ilustrar una cualidad particular de los números primos: su distribución irregular. En el

juego, algunos valores totales de una mano son mejores que otros. Por ejemplo, un total de 44 es mejor que un total de 34 porque desde 44 el jugador sólo puede obtener dos primos —47 y 53—, mientras que desde 34 puede llegar a conseguir cuatro —37, 41, 43 y 47—, justo el doble. Un valor total de 100 en una mano es muy desafortunado, ya que con la próxima carta pueden aparecer cinco primos: 101, 103, 107, 109 y 113 (con un as, un 3, un 7, un 9 y un rey, respectivamente).

A mis padres les preocupaba que pasase tanto tiempo solo en mi habitación y que no hiciese esfuerzo alguno para jugar con el resto de los niños en la calle. Mi madre era amiga de una mujer que vivía unas casas más abajo y que tenía una hija de mi edad. Un día me llevó de visita para conocerla, y me hizo sentar y hablar con la chica mientras ambas madres charlaban tomando té. Siempre que empezaba a hablar de las cosas que me interesaban la chica me interrumpía y eso me molestaba mucho porque no podía sacar las palabras de mi cabeza y sentía que me faltaba la respiración. Entonces empecé a ponerme muy rojo, lo que la hizo reír. Eso provocó que me pusiera cada vez más rojo, y que de repente me sintiese muy molesto, me levantase y le pegase. Ella comenzó a llorar. No me sorprende que no me volviesen a invitar.

Por tanto, mi madre animó a mi hermano Lee para que me dejase unirme a él cuando salía con sus amigos. Su mejor amigo era un chico que vivía a dos calles y que se llamaba Eddie. Mi hermano y Eddie jugaban casi

siempre en el jardín de este, pues tenía muchos más juguetes que nosotros y les gustaba jugar al ping pong o al fútbol juntos, mientras yo me sentaba en el columpio y me columpiaba rítmicamente arriba y abajo.

En verano, Lee se iba a pasar una semana de vacaciones a la costa con la familia de Eddie. Mi madre sugirió que yo podría acompañarlos y la madre de Eddie pareció encantada. Yo dudaba porque no me gustaba la idea de alejarme de casa. Pero a mi madre le hacía ilusión que fuese, con la esperanza de que eso me ayudase a sentirme mejor entre las personas. Tras mucha persuasión —amable pero firme— acabé aceptando.

Una vez que llegamos dio la impresión de que todo iría bien. El tiempo era cálido y despejado, y la familia de Eddie era muy amable y considerada conmigo. Pero tras estar un día lejos de casa sentí una sensación aplastante de añoranza y quise hablar con mi madre. Cerca de donde estábamos había una cabina de teléfono; tomé las monedas que tenía en el bolsillo y llamé a casa. Contestó mi madre, que me escuchó llorar. Me preguntó qué ocurría, pero yo sólo pude contestarle que no me sentía bien allí y que quería volver a casa. Al cabo de pocos minutos se me acabaron las monedas y le pedí que me llamase ella. Luego colgué el teléfono y esperé a que llamase. No me di cuenta de que mi madre no tenía el número de teléfono de la cabina; asumí que ella sabía lo mismo que yo. Esperé, esperé y esperé, junto a la cabina, al menos durante una hora, antes de marcharme. El resto

de las vacaciones pasaron en una confusión de lágrimas. La madre de Eddie se sintió frustrada y molesta de que no me uniese a ellos y de que me pasase la mayor parte del tiempo a solas en la habitación donde la familia dormía, sentado en el suelo con las manos tapándome los oídos. Fueron mis primeras y últimas vacaciones con Eddie y su familia.

Durante casi toda mi infancia, mis hermanos y hermanas fueron amigos míos. Aunque podían lanzar y recoger mejor que yo, e hicieran amigos en la escuela mucho antes de que yo pudiera hacerlo, me querían porque era su hermano mayor y porque les leía cuentos. Con el tiempo aprendieron a interactuar conmigo haciendo juntos las cosas que sabían que me gustaban y en las que participaba por completo. Tras ver a mi madre planchando, saqué toda la ropa que tenía en los cajones y los armarios y las bajé a la sala de estar. Mi madre accedió a pasarme la plancha una vez desenchufada y fría, y empecé a «planchar» cada prenda. Mis hermanos y hermanas me observaron y preguntaron si podían jugar conmigo. Yo había visto a mi madre rociando agua encima de algunas de las prendas antes de plancharlas, por lo que le pedí a Claire que tomase el atomizador y lo usase en cada prenda antes de pasármela. Lee también quiso unírseos, así que le pedí que permaneciese a mi lado y que se ocupase de la ropa una vez que yo les hubiese pasado la plancha y que fuese doblando cada pieza. Le dije a Steven, que entonces tenía cuatro años,

que fuese apilando la ropa de la siguiente manera: un montón para las camisetas, otro para los jerseys, otro para pantalones y así. Una vez que nos quedamos sin ropa, le pedimos a Steven que desdoblase todas las prendas y se las pasase de nuevo a Claire, que las volvería a rociar con agua antes de dármelas a mí para que las planchase de nuevo, y yo a mi vez se las volvería a dar a Lee para que las doblase y se las entregase a Steven para separarlas en montones, una y otra vez. A menudo jugábamos durante horas.

Otro de los juegos que compartía con mis hermanos y hermanas implicaba reunir todos los libros que encontrasen en casa —cientos de ellos— y los llevasen al dormitorio más grande, que era el de las chicas. Allí los clasificaba, dividiéndolos en montones de ficción y no ficción, subdividiendo esos montones por temas: historia, romance, banalidades, aventuras... Luego ordenaba cada uno de los montones en orden alfabético. Cortaba hojas de papel en cuadrados pequeños y escribía a mano una ficha para cada libro, en la que aparecía el título, el nombre del autor, el año de publicación y la categoría (no ficción > historia > «D»). Luego metía los libros en cajas, con todos ellos en perfecto orden por la habitación, para que mis hermanos y hermanas los hojeasen y leyesen. Siempre que uno de ellos quería llevarse un libro de la habitación, me ocupaba de sacar la ficha y colocarla en una jarra, y les daba otro papelito donde aparecía apuntado el tiempo que tenían antes de devolverlo.

Durante las vacaciones de verano, nuestros padres nos dejaban tener los libros en las cajas con las fichas, aunque en otras épocas debíamos quitar las fichas al acabar de jugar y devolver los libros a las distintas estanterías y mesas de la casa.

A veces, cuando jugaba con mis hermanos y hermanas, me acercaba a ellos y les tocaba el cuello con el dedo índice porque me gustaba esa sensación, que era cálida y tranquilizadora. No tenía la impresión de que hacer eso los molestase ni de que fuese socialmente inapropiado, y sólo dejé de hacerlo cuando me lo comentó mi madre, aunque de vez en cuando seguía tocándole el cuello a una persona si me sentía entusiasmado por algo, y la sensación de contacto era una manera de comunicar esa emoción a quienes me rodeaban. Me resultó difícil asimilar la idea de que las personas tienen su propio espacio personal que no hay que traspasar y que es necesario respetar en toda ocasión. No tenía ni idea de que mi comportamiento pudiera resultar irritante y molesto, y me sentía herido cuando un hermano o hermana se enfadaba conmigo por algo que no comprendía.

Había muchas cosas que me resultaban difíciles, como cepillarme los dientes. El sonido raspante que origina esta actividad me resultaba físicamente doloroso, y cuando pasaba junto al cuarto de baño debía taparme los oídos con las manos y esperar que el ruido acabase antes de que pudiera hacer cualquier cosa. A causa de

esta sensibilidad tan extrema, me cepillaba los dientes sólo durante cortos períodos de tiempo pero a menudo, acompañado de mis padres. He sido muy afortunado al no sentir casi nunca dolor de muelas, probablemente porque bebo mucha leche y no como alimentos azucarados. El problema continuó manifestándose durante varios años y provocó frecuentes discusiones con mis padres, que no entendían por qué no podía cepillarme los dientes sin que ellos me obligasen, a menudo trayendo el cepillo y la pasta a mi habitación y quedándose allí hasta que los usaba. No sería hasta el principio de la pubertad cuando me di cuenta de que debía hallar una manera de poder cepillarme los dientes con regularidad. Además, mis hermanos, hermanas y los compañeros del colegio se fijaban en que tenía los dientes amarillentos y se burlaban de mí por ello, lo que todavía hizo que me costase más abrir la boca para hablar a causa de las burlas e insultos. Finalmente, intenté meterme algodón en los oídos para no tener que escuchar el ruido mientras me cepillaba los dientes. A la vez, también miraba el pequeño televisor que tenía en mi habitación, para así distraer mi mente del hecho de que estaba usando el cepillo; si no, me daban náuseas. Todos esos pequeños esfuerzos me ayudaban a limpiarme los dientes día a día. Durante mi primera visita al dentista en muchos años, me metí algodón en rama en los oídos para eliminar los sonidos del torno y otros instrumentos. Ahora puedo cepillarme los dientes dos veces al día sin problemas. Utilizó un cepillo eléctrico,

que no produce el doloroso sonido raspante del cepillado manual.

Aprender a atarme los cordones de los zapatos también representó un problema para mí. Por mucho que lo intentaba, no podía conseguir que mis manos llevasen a cabo los movimientos que mis padres me repitieron una y otra vez. Finalmente, mi madre me compró un juguete —una bota muy grande con cordones muy gordos y ásperos— para que practicase. Me pasé muchas horas haciéndolo, a menudo hasta que tenía las manos rojas y me picaban de tanto utilizar los cordones de la bota. Mientras tanto, mi padre me los ataba cada mañana antes de llevarme al colegio. Finalmente, a los ocho años, dominé la cuestión de anudarme los cordones de los zapatos.

Luego estaba el problema de distinguir la derecha de la izquierda (algo que debo recordar cuidadosamente incluso en la actualidad). Mi padre no sólo tuvo que anudarme los cordones hasta los ocho años, sino que primero también me tenía que poner los zapatos. A veces, cuando intentaba ponérmelos yo solo, me frustraba y los acababa tirando en medio de una rabieta. Mis padres tuvieron la idea de poner etiquetas —con una «I» y una «D»— en cada zapato. Funcionó y por fin fui capaz de ponerme los zapatos yo solo y orientarme mucho mejor que antes.

Cuando andaba, incluso en la calle, siempre llevaba la cabeza baja y observaba mis pies moviéndose. Solía

tropezar con cosas y detenerme súbitamente. Cuando mi madre venía conmigo solía decirme de manera continua que levantase la cabeza, pero cuando por fin lo hacía, volvía a bajarla de inmediato. Finalmente, me pidió que eligiese un punto —una valla, un árbol o un edificio— a lo lejos y que no dejase de mirarlo mientras caminaba. Esa idea tan sencilla me ayudó a tener la cabeza derecha y con los meses fue aumentando mi coordinación; dejé de tropezar con obstáculos, lo que aumentó mi confianza.

En las Navidades antes de mi noveno cumpleaños me regalaron una bicicleta, como a mi hermano Lee. Mis padres colocaron estabilizadores en ambas bicis, aunque mi hermano prescindió de ellos muy pronto. Los míos siguieron puestos durante meses, aunque Lee tenía dos años menos que yo. Yo tenía poco equilibrio y mala coordinación, y me resultaba difícil conducir y pedalear al mismo tiempo. Practiqué sentándome en una silla en la cocina, agarrando una larga cuchara de madera delante de mí mientras intentaba mover los pies en círculos contra las patas de la silla. Practicando mucho, acabé pudiendo circular por las calles cercanas a casa en compañía de mi hermano. Como él corría mucho más, yo me asustaba y acababa dando con los huesos en el suelo. Me acostumbré a caerme de la bici y también a los arañazos y moratones en las manos y las piernas.

Mi mala coordinación también convirtió el hecho de aprender a nadar en un proceso lento y frustrante. Fui el último de la clase en ser capaz de nadar incluso el ancho

de la piscina. Me asustaba el agua, la posibilidad de ser arrastrado a las profundidades y no poder regresar a la superficie. Los monitores de la piscina eran simpáticos y me proporcionaron manguitos y flotadores de espuma para ayudarme a flotar sin percances, pero mis dificultades no hicieron más que reforzar la sensación de que era diferente y estaba distanciado de mis compañeros, que aparentemente aprendieron a nadar sin esfuerzo años antes de que yo incluso pudiera dar mi primera brazada. Sólo al acercarme a la pubertad perdí el miedo a estar en el agua y descubrí que podía flotar y nadar por mí mismo, sin manguitos. La sensación de alegría fue inmensa y sentí como si hubiese dado un enorme paso adelante. Mi cuerpo finalmente empezaba a hacer las cosas que yo quería que hiciese.

En el último curso de la escuela primaria apareció un chico nuevo en clase, un iraní llamado Babak, cuyos padres habían huido del régimen de Jomeini. Babak era inteligente, hablaba inglés con fluidez y era muy bueno en matemáticas. En él encontré al fin a mi primer amigo de verdad. Fue la primera persona que intentó realmente ver más allá de lo que me hacía diferente, para concentrarse en lo que compartíamos: nuestro amor por las palabras y los números en particular. Su familia también fue muy cariñosa conmigo. Recuerdo a su madre ofreciéndome tazas de té mientras me hallaba sentado con él en su jardín jugando al Scrabble.

Babak tenía mucha confianza en sí mismo y se llevaba bien con todo el mundo en clase. Por tanto, no fue ninguna sorpresa cuando le eligieron para interpretar el papel protagonista en la ambiciosa representación de *Sweeney Todd*, una historia espantosa acerca de un barbero asesino cuyas víctimas acababan convirtiéndose en pasteles de carne. Babak tuvo que acudir a los ensayos diarios durante semanas, y me invitó a que le acompañase. Yo me sentaba en el baúl del vestuario, en un rincón, fuera de la vista, y leía los diálogos mientras los pronunciaban. Acudí a todos los ensayos con él. Entonces, el día de la representación, Babak no apareció al último ensayo; estaba enfermo y no pudo venir. Los profesores fueron presas del pánico y preguntaron si había alguien que pudiera sustituirle. Yo me di cuenta de que gracias a mi asistencia continuada a los ensayos me había aprendido de memoria todas las palabras del guión, y accedí a tomar parte, muy nervioso. Llegó la noche de la representación y recité todas las frases del personaje en correcto orden, aunque a veces no pude completar los diálogos porque me resultaba muy difícil escuchar a los demás en el escenario y no podía juzgar con facilidad qué líneas del guión estaban destinadas a la audiencia y cuáles formaban parte del diálogo entre los actores. Mis padres, en el patio de butacas, me dijeron que no demostré ninguna emoción y que no dejé de mirar al suelo, pero llegué hasta el final y eso fue todo un éxito para ellos y para mí.

6



La adolescencia

Conté los siete segundos que le llevó a mi padre tambalearse y caer en el suelo de la sala de estar, sobre su propia sombra. El sonido de su respiración mientras se hallaba tendido sobre la espalda era áspero y deprimente, y sus ojos, que miraban a los míos, aparecían redondeados, fijos e inyectados en sangre.

La enfermedad de mi padre vino presagiada a través de los cambios graduales que se operaron en su comportamiento a raíz del nacimiento de mis hermanas gemelas. Dejó de trabajar en el jardín y se negó a ver a sus viejos amigos. Oscilaba entre largos períodos de locuacidad y otros de un silencio casi completo. Físicamente, pareció envejecer diez años en el espacio de unos pocos meses. Perdió mucho peso y se quedó muy delgado, moviéndose cada vez con más lentitud e

indecisión que nunca. Las líneas y pliegues de su rostro se hicieron más profundos.

Yo tenía diez años cuando me convertí en testigo accidental del primer colapso mental de mi padre. En los meses previos, mi madre hizo todo lo que pudo para protegernos del espectáculo y de los sonidos de su errático declive. No obstante, ese día entré inadvertidamente en la sala de estar y le hallé dando traspiés por la habitación, con los ojos muy abiertos y saltones, murmurando para sí mismo algo ininteligible. Yo no hice nada excepto observarle en silencio, sin estar seguro acerca de qué sentir, pero al mismo tiempo sin querer dejarle solo. El ruido que hizo mi padre al caer hizo venir rápidamente a mi madre, que me alejó de allí con dulzura, pidiéndome que subiese a mi habitación. Me explicó que mi padre no se encontraba bien y que estaban esperando que llegase el médico. Al cabo de diez minutos se presentó una ambulancia, con las sirenas apagadas. Desde lo alto de la escalera observé cómo ponían a mi padre en una camilla, le cubrían con una manta y se lo llevaban los enfermeros.

Al día siguiente la casa estaba más tranquila y de alguna manera parecía más fría. Recuerdo que estaba sentado en mi cuarto e intentaba pensar en mis sentimientos hacia mi padre, porque era consciente de que debía de sentir algo, pero no sabía qué. Al final me di cuenta de que a la casa parecía faltarle algo sin él y que deseaba que regresase.

Nos dijeron que papá necesitaba tiempo para descansar y que se lo habían llevado a un hospital donde se pondría bien. Estuvo fuera de casa varias semanas, y en ese tiempo sus hijos no pudimos verle, aunque mi madre iba a visitarle en autobús. El hospital era una institución psiquiátrica de internamiento, pero en esa época éramos demasiado pequeños para saber lo que significaba «enfermedad mental».

Mi madre no habló de la condición de mi padre con ninguno de nosotros y lo único que nos decía era que se estaba poniendo bien y que volvería a casa pronto. Mientras tanto, con siete hijos (cinco de ellos menores de cuatro años) de los que ocuparse, mi madre dependió mucho de la ayuda de sus padres, así como de los amigos de la familia y los asistentes sociales. También se esperaba que mi hermano y yo ayudásemos todo lo posible, ordenando, secando los platos y yendo a comprar.

Cuando mi padre regresó de su hospitalización, no lo celebramos. En lugar de ello, intentamos volver a la normalidad, con mi padre tratando de hacer las tareas cotidianas —cambiar pañales y preparar la cena— que constituían el núcleo de su rutina diaria antes de la aparición de su enfermedad. Pero ya nada era igual y creo que yo ya supe entonces que nunca volvería a serlo. El hombre que antes me había protegido y cuidado con toda su fuerza y energía había desaparecido, reemplazado por otro que necesitaba protección y cuidados. Debía

medicarse regularmente y los médicos del hospital le aconsejaron descanso. Cada día, después del almuerzo, subía a su habitación y dormía varias horas. Mi madre nos pidió a los niños que jugásemos sin hacer ruido, como yo solía hacer, para no molestar el descanso de nuestro padre. Siempre que una o ambas bebés empezaban a llorar, mi madre se apresuraba a sacarlas de casa, al jardín, antes de ocuparse de ellas.

También cambió la relación entre mis padres. Mi madre, que antes dependía mucho de mi padre, tanto práctica como emocionalmente, ahora debía remodelar su vida en común y en cierto modo empezar de nuevo. Sus conversaciones eran cortas y la cooperación entre ellos, antes perfecta, parecía haberse perdido. Era como si tuvieran que reaprender a estar juntos. Mis padres discutían cada vez con mayor frecuencia; sus voces se hicieron más estridentes y oscuras, y a mí no me gustaba oírlos discutir, así que me tapaba los oídos con las manos. Tras una discusión especialmente encendida, mi madre subía y se sentaba conmigo en la quietud de mi habitación. Yo quería envolverla con aquel suave silencio, como si fuese una manta.

El estado de salud de mi padre fluctuaba según los días y las semanas. Había largos períodos en los que hablaba y se comportaba como antes, aunque de vez en cuando eran interrumpidos por súbitos lapsos de lenguaje entrecortado y repetitivo, de confusión y alejamiento de la familia. Le hospitalizaron más veces a lo largo de los

años, durante unas semanas en cada ocasión. Y un día, tan repentinamente como apareció su enfermedad, mi padre pareció recuperarse. Empezó a comer y a dormir mucho mejor, adquirió fortaleza física y emocional, y recuperó su confianza e iniciativa. La relación entre mis padres mejoró, y como resultado de ello nació un octavo hijo, mi hermana Anna-Marie, en el verano de 1990. Diecisiete meses después llegó el último hijo, Shelley, nacida cuatro días antes de mi décimo tercer cumpleaños.

La mejoría de mi padre y el aumento continuo de la familia implicó otro traslado, en 1991, a una casa de cuatro dormitorios en Marston Avenue. Se trataba de una casa adosada que tenía tiendas cerca y también un parque.

Además, contaba con un jardín trasero. Como todos los hogares anteriores, sólo tenía un cuarto de baño para toda la familia de once miembros. Las colas frente al cuarto de baño eran el pan de cada día. La sala de estar y el comedor estaban separados mediante un juego de puertas, que a menudo permanecían abiertas, por lo que las habitaciones de abajo parecían solaparse. Siempre que se me ocurría algún pensamiento o idea en la cabeza, caminaba por esas estancias, de la sala de estar al comedor, a la cocina, al pasillo y otra vez a la sala de estar, realizando un circuito completo, dando vueltas y vueltas, con la cabeza agachada y los brazos pegados a los costados, absorto en mis pensamientos y totalmente ajeno a los que estuviesen a mi alrededor.

Empecé la escuela secundaria en septiembre de 1990. Ese verano, mi madre me llevó al centro para comprarme mi primer uniforme escolar: chaqueta y pantalones negros, camisa blanca, y corbata a rayas rojas y negras. Mi padre intentó enseñarme cómo hacer el nudo de la corbata, pero tras repetidos intentos seguía sin tener idea de cómo hacerlo, por lo que sugirió que simplemente aflojase y volviese a utilizar el mismo nudo durante la semana. Me puse muy nervioso mientras me probaba el uniforme. La chaqueta era de un tejido grueso y la notaba pesada, y los nuevos zapatos de cuero negros me quedaban muy justos y me apretaban los dedos. También necesitaba una bolsa en la que llevar los libros de texto y toda una variedad de material escolar: bolígrafos, lápices, bloc de notas, sacapuntas, goma, compás, regla, transportador de ángulos y bloc de dibujo.

La escuela era Barking Abbey (cerca de la iglesia de St. Margaret, donde se casó el capitán James Cook en 1762). Mi primer día allí empezó con mi padre ayudándome a anudarme la corbata y los botones de los puños de la camisa. Fuimos en autobús hasta la puerta del colegio, donde me dijo que fuese valiente, que el primer día en un colegio nuevo siempre es un gran desafío y que debía intentar pasarlo bien. Me quedé mirándole mientras se alejaba, hasta que desapareció de mi vista. Luego, un tanto dubitativo, seguí a los demás niños, que eran conducidos hacia el gimnasio cercano, donde el director iba a dirigirse a los nuevos alumnos. La sala era lo

suficientemente grande como para acomodar a todos los niños sentados en el suelo, mientras que varios profesores permanecieron de pie apoyados en la pared. El suelo estaba sucio, y mientras me sentaba en la parte de atrás, el director —el señor Maxwell— pedía silencio y empezó a hablar. Me resultó difícil concentrarme y escuchar lo que decía, así que me puse a mirar al suelo, froté el polvo con las yemas de los dedos y esperé a que la reunión finalizase. Nos asignaron un número de clase y el nombre de nuestro tutor, y nos pidieron que nos dirigiésemos en silencio a nuestras aulas. Me emocionó descubrir que mi clase estaba junto a la biblioteca del colegio. Tras registrarnos, nos dieron el programa de las lecciones semanales. Cada materia la enseñaba un profesor diferente en clases separadas en diversas zonas de la escuela. Cambiar de una hora a otra, de asignatura en asignatura, de aula en aula y de un profesor a otro fue una de las cosas a las que más me costó adaptarme en la transición de la escuela primaria a la secundaria.

En mi clase había varios rostros familiares, de mi antiguo colegio, el Dorothy Barley. Babak, mi buen amigo, había ido a otro colegio en otra zona de la ciudad. Me sentía muy nervioso y no hablé con nadie de mi nueva clase, ni siquiera para presentarme. En lugar de ello, no dejé de mirar el reloj y de querer que las manecillas girasen con más rapidez y que se acabase la jornada. Cuando sonó ruidosamente la campanilla, los niños salieron al patio en tropel. Yo me quedé atrás,

esperando a que todos se fuesen, temeroso de que me empujasen o atropellasen mientras salían de clase. Me dirigí a la biblioteca, saqué una enciclopedia de las estanterías de referencia y me senté solo en una mesa, para leer. Controlé el tiempo con el reloj de la biblioteca que colgaba de la pared, porque no quería llegar tarde a la vuelta a clase. Pensar en la posibilidad de llegar y que todos mis compañeros estuviesen sentados y mirándome me aterraba. Cuando sonó la campana para comer, volví a dirigirme a la biblioteca, para leer en la misma mesa.

A la escuela primaria llevaba fiambreras con lo que me había preparado mi madre la noche anterior. Pero ahora mis padres querían que comiese en el colegio, pues al formar parte de una familia con bajos ingresos tenía derecho a vales de comida. Después de estar media hora leyendo me dirigí a la entrada del comedor. Las colas habían desaparecido y pude llevar una bandeja hasta el mostrador por mí mismo y seleccionar la comida que quería. Señalé los palitos de pescado, patatas fritas y judías. Tenía hambre, así que incluí en mi bandeja un donut de la sección de postres. Me dirigí a la caja y le alargué el vale a la mujer que la atendía, que presionó varias teclas. Me dijo que el vale no llegaba para el donut y que debería pagar un suplemento. No lo esperaba, me sentí enrojecer y me entró una gran ansiedad; creía que iba a romper a llorar en cualquier momento. Al darse cuenta de mi situación, la mujer me dijo que no me preocupase, ya que era mi primer día en el colegio, y que

podía quedarme con el donut. Encontré una mesa libre y me senté. El comedor estaba medio vacío pero comí todo lo deprisa que pude, antes de que pudiese llegar alguien y sentarse en la mesa conmigo. Luego me marché.

A la hora de volver a casa, esperé hasta que la marabunta de niños se hubiese diluido en la calle antes de dirigirme a la parada del autobús, que reconocí, porque era la misma en la que me había bajado por la mañana. Era la primera vez que utilizaba el transporte público solo y no me di cuenta de que para ir hacia casa debía tomar el autobús en dirección contraria al de la mañana. Cuando llegó el autobús me subí a él y dije mi destino, algo que había ensayado una y otra vez mentalmente. El conductor me indicó algo pero no le oí con claridad y automáticamente saqué el dinero para pagar el billete. El conductor volvió a repetir lo que acababa de decir, pero no pude procesar sus palabras en mi cabeza porque estaba muy concentrado para no asustarme por estar solo en un autobús. Me quedé allí hasta que finalmente el conductor dio un suspiro y tomó el dinero. Tiré del billete y me senté en el asiento vacío más cercano. Esperé a que el autobús diese la vuelta en cualquier momento para ir en dirección a casa, pero no lo hizo y cada vez me llevaba más lejos de donde yo quería ir. Empecé a angustiarme y corrí hacia la puerta, esperando impacientemente a que el vehículo se detuviese y las puertas se abriesen. Comprendiendo mi error, salté del autobús y crucé la calle para llegar a otra parada. En esta ocasión, cuando

llegó, le dije al conductor el nombre de mi destino. Este no dijo nada más que el precio del billete, que yo ya sabía, y me sentí aliviado al ver que estaba en el autobús correcto y todavía más cuando al cabo de veinte minutos avisté mi calle desde la ventanilla y supe que había regresado sano y salvo a casa.

Con tiempo y experiencia, fui capaz de ir al colegio y volver solo en autobús. Desde la casa de Marston Avenue hasta la parada había un corto paseo y como siempre recordaba el horario del autobús, nunca llegaba tarde excepto, claro está, cuando era él el que se retrasaba. Cada mañana empezaba registrándome en el curso, seguido de las lecciones de ese día en diferentes aulas y edificios del recinto escolar. Por desgracia, como carecía de cualquier sentido natural de la orientación, me perdía con facilidad, incluso en lugares en los que llevaba viviendo años, excepto en las rutas que había aprendido especialmente mediante repetición. La solución para mí era seguir a mis compañeros a cada una de las lecciones.

Las matemáticas eran, claro está, una de mis asignaturas favoritas en el colegio. El primer día del curso, cada alumno debía completar un examen de esta materia a partir del que se le clasificaba según su capacidad y se le concedía un lugar en el grupo uno (el más alto), dos, tres o cuatro. A mí me pusieron en el uno. Desde mi primera experiencia en la clase me di cuenta de que las lecciones iban mucho más rápidas que las de la escuela primaria. Todo el mundo en el aula parecía

implicado e interesado y se enseñaba un abanico muy amplio de temas, entre los que yo tenía mis favoritos: secuencias numéricas como la Fibonacci (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55...), donde cada nuevo término en la serie proviene de la suma de los dos precedentes; gestión de datos (como calcular la media y la mediana de un grupo de números), y problemas de probabilidad.

La probabilidad es algo que a mucha gente le parece poco lógica. Por ejemplo, la solución al problema: «Una mujer tiene dos hijos, uno de los cuales es una niña. ¿Cuál es la probabilidad de que el otro hijo sea también chica?». No es la mitad, sino un tercio. Y es así porque sabiendo que la mujer ya tiene una niña y por lo tanto no puede tener dos niños, las posibilidades restantes son: NC (niño y chica), CN (chica y niño) y CC (chica y chica).

El «problema de las tres tarjetas» es otro ejemplo de problema de probabilidad que produce una solución aparentemente ilógica. Imagina que tienes tres tarjetas: una es roja por ambos lados, otra es blanca por ambos lados, y la otra es roja por un lado y blanca por el otro. Una persona las coloca en una bolsa y las mezcla, antes de extraer una y ponerla boca arriba sobre la mesa. Aparece una cara roja. ¿Qué probabilidad existe de que la otra cara también sea roja? Algunas versiones de este problema señalan que como sólo hay dos tarjetas con lados rojos, una con un segundo lado rojo y la otra con una cara blanca, las posibilidades de que la tarjeta en el ejemplo fuese igualmente roja o blanca por debajo serían

de la mitad. No obstante, la probabilidad real de que la tarjeta sea roja por el otro lado es de dos tercios. Para comprenderlo, imagina que se escribe la letra «A» en una de las caras de la tarjeta con dos caras rojas, y «B» en la otra. En la tarjeta con un lado rojo y otro blanco, se escribe la letra «C» en el lado rojo. Ahora imagina la situación en la que se saca una tarjeta mostrando un lado rojo. Las posibilidades son que sea el lado rojo de A, B o C. Si es A, el otro lado es B (rojo); si es B, el otro lado es A (rojo), y si es C, el otro lado es blanco. Por lo tanto, las probabilidades de que bajo la tarjeta a la vista esté un lado rojo son de dos tercios.

Otra de mis asignaturas favoritas en la escuela secundaria era historia. Desde muy pequeño me había encantado aprenderme listas de información y mi clase de historia estaba llena de ellas: las listas de nombres y fechas de monarcas, presidentes y primeros ministros tenían mucho interés para mí. Prefiero la no ficción a la ficción; por lo tanto, leer acerca de hechos y de las diferentes figuras que participaron en acontecimientos clave de la historia y estudiarlos era algo con lo que disfrutaba enormemente. También debía hacer análisis de textos e intentar comprender las relaciones entre diferentes ideas y situaciones históricas. Me apasionaba la noción de que un único y aparentemente solitario suceso podía provocar una secuencia de otros muchos, como una cadena de dominó. La complejidad de la historia me fascinaba.

Desde los once años de edad empecé a crear mi propio universo de figuras históricas, como presidentes y primeros ministros, e imaginé unas biografías completas e intrincadas para cada uno de ellos. Los diversos nombres, fechas y sucesos solían ocurrírseme por casualidad, y me pasaba mucho tiempo pensando en los hechos inventados y en las estadísticas de cada uno. Algunos están influidos por mi conocimiento de personajes y acontecimientos históricos reales, mientras que otros son muy distintos. En la actualidad continúo reflexionando acerca de mis propias cronologías históricas, y añadiendo nuevos individuos y sucesos. A continuación aparece un ejemplo de una de mis figuras históricas inventadas:

Howard Sandum (1888 - 1967), 32.º presidente de Estados Unidos de América.

Sandum nació en el seno de una familia muy pobre del Medio Oeste y luchó en la primera guerra mundial, antes de ser elegido para la Cámara de Representantes (como republicano) en 1921 y para el Senado tres años más tarde, con tan sólo treinta y seis años. Pasó a ser gobernador estatal en 1930 y fue elegido presidente de Estados Unidos en noviembre de 1938, derrotando al demócrata en ejercicio, Evan Kramer, de sesenta y cuatro años. Sandum fue

presidente en tiempo de conflictos bélicos; declaró la guerra a la Alemania nazi y a Japón en diciembre de 1941. Fue derrotado por el demócrata William Griffin (nacido en 1890) en noviembre de 1944 (las elecciones presidenciales se celebran cada seis años), y posteriormente abandonó la política. Sandum, una vez retirado, escribió sus memorias, que se publicarían en 1963. Su único hijo, Charles (1920-2000), siguió como su padre el camino de la política y fue congresista entre 1966 y 1986.

Había asignaturas en el colegio que odiaba y que me costaban mucho. Carpintería, por ejemplo, era la que me parecía más aburrida y la que más me costaba. Mis compañeros se sentían felices cortando, lijando y haciendo algo con pedazos de madera, pero a mí me resultaba difícil seguir las instrucciones del profesor y a menudo me quedaba rezagado cuando todos habían acabado. A veces el profesor se impacientaba conmigo, se acercaba y me ayudaba. Creía que era un vago, pero la verdad es que me sentía en un entorno totalmente extraño y que no quería estar allí.

Lo mismo sucedía con educación física. Me gustaban los ejercicios que no implicasen interactuar con los demás. La cama elástica y el salto de altura eran actividades que me gustaban mucho y que deseaba practicar. Por desgracia, la mayor parte de las clases las

pasábamos en el campo de juegos, practicando rugby y fútbol, que requieren mucha labor de equipo. Yo siempre temía el momento en que se seleccionaba a los capitanes, que a continuación elegían a sus compañeros de equipo uno a uno hasta que sólo quedaba una persona. Esa persona solía ser casi siempre yo. No es que no pudiera correr deprisa o chutar una pelota en línea recta. Lo que ocurría era que no podía interactuar con el resto de los jugadores del equipo, saber cuándo moverme, cuándo pasar la pelota y cuándo permitir que alguien más se hiciese cargo de ella. Durante un partido había tanto jaleo a mi alrededor que solía desconectar sin darme cuenta, y no sabía lo que sucedía hasta que uno de los jugadores o el capitán venía y se plantaba delante de mí, diciéndome: «Pon atención», o: «Participa».

Al hacerme mayor me siguió pareciendo muy difícil socializar con mis compañeros de clase y hacer amigos. En los primeros meses tras el principio de la escuela secundaria tuve mucha suerte de conocer a Rehan, un británico de origen asiático cuya familia se había trasladado a Gran Bretaña desde la India hacía cincuenta años. Rehan era alto y delgado, con una mata muy espesa de cabello negro que se peinaba frecuentemente con un cepillo que guardaba en su cartera del colegio. Los otros alumnos de la escuela se burlaban de su apariencia poco usual: le faltaban los dos dientes delanteros y su labio superior mostraba las cicatrices de un accidente de la infancia. Tal vez nos hicimos amigos y pasamos mucho

tiempo juntos porque él también era tímido y nervioso, y —como Babak— una especie de extraño. Rehan era la persona junto a la que siempre me senté en clase y con quien recorría los pasillos de la escuela, hablando de cosas que me interesaban, mientras los otros niños jugaban en el campo y en el patio durante el descanso. A veces me recitaba poesía; leía mucha poesía, escribía sus propios poemas, y estaba muy interesado en las palabras y el lenguaje. Era algo más que teníamos en común.

A Rehan le encantaba Londres y se desplazaba regularmente por la ciudad en el metro, visitando zonas históricas donde vivieron y trabajaron poetas famosos, y su mezquita de Wimbledon para las oraciones del viernes. Le sorprendió descubrir que aunque yo llevaba viviendo en Londres toda la vida, no conocía casi nada de la ciudad, aparte de las calles de alrededor de la casa familiar. Por tanto, los fines de semana me llevaba de vez en cuando con él en uno de sus viajes en metro para ver lugares como la Torre de Londres, el Big Ben y el Palacio de Buckingham. Me compraba el billete y me llevaba hasta el andén, donde esperábamos el tren. Las estaciones eran lóbregas y húmedas, y recuerdo que me miraba los pies y haberme fijado en una cerilla retorcida y un paquete de cigarrillos estrujado donde se leía: «Cuidado: fumar puede ser muy perjudicial para su salud».

Al sentarnos juntos en el vagón, Rehan me enseñaba el mapa de las distintas líneas y estaciones del metro: amarillo para la línea Circular, azul para la línea Victoria,

verde para la Distrito. El tren se movía un montón, sacudiéndose, como si estornudase. El centro de Londres no me gustó —estaba lleno de gente y ruido, de olores, visiones y sonidos muy diferentes— y había demasiada información para que pudiese organizarla mentalmente, lo que hacía que me doliese la cabeza. Me ayudaba que Rehan me llevase a sitios tranquilos, alejados de las multitudes de turistas y visitantes: museos, bibliotecas y galerías. Rehan me gustaba mucho y cuando estaba con él me sentía seguro.

Durante la secundaria, mi amigo tuvo muchas enfermedades y cada vez faltaba más a clase. Poco a poco tuve que vérmelas sin su compañía en el colegio, lo cual no resultaba fácil, y me torné vulnerable ante los compañeros de clase que se burlaban de mí por no tener amigos. Cuando cerraban la biblioteca del colegio, me pasaba los descansos caminando por los pasillos a solas hasta que sonaba la campana anunciando la clase siguiente. Me horrorizaban las actividades de grupo en el aula, cuando antes había trabajado encantado con Rehan. En lugar de ello, el profesor debía preguntar en voz alta: «¿Alguien me puede hacer un favor y formar equipo con Daniel?». Pero nadie quería y a menudo tuve que trabajar solo, lo cual me parecía estúpido.

Cuando tuve trece años, mi padre me enseñó a jugar al ajedrez. Un día me mostró el tablero y las piezas que él usaba para jugar con los amigos y me preguntó si me gustaría aprender. Asentí y él me señaló cómo se movían

las piezas sobre el tablero, explicándome las reglas básicas del juego. Mi padre era autodidacta y sólo jugaba de vez en cuando para pasar el rato. No obstante, se llevó una sorpresa cuando le gané la primera partida que jugamos. «La suerte del principiante», dijo; volvió a colocar las piezas en sus posiciones iniciales y jugamos otra partida. Volví a ganar. En ese momento mi padre tuvo la idea de que quizás me beneficiase socialmente jugar en un club de ajedrez. Él sabía de uno cerca y me dijo que me llevaría allí para que jugase la semana próxima.

Existen muchos problemas matemáticos relacionados con el ajedrez; el más famoso y mi favorito se conoce como «problema del caballo», una secuencia de movimientos que lleva a cabo la pieza del caballo (que se mueve en forma de «L»: dos casillas verticalmente y una horizontal, o una casilla verticalmente y dos horizontalmente), de manera que visita cada casilla del tablero en una ocasión. A lo largo de los siglos, muchos famosos matemáticos han estudiado este problema. Una solución sencilla utiliza la «regla de Warnsdorff», según la cual en cada paso el caballo debe pasar a la casilla que tiene el «grado» inferior (el grado de una casilla es el número de casillas a las que el caballo puede trasladarse desde ella). A continuación aparece un ejemplo del «problema del caballo» solucionado con éxito:

63	23	15	40	1	42	59	18
14	39	64	21	60	17	2	43
37	62	23	16	41	4	19	38
24	13	38	61	20	52	44	3
11	36	25	52	29	46	5	56
26	51	12	33	8	55	30	45
35	10	49	28	33	32	47	6
50	27	34	9	48	7	34	31

El club en el que jugaba estaba a veinte minutos andando desde mi casa. Mi padre me llevaba todas las semanas y me iba a recoger al final de la tarde. El club contaba con una pequeña sala junto a una biblioteca y estaba dirigido por un hombre bajo con una cara tan arrugada como una ciruela seca, que se llamaba Brian. En la sala había varias mesas y sillas en las que se sentaban los ancianos, que se encorvaban sobre los tableros de ajedrez. Era un lugar muy tranquilo mientras se jugaban las partidas, excepto por el sonido de las piezas moviéndose, los relojes haciendo tictac, los zapatos dando golpecitos en el suelo y el zumbido de los fluorescentes de la sala. Mi padre me presentó a Brian y le dijo que era un principiante, que era muy tímido pero que estaba deseoso de aprender y disfrutar jugando. Se me preguntó si sabía cómo ordenar el tablero al inicio del juego. Asentí y se me pidió que me sentase a una mesa vacía con un tablero y un cajetín de piezas y que colocase cada una de ellas en la posición inicial correcta sobre el

tablero. Una vez hube acabado, Brian llamó a un anciano con lentes muy gruesos para que se sentase enfrente de mí y jugase una partida conmigo. Brian y mi padre permanecieron retirados observando mientras yo movía nervioso cada pieza hasta que al cabo de media hora mi oponente volcó su rey y se puso en pie. Yo no sabía qué significaba todo eso hasta que llegó Brian y simplemente me dijo: «Muy bien. Has ganado».

Me gustaba ir a jugar al club cada semana. No era ruidoso y yo no tenía que hablar ni interactuar mucho con los demás jugadores. Cuando no jugaba al ajedrez en el club, leía en casa libros sobre el tema que había tomado prestados de la biblioteca local. Al cabo de poco tiempo sólo hablaba de ajedrez. Incluso le dije a la gente que de mayor quería ser jugador profesional. Cuando Brian me preguntó si quería jugar en competiciones representando al club contra jugadores de otros centros de la zona, me emocioné mucho, porque quería decir que podría jugar más, y di mi consentimiento de inmediato. Las partidas tenían lugar en diferentes días de la semana, pero a cada jugador del equipo se le preguntaba por adelantado si podría jugar. Brian me recogía en su coche y me llevaba, a veces con otro miembro del equipo, al lugar del encuentro. Esas partidas se jugaban de manera más formal que las del club, y cada jugador debía escribir los movimientos de la partida según se iban realizando en una hoja de papel que te proporcionaban antes del inicio.

Gané la mayoría de mis partidas y no tardé en convertirme en un miembro habitual del equipo del club.

Después de cada partida, me llevaba la hoja de papel a casa y repetía los movimientos en mi propio tablero sentado en el suelo de mi dormitorio, analizando las posiciones para intentar descubrir maneras de mejorarlas. Era un consejo que había leído en uno de mis libros de ajedrez, y me ayudó a evitar repetir errores y a familiarizarme con diversas posiciones comunes durante un juego.

Lo que me resultaba más difícil de jugar al ajedrez era tratar de mantener un profundo nivel de concentración a lo largo de una partida larga, que a menudo podía durar de dos a tres horas. Tiendo a pensar profundamente en ráfagas cortas e intensas, seguidas de períodos más largos en los que mi capacidad para concentrarme en algo es mucho más reducida y menos consistente. También me resulta difícil «desconectarme» de las pequeñas cosas sin importancia que suceden a mi alrededor y que afectan a mi concentración: alguien suspirando enfrente, por ejemplo. Había partidas en las que conseguía alcanzar una posición ventajosa para luego perder la concentración, mover mal y acabar perdiendo. Eso era muy frustrante.

Cada mes leía el último número de la revista de ajedrez en mi biblioteca local. En una de las entregas leí un anuncio acerca de un torneo que se iba a celebrar no lejos de mi casa. Lo leí en parte: «Cuota de admisión: con

antelación, 5 libras menos (*off*). El mismo día: 20 libras». Acostumbro a leer las cosas de manera muy literal, y no estaba del todo seguro de qué significaba la palabra «menos» en este caso, y me imaginé que era la abreviatura de *off* (oferta). Les pregunté a mis padres si podría participar; estuvieron de acuerdo, y me dieron un giro postal por la cantidad que creí que tenía que enviar: 5 libras. Dos semanas más tarde llegué a la sala donde se celebraba la competición y di mi nombre. El de la entrada repasó sus notas, y dijo que tenía que haber habido un malentendido porque todavía debía pagar otras 15 libras (como pagaba el mismo día, correspondía la tarifa completa). Por fortuna, llevaba algo de dinero encima y pagué, sintiéndome muy confundido por la situación.

Las partidas eran cronometradas; yo empecé mi primer encuentro confiadamente y jugué con rapidez. No tardé en lograr una posición de fuerza en el tablero y una buena ventaja respecto a mi oponente. Entonces, de repente, mi oponente movió, apretó el botón del reloj y se puso en pie rápidamente. Le observé caminando arriba y abajo del pasillo mientras esperaba que yo respondiese. Yo no me esperaba algo así y me di cuenta de que no podía concentrarme bien mientras él iba arriba y abajo, con sus zapatos crujiendo sobre el duro y brillante suelo. Totalmente distraído, realicé algunos movimientos muy malos y perdí la partida. Me sentí muy decepcionado, y también incapaz de jugar las otras partidas porque no

pude volver a concentrarme. Salí de la sala y me fui a casa, teniendo claro que los torneos no eran para mí.

Continué jugando regularmente conmigo mismo con un tablero en el suelo de mi cuarto. Mi familia sabía que no debía interrumpirme cuando estaba en medio de una partida. Cuando jugaba conmigo mismo, el ajedrez era sosegador, con sus reglas fijas y coherentes, así como sus pautas repetidas de fichas y posiciones. A los dieciséis años creé una partida de 18 movimientos y la envié a la revista de ajedrez que leía ávidamente durante mis visitas a la biblioteca. Para mi sorpresa, la publicaron algunos meses después como el tema principal de las páginas de cartas al director. Mis padres se sintieron tan orgullosos que hicieron enmarcar esa página y la colgaron de la pared de mi dormitorio.

Al principio de ese mismo año —1985—, realicé mis exámenes de ESO, sacando las mejores notas posibles —A*— en historia, A en lengua inglesa y en literatura inglesa, en francés y alemán, dos B en ciencias y una C en carpintería. En el examen preliminar de matemáticas saqué una A, pero en los finales me dieron una B porque mi álgebra no era del todo buena. Me resultaba difícil utilizar ecuaciones que sustituían números —para los que tenía una respuesta sinestésica y emocional— por letras, para las que carecía de respuesta. Esa fue la razón por la que decidí no elegir matemáticas como optativa en COU, sino estudiar historia, francés y alemán.

Una de mis profesoras de francés en COU, la señorita Cooper, me ayudó a organizar mi primer viaje al extranjero, a Nantes, una ciudad costera a orillas del río Loira, al noroeste de Francia. Tenía diecisiete años. La profesora conocía a una familia allí a la que le encantaría alojarme y ocuparse de mí durante mi estancia. Nunca hasta entonces había necesitado un pasaporte, y tuve que solicitar uno con urgencia, antes de tomar el vuelo a mitad del verano. Recuerdo haberme sentido muy inquieto al tener que dejar a mi familia, volar en un avión e ir a otro país. Pero también estaba muy emocionado ante la oportunidad de poder utilizar mi francés y pude hacer frente a todo ello. Durante los diez días de vacaciones, la familia de acogida me trató extremadamente bien, ofreciéndome un espacio propio cuando lo necesité y animándome continuamente a utilizar y practicar mi francés. Toda conversación era *en français*, mientras jugábamos al ping pong, íbamos a la playa y durante las ociosas comidas a base de marisco. Regresé a casa sano y salvo, a excepción de mi piel algo quemada por el sol.

Ese mismo año llegó a nuestra escuela un chico alemán llamado Jens para estudiar durante el verano a fin de mejorar su inglés. Como yo era el único estudiante de mi clase que podía hablar su idioma, se sentaba conmigo durante las clases y me acompañaba allí donde yo fuera. Me gustaba tener a alguien con quien hablar y pasar el tiempo durante los descansos, hablando en una mezcla de

alemán e inglés. Jens me enseñó muchas palabras de alemán moderno, como *handy* para teléfono móvil y *glotze* para televisor, que desconocía hasta entonces. Mantuvimos el contacto mediante correo electrónico cuando regresó a Alemania. Él me escribe en inglés y yo le contesto en alemán.

La adolescencia me iba cambiando. Era más alto y mi voz más profunda. Mis padres me enseñaron a utilizar desodorante y a afeitarme, aunque esto último me era muy difícil, me resultaba incómodo y acababa dejando crecer mi incipiente barba durante gran parte del tiempo. El raudal de hormonas también afectaba a la manera en que veía y sentía a las personas que me rodeaban. No comprendía las emociones. Eran algo que me sucedía sin más, y a menudo parecían caídas del cielo. Todo lo que yo sabía era que quería estar cerca de alguien, y como no entendía la cercanía como algo que es ante todo emocional, me acercaba a algunos estudiantes en el patio y me quedaba muy cerca de ellos hasta que podía sentir el calor de sus cuerpos en mi piel. Aún no comprendía el concepto del espacio vital, y que mi comportamiento hacía que otras personas se sintiesen incómodas a mi lado.

A partir de los once años supe que me atraían otros chicos, aunque pasaron varios años antes de que me considerase *gay*. A los demás chicos de mi clase les interesaban las chicas y hablaban mucho de ellas, pero eso ya no me hacía sentir como un extraño. Por entonces

era muy consciente de que mi mundo era muy distinto al suyo. Nunca me sentí avergonzado acerca de mis sentimientos, porque no los había elegido conscientemente; eran tan espontáneos y reales como los demás cambios fisiológicos de la pubertad. A lo largo de mi adolescencia siempre fui muy inseguro debido a las burlas de que fui objeto y a mi incapacidad para hablar e interactuar cómodamente con mis semejantes, y por eso ligar nunca fue una opción para mí. Aunque en el colegio teníamos clases de educación sexual, nunca me interesaron y tampoco trataban de las sensaciones que yo experimentaba.

A los dieciséis años me enamoré de alguien, tras empezar sexto curso. Mi clase era mucho más pequeña que antes, con tan sólo doce estudiantes, y entre los nuevos había un chico que se había mudado hacía poco a la zona y que había escogido historia como optativa, igual que yo. Era alto, seguro de sí mismo y sociable, a pesar de ser nuevo en el colegio. En muchos sentidos era justo lo contrario que yo. Me sentía raro con sólo mirarle. Se me secaba la boca, me daba vueltas el estómago y el corazón me latía muy deprisa. Al principio tenía suficiente con verle a diario en el colegio, aunque si él llegaba tarde a clase me sentía incapaz de concentrarme, esperando que entrase por la puerta.

Un día le vi leyendo en la biblioteca escolar y me senté en la mesa de al lado. Estaba tan nervioso que me olvidé de presentarme. Por fortuna, él me reconoció y

siguió leyendo. Permanecí allí sentado, incapaz de decir nada, durante quince minutos, hasta que sonó la campana que indicaba el final del recreo. Me levanté y me fui. Luego se me ocurrió la idea de que si le ayudaba con los deberes de historia, me sería más fácil interactuar con él. Escribí páginas y páginas de apuntes sobre las lecciones de historia del mes anterior y se las pasé la siguiente vez que le vi en la biblioteca. Pareció sorprenderse y me preguntó por qué lo hacía. Le respondí que quería ayudarle porque era nuevo. Tomó los apuntes y me dio las gracias. Escribí más apuntes para él, que aceptó sólo después de que le asegurase que no me causaba problemas. No obstante, nunca hubo un momento en el que se dirigiese a mí como a un amigo o hiciese el mínimo esfuerzo por pasar un rato conmigo. No tardé en impacientarme y escribí una nota acerca de cómo me sentía, que le di en la biblioteca durante un descanso. Salí del lugar en cuanto le di mi mensaje, incapaz de permanecer allí mientras él leía mis pensamientos más íntimos. Más tarde, al final de la jornada escolar, le vi mientras me dirigía hacia la puerta del colegio. Estaba en medio del camino, observando y esperando. Tuve la sensación de querer dar la vuelta y echar a correr, incapaz todavía de mirarle a la cara, pero era demasiado tarde; ya me había visto. Permanecimos juntos en el camino, sin decir nada, y durante un breve y feliz momento pareció como si él hubiese entrado en mi mundo. Me devolvió la nota, y dijo simple y amablemente que él no era el tipo de

persona que yo quería que fuese. No estaba enfadado ni rabioso y no echó a correr, sino que permaneció pacientemente allí, mirándome hasta que bajé la cabeza y me alejé.

De vuelta a casa, hice lo que solía hacer en momentos de tristeza e incertidumbre: escuché mi música favorita, que siempre parecía tranquilizarme. Mi banda preferida eran los Carpenters, pero también me gustaban otros músicos, como Alison Moyet y los Beach Boys. Yo tenía un umbral de tolerancia muy alto para las repeticiones y a veces escuchaba la misma canción cien veces, una y otra vez, en mi *walkman* personal, escuchándola en una secuencia ininterrumpida durante horas.

Mis dos años en sexto fueron difíciles también a causa de otras cuestiones. El cambio en la estructuración de las lecciones y las materias me tomó por sorpresa y me adapté con dificultad. En mi clase de historia, los temas que estudié durante los dos años anteriores cambiaron por completo, dando paso a otros sin ninguna relación y que no me interesaban lo más mínimo. La cantidad de trabajo escrito requerido también aumentó de manera considerable y tuve que esforzarme bastante para poder escribir más sobre sucesos e ideas de las que apenas sabía nada y que no me interesaban. Sin embargo, en esa época, la relación que tenía con mi profesor de historia —el señor Sexton— era muy buena, mucho mejor que con cualquiera de mis compañeros. Él respetaba el interés que sentía por la asignatura y le gustaba hablar conmigo

después de clase sobre los temas que más me interesaban. La flexibilidad del nivel de COU también implicaba que podía estudiar a mi propio ritmo, y que las clases eran más pequeñas y mejor enfocadas. Al final del último trimestre me sentía agotado y triste. Aunque saqué buenas notas en los exámenes finales, eso no me ayudó a hallar una respuesta a la pregunta que por entonces me hacía una y otra vez: «¿Y ahora qué?».



Un billete para Kaunas

Mis padres siempre habían esperado que yo fuese a la universidad. Me apoyaron incondicionalmente a lo largo de mis estudios y se sintieron orgullosos de mis éxitos académicos. Tanto mi padre como mi madre dejaron el colegio sin ningún título y nadie en la familia había optado antes por la educación superior. Pero yo nunca me sentí cómodo con la idea de tener que ir a la universidad. Aunque me había esforzado mucho para mejorar mis capacidades sociales, seguía sintiéndome extraño e incómodo con la gente. También quería dejar las aulas, y

hacer algo nuevo y distinto. A pesar de todo, como muchos chicos a los dieciocho años, todavía no tenía muy claro qué podría ser eso. Cuando le dije a mi madre que había decidido no ir a la universidad, me contestó que estaba decepcionada. En esa época mis padres no estaban seguros de que yo pudiera adaptarme totalmente a las demandas del mundo exterior. Después de todo, aún ahora, las actividades más nimias —como cepillarme los dientes y afeitarme— me cuestan mucho tiempo y esfuerzo.

Cada día leía las últimas páginas del periódico, en busca de ofertas de empleo. En el colegio le dije al consejero de orientación profesional que algún día me gustaría clasificar cartas en correos o ser bibliotecario. La idea de trabajar en una oficina de clasificación, colocando cada carta en la casilla adecuada, o en una biblioteca, rodeado de palabras y números, en entornos estructurados, lógicos y tranquilos, siempre me pareció ideal. Pero las bibliotecas de mi zona no necesitaban más personal y algunas requerían unas aptitudes concretas de las que yo carecía. Entonces encontré un anuncio muy pequeño en el periódico en el que buscaban gente interesada en voluntariado en el extranjero. Había leído tanto acerca de los diferentes países del mundo —me sabía los nombres de todas las capitales de Europa— que la idea de vivir y trabajar en un país diferente me pareció aterradora y muy excitante a la vez.

Incluso pensar en la posibilidad representaba un gran salto adelante, pero también sabía que no quería vivir con mis padres para siempre.

Lo hablé con la familia. No estaban muy convencidos pero dije que al menos iba a llamar al número del anuncio para requerir más información. Pocos días después metieron algunos folletos por debajo de la puerta. Quienes habían puesto el anuncio representaban a una rama juvenil de VSO —Voluntary Services Overseas (Servicios de Voluntariado Extranjero)—, una institución benéfica internacional y la organización de reclutamiento de voluntariado más grande del mundo. Buscaban sobre todo gente joven de zonas pobres de Gran Bretaña para proporcionarles una oportunidad —realizar tareas de voluntariado en el extranjero— que de otro modo les estaría vedada. A los solicitantes elegidos se los enviaría a ocupar puestos en Europa del Este, y recibirían formación continuada y apoyo en su destino. Tras más consultas con la familia acabé rellenando una de las solicitudes y esperé las noticias de los organizadores.

Me preocupaba la posibilidad de tener que dejar a mi familia y viajar cientos de kilómetros para emprender una nueva vida en un país diferente. Pero ahora era un adulto y sabía que tenía que hacer algo si quería abrirme camino en el mundo que había fuera de mi habitación. Jens, mi amigo alemán, me animó a viajar igual que él había hecho yendo a Inglaterra, y creía que la experiencia me daría confianza y me abriría a otras personas. Yo esperaba

que al viajar al extranjero podría descubrir muchas cosas sobre mí mismo, acerca del tipo de persona que era.

Llegó una carta que me comunicaba que habían aceptado mi solicitud y que debía acudir a una entrevista en el centro de Londres. El día señalado mis padres me dieron dinero para un taxi, para no llegar tarde. Mi padre me ayudó con el nudo de la corbata, y me puse una camisa y pantalones recién comprados. Las etiquetas de la camisa me rozaban la espalda y me rasqué tanto que al final sentí la piel enrojecida y dolorida. Cuando llegué al edificio subí en el ascensor —observando los números que se iluminaban en la pantalla interior— y luego llegué a la recepción y di mi nombre. La mujer hojeó algunas páginas y luego hizo una marca con tinta morada, para a continuación pedirme que tomase un asiento. Supe que lo que quería decir era «síntese, por favor» y no que me llevase una de las sillas de la sala de espera; por tanto fui, me senté y esperé.

La sala de espera era pequeña y oscura, porque las únicas ventanas existentes eran demasiado estrechas y estaban demasiado altas para dejar entrar luz o aire. La moqueta estaba descolorida y cerca de mi silla había algunas migas aquí y allá, señal de que alguien había comido una galleta mientras esperaba a que le llamasen. Había algunas revistas muy dobladas formando un pequeño montón sobre una mesa en el centro de la habitación, pero no tenía ganas de leer y me quedé mirando el suelo y contando las migas. De repente se

abrió una puerta y oí una voz que pronunciaba mi nombre. Me levanté y me dirigí hacia la oficina, teniendo cuidado de no tirar las revistas al pasar junto a la mesita. La oficina tenía una ventana grande y era mucho más luminosa. La mujer que estaba tras el escritorio me dio la mano y me pidió que me sentase.

Ella también tenía muchos papeles sobre la mesa. Luego me hizo la pregunta que yo más había esperado: ¿por qué creía que iba a ser un buen voluntario? Miré el suelo y respiré hondo, recordando lo que mi madre me había dicho acerca de poner énfasis en lo positivo. «Puedo pensar detenidamente una situación. Puedo entender y respetar las diferencias en los demás y aprendo deprisa».

Siguieron más preguntas, como si tenía un compañero o compañera a quien echaría de menos si me enviaban al extranjero (que no tenía) y si me consideraba una persona tolerante respecto a otros países y culturas (que sí era). La entrevistadora me preguntó qué tipo de trabajo voluntario me gustaría hacer, qué era lo que mejor se me daba. Le respondí que en el colegio a veces había ayudado a estudiantes más jóvenes con sus deberes de idiomas extranjeros, y que me gustaría enseñar inglés. La mujer sonrió y anotó algo. Luego me preguntó si sabía algo sobre Europa del Este; asentí y dije que había estudiado la historia de la Unión Soviética en el colegio, y me sabía los nombres y las capitales de todos los países. Me interrumpió y me preguntó si no me importaría vivir en

un país mucho más pobre. Guardé silencio durante unos instantes, porque no me gustaba que me interrumpiesen, pero luego levanté la mirada y dije que no me importaba y que podría llevarme lo que iba a necesitar, como libros, ropa y cintas de música.

Al final de la entrevista la mujer se levantó de la silla y me estrechó la mano, diciéndome que no tardarían en comunicarme su decisión. Cuando llegué a casa mi madre me preguntó cómo había ido la entrevista, pero no supe qué decir porque no tenía ni idea. Al cabo de varias semanas recibí una carta en la que me decían que había superado la prueba de la entrevista y que debía asistir a una semana de formación el mes siguiente en un centro de retiros de las Midlands. Estaba entusiasmado por haber superado la entrevista, pero también muy preocupado porque nunca había viajado en un tren solo. En el interior de la carta había una hoja de papel con las señas e indicaciones para llegar al centro para quienes llegaban por tren y las memoricé para asegurarme. Cuando llegó la primera mañana de la semana, mis padres me ayudaron a acabar de hacer la maleta y mi padre me acompañó hasta la estación e hizo conmigo la cola para comprar el billete. Se aseguró de que me dirigía al andén correcto y me despidió con la mano cuando subí al tren.

Era un caluroso día de verano y en el interior del tren me sentí falto de aire e incómodo. Fui rápidamente a sentarme en un sitio junto a la ventana donde no había

nadie alrededor y dejé la bolsa en el suelo, apretándola con fuerza entre las piernas. El asiento era como esponjoso y por mucho que me moví y traté de ajustar, no hubo manera de sentarme cómodamente. No me gustaba ir en tren. Estaba sucio, lleno de envoltorios de plástico en el suelo y un periódico arrugado en el asiento vacío que había frente a mí. Cuando se movía hacía mucho ruido, lo que me impedía concentrarme en otras cosas, como contar los rayones en el cristal de la ventana que se hallaba junto a mí. Poco a poco el tren se fue llenando de gente al pasar por las estaciones y yo me fui angustiendo cada vez más, ya que el flujo de viajeros suburbanos sentados y de pie no hacía más que aumentar. La cacofonía de diferentes ruidos —páginas de periódico que se hojeaban, *walkmans* reproduciendo música sorda a gran volumen y gente tosiendo, estornudando y hablando ruidosamente— me hicieron sentir mal y apreté las manos contra los oídos cuando sentí que tenía la cabeza a punto de estallar en mil pedazos.

Ya no podía más cuando finalmente el tren alcanzó mi destino y tuve una sensación de alivio bien palpable. Pero a causa de mi escaso sentido de la orientación me preocupé ante la posibilidad de acabar perdido. Por fortuna, vi un taxi esperando; me subí y le di la dirección al chófer. Una corta carrera me condujo hasta un gran edificio rojo y blanco, salpicado de ventanas y rodeado de árboles, con un cartel en el que se leía «Harborne Hall. Centro de conferencias y formación». En el interior, un

folleto informaba a los visitantes que el edificio databa del siglo XVIII y que había sido un antiguo convento. La recepción era oscura, con pilares de madera marrón que llegaban hasta el techo, sillas de cuero marrón oscuro y una escalera con barandilla de madera enfrente de la recepción. Me dieron una chapa con mi nombre para que la llevase todo el tiempo que estuviese en el centro, así como una llave con el número de habitación y un programa con los horarios del curso.

Como estaba arriba, mi habitación tenía más luz y me sentí mucho mejor. En un rincón había un lavabo, pero los aseos y las duchas estaban al final del pasillo. Tener que utilizar instalaciones compartidas para lavarme y limpiarme (en casa me duchaba todos los días) me resultaba desagradable, y cada mañana de esa semana me desperté muy temprano para poder entrar y salir de las duchas antes de que nadie se levantase.

El primer día en el centro se me dijo que me había correspondido un destino enseñando inglés en Lituania. Antes sólo había oído el nombre y el de su capital — Vilna—, pero me proporcionaron libros y folletos para estudiar y enterarme de más cosas sobre el país y sus gentes. A continuación tuvo lugar una presentación del grupo, con una docena de jóvenes destinados a diversos lugares de Europa del Este. Estábamos sentados en círculo y cada uno de nosotros contaba con un minuto para presentarse a los demás. Yo estaba muy nervioso e intenté no olvidarme de mantener contacto ocular con

miembros del grupo mientras decía mi nombre y el del país al que iba a ir. Entre los otros voluntarios que conocí, uno era un irlandés de cabello largo y rizado destinado a Rusia. Otra era una chica que iba a trabajar con niños en Hungría.

Había largos períodos de tiempo libre que los demás voluntarios pasaban relacionándose en las salas de juegos, charlando y jugando al billar. Yo prefería permanecer en mi habitación y leer o bien visitar la sala de información del edificio, repleta de libros y mapas, y estudiar en silencio. Durante los descansos de las comidas, me apresuraba a bajar, servirme el almuerzo y comérmelo lo más deprisa posible para así evitar la presencia de más gente a mi alrededor. Al final de la jornada, me sentaba a solas sobre la hierba de los aislados prados del exterior del recinto y me quedaba mirando las copas de los árboles, enmarcadas en los colores cambiantes del anochecer, absorto en mis pensamientos y sensaciones. Me sentía ansioso, claro está, acerca del viaje y de si podría cumplir mi misión con éxito. Pero también había algo más, una emoción causada por el hecho de que finalmente me hacía cargo de mi vida y mi destino. Ese pensamiento me dejó sin aliento.

La formación constaba de tres partes. La primera estaba destinada a alentar el trabajo en equipo, la participación y cooperación. Se dividía a los voluntarios en grupos y se les pedía que ingeniasen un sistema para ir quitando pelotas de plástico de colores —de una caja que

se le proporcionaba a cada equipo— en secuencias específicas. Cuando mis compañeros de equipo me dieron instrucciones sencillas y claras acerca de cómo hacerlo, lo hice bien y me sentí contento al desempeñar mi papel en aquel ejercicio. Ese tipo de actividades a veces podían durar varias horas, por lo que el mayor desafío para mí radicaba en permanecer centrado y mantener mis niveles de concentración.

También había un debate de grupo acerca de valores y prácticas culturales, que tenía por objeto estimular la capacidad de argumentar entre los voluntarios, poner en entredicho las ideas preconcebidas y fomentar la tolerancia. En un momento dado, tras presenciar juntos un vídeo acerca de los exóticos tipos de comida de diferentes partes del mundo, el líder del debate preguntó al grupo cómo debíamos sentirnos en un país donde mucha gente consume sus alimentos embadurnados de grasa animal. Muchos de los voluntarios presentes arrugaron el ceño y dijeron que les parecía muy desagradable. Al comprender que probablemente se estaba refiriendo a la mantequilla (como así era), yo contesté que no me importaba nada que la gente los comiese.

Hacia el final de la semana hubo una conferencia acerca de los países de la Europa del Este, de su geografía y situación social y política. Duró una hora y se esperaba que los asistentes tomaran notas. Yo me senté y escuché pero no escribí nada. En un momento dado el

conferenciante me preguntó por qué no tomaba notas y yo respondí que podía recordar todo lo que había dicho y que estaba tomando notas mentales, en mi cabeza. Siempre había tomado notas de ese modo; me ayudó mucho en los exámenes del colegio. Me hizo varias preguntas a fin de comprobarlo y las contesté todas bien.

Al volver a casa tras la formación esperé a recibir la confirmación final del destino en Lituania. Llegó por correo: un paquete grande de papeles impresos, con mapas, nombres y teléfonos de contacto, alojamientos y detalles sobre el trabajo, así como el billete de avión. Mis padres estaban muy nerviosos por mí y preocupados acerca de si podría estar lejos de casa durante tanto tiempo, pero yo estaba muy emocionado al poder dar lo que consideraba un gran paso adelante en mi vida. Apenas podía creerlo pero, con casi veinte años, me iba, a mil trescientos kilómetros de distancia.

La República de Lituania es uno de los tres estados bálticos, y comparte frontera con Letonia al norte, Bielorrusia al sudeste, Polonia al sur y el enclave ruso de Kaliningrado al sudoeste. En 1940, durante la segunda guerra mundial, fue anexionada por la Unión Soviética. Más tarde fue ocupada por los alemanes y volvió a la Unión Soviética en 1945. Lituania fue la primera república soviética que declaró su independencia el domingo 11 de marzo de 1990. Las fuerzas soviéticas intentaron suprimir el proceso, incluyendo un incidente en la torre de la televisión de la capital, que acabó con la

muerte de varios civiles, pero sin éxito. En el 2004, Lituania se convirtió en miembro titular de la OTAN y de la Unión Europea.

En el taxi que me condujo al aeropuerto observé y conté los coches que nos adelantaban. La cabeza me palpitaba y me sentí enfermo. No podía creerme que no iba a volver a ver a mi familia en un año. Antes de marcharme, prometí a mi madre que telefonaría cada semana con un informe de mis progresos y para asegurarles que comía lo suficiente. El mostrador de facturación de equipaje estaba sorprendentemente tranquilo —estábamos en octubre y las vacaciones de verano habían pasado hacía tiempo— y tuve pocos problemas para facturar mi equipaje y pasar los controles de seguridad hasta la zona de espera. Tras una larga espera, durante la cual caminé arriba y abajo sin parar, realizando comprobaciones periódicas de la pantalla de información, al final fui corriendo hasta la puerta de embarque y subí al avión. Iba medio vacío y sentí un enorme alivio al no tener a nadie sentado a mi lado. Me hundí en mi asiento y leí las notas que me enviaron acerca del centro donde me habían destinado, practicando en voz baja la pronunciación de diferentes nombres de personas y lugares. Los auxiliares de vuelo no me molestaron lo más mínimo durante el trayecto y el aparato aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Vilna. Comprobé que seguía teniendo mi cámara; casi era

invierno y esperaba poder hacer un montón de fotos de la nieve.

En el control de pasaportes encontré colas muy cortas y policías vestidos de negro de pies a cabeza, que observaban a la gente que pasaba. Comprobaron mi pasaporte, estamparon en él un sello rojo con las palabras *Lietuvos Respublika* (República de Lituania), y luego me indicaron que continuase. Tras recoger mi equipaje, salió a mi encuentro el coordinador de voluntarios para los estados bálticos, que me llevó hasta mi apartamento en Kaunas, la segunda ciudad más grande de Lituania, sita en el centro del país.

El bloque de apartamentos era de cemento y acero, con un huerto delante, cuidado por los inquilinos ancianos, que tenían entre setenta y ochenta años. Estaba en una zona tranquila, alejada de las calles principales y el tráfico. Me presentaron al propietario, un hombre de cabello plateado llamado Jonas, que me explicó en un inglés imperfecto las reglas del bloque y cómo hacer cosas tan básicas como encender y apagar la calefacción. Me dio su número de teléfono para que le llamase en caso de necesidad. El coordinador me confirmó la dirección del centro donde debía realizar mi voluntariado y me dio instrucciones escritas sobre cómo llegar allí con el trolebús.

Mi apartamento era sorprendentemente espacioso y consistía en cocina, sala de estar, cuarto de baño y dormitorio. El interior estaba decorado en tonos oscuros y

los días nublados daba la impresión de poca luz. En la cocina había un viejo horno y una nevera. Baldosines blancos, muchos de ellos desportillados, cubrían las paredes. En la sala de estar había un aparador con fotos y figuritas que pertenecían a la familia de Jonas, el propietario. También había una mesita, un sofá y un televisor. El cuarto de baño tenía una ducha y una lavadora, un lujo en Lituania en esos tiempos. Mi dormitorio era de buen tamaño, con un armario grande, una mesa y una silla, la cama y un teléfono. Ese sería mi hogar durante los nueve meses siguientes.

Durante las primeras semanas en Kaunas estaba demasiado nervioso para salir del apartamento y explorar los alrededores. En lugar de ello me ocupé deshaciendo mi equipaje y enterándome de cómo emplear los utensilios que había en mi nuevo hogar. Vi un poco la televisión y no tardé en darme cuenta de que muchos programas eran importaciones estadounidenses con subtítulos en lituano. Jonas dejó algunos alimentos básicos, como leche, pan y cereales, en la cocina, para mí. Nunca había tenido que prepararme la comida y al principio me las apañé comiendo muchos bocadillos y tazones de copos de maíz. Pronto tendría que hacer acopio de todo mi valor y realizar mi primera visita al centro.

El lunes por la mañana me levanté temprano, me duché y me vestí, poniéndome un abrigo grueso y una bufanda. Ya hacía mucho frío, aunque el invierno todavía

no había llegado. Tras un corto paseo desde el apartamento llegué a la calle principal. En las instrucciones que me dio el coordinador me decía que los billetes del trolebús podían adquirirse en los numerosos kioscos que había en las principales calles de Lituania. Tras memorizar el contenido del manual de conversación lituano que incluía mi equipo de voluntario, pedí un *viena troleibusu bilieta* (un billete de trolebús), y me dieron un billete pequeño y rectangular a cambio de unos pocos *litas* (la moneda lituana). El autobús recorrió la larga y empinada calle, deteniéndose constantemente y admitiendo a más y más gente. Había hombres con gorros y pesados abrigos de piel, chicas con un niño en cada brazo, y pequeñas y ancianas mujeres con la cabeza cubierta con bufandas y con montones de bolsas de plástico en los pies. Con pocos asientos y menos espacio para ir de pie, el autobús no tardó en estar atestado y yo empecé a sentirme mal y mareado, jadeando y creyendo que iba a ahogarme en un mar de gente. Cuando se acercó a la siguiente parada, me levanté repentinamente de mi asiento, casi derribando a un hombre que había de pie y, con la cabeza gacha, empujé y me abrí paso hacia el aire libre. Estaba sudando y temblando, y tardé varios minutos en volver a tranquilizarme.

Caminé el resto del camino, subiendo la cuesta de Saranoriu Prospektas (avenida de los Voluntarios) hasta que llegué al número 1, un edificio de hormigón muy alto. Ascendí los dos tramos de escalones de hormigón y

apreté un botón que había junto a la puerta. De repente la puerta se abrió y apareció una mujer baja que llevaba mucho maquillaje y montones de joyas, saludándome en un buen inglés: «¡Bienvenido! Tú debes de ser Daniel. Entra, por favor. ¿Qué te ha parecido Lituania?». Contesté que todavía no conocía gran cosa. La mujer se presentó como Liuda, fundadora y directora del centro.

El centro de Liuda se llamaba Socialiniu Inovaciju Fondas (Fundación para la Innovación Social), una organización no gubernamental para mujeres desempleadas y sin medios económicos de la comunidad. Muchos lituanos habían perdido su trabajo con motivo de la agitación que sacudió al país tras su separación de la Unión Soviética y esta mujer había tenido la idea de fundar una organización que ayudase a mujeres como ella a abrirse camino en la nueva economía.

Los voluntarios realizaban gran parte del trabajo del centro y eran vitales para su éxito. Al igual que yo, algunos eran de otros países, tanto cercanos como lejanos. Yo trabajaba con un voluntario de los Cuerpos de Paz estadounidenses de setenta y tantos años llamado Neil, y preparábamos las clases de inglés. A él le gustaba hablar del pasado durante los descansos para tomar café, y me explicaba cosas de la casa que se había construido en Estados Unidos y de la casa móvil que él y su esposa compraron cuando se jubiló, en la que habían viajado por los cincuenta estados de la Unión.

La otra profesora del centro era Olga, una rusa pelirroja con el pelo ensortijado y gafas ahumadas. Siempre que hablaba podía verle los dos dientes de oro, uno en cada esquina de la boca. Olga se dio cuenta de que me sentía aprensivo al encontrarme en un entorno tan radicalmente distinto, y me explicó que era normal sentir añoranza y sentirse nervioso al empezar algo nuevo. Aprecié sinceramente sus palabras.

Mi principal papel como voluntario era dar clases. El centro proporcionaba algunos libros de texto y hojas de notas, pero en general los recursos eran escasos y se me permitió organizar el contenido de las clases según mi criterio, lo cual me encantó. Las mujeres que asistían a clase eran de edades, antecedentes y educación muy diferente, y nunca superaban el número de doce por clase, lo que quería decir que se conocían bien entre ellas y que el ambiente de las lecciones siempre era relajado y agradable. Al principio me sentí muy nervioso por tener que estar frente a mis estudiantes y dirigir las clases, pero todo el mundo fue muy amable y positivo conmigo, y poco a poco me fui sintiendo más cómodo en mi papel.

Gracias a las clases conocí a alguien que se convertiría en una de mis mejores amigas, una mujer de mediana edad llamada Birute. Trabajaba de traductora y su inglés ya era bueno, pero le faltaba confianza y asistía a las clases para practicar. Después de las lecciones se acercaba a la tarima y hablaba conmigo, preguntándome qué me parecía la vida en Lituania. En una ocasión quiso

saber si me gustaría que alguien me mostrase la ciudad. Como me había sentido demasiado nervioso para pasear por la localidad por mí mismo, acepté su oferta muy agradecido.

Caminamos juntos por la principal arteria peatonal de Kaunas, Laisves Aleja (avenida de la Libertad), situada en el centro de la población y de 1621 metros de longitud. En un extremo de la avenida está la iglesia de San Miguel Arcángel, un enorme edificio de cúpula azulada y pilares blancos, que relucía y brillaba a la luz del sol. La iglesia fue transformada en galería de arte bajo el dominio soviético y volvió a convertirse en lugar de culto tras la independencia de Lituania. Al otro extremo de la avenida, Birute me llevó hasta el centro antiguo de Kaunas, con sus calles empedradas y su castillo de ladrillo rojo, el primer bastión defensivo del país, que data del siglo XIII.

Cada día alrededor del mediodía, tras la clase matinal, Birute me esperaba e íbamos juntos andando hasta el ayuntamiento para desayunar. Rutinas como esa me ayudaron a empezar a asentarme en mi nueva vida, proporcionando a cada día una forma consistente y predecible con la que me sentía feliz. La cantina estaba bajando unas escaleras, había escasa iluminación y, como mucho, sólo la mitad de las mesas ocupadas. La comida era abundante y nada cara, e incluía muchos platos tradicionales lituanos, como una cremosa sopa de remolacha con rollos rellenos de carne. Mis hábitos alimentarios habían cambiado mucho desde la infancia y

me sentía cómodo consumiendo una amplia variedad de alimentos diferentes. Los días en que no había clase por la tarde, Birute y yo comíamos en uno de los numerosos restaurantes a lo largo de Laisves Aleja. Mi comida favorita era el plato nacional de Lituania: *cepelinai*, llamado así por su forma parecida a un zepelín. Está hecho con patatas ralladas que contienen carne picada, hervidas y servidas con crema agria.

La amistad que compartía con Birute se hizo más profunda y especial con el tiempo. Ella siempre se mostraba paciente y comprensiva conmigo, dispuesta a escuchar, y llena de consejos y ánimos. No sé cómo habría sobrevivido en Lituania sin ella. Cuando varias de las mujeres del centro me dijeron que necesitaban practicar más inglés pero que no podían hacer frente a las tarifas de las clases, tuve la idea de organizar un grupo semanal de conversación en inglés en mi casa, que Birute me ayudó a montar. Las mujeres traían galletas, y preparaban té y café, luego todo el mundo se sentaba en sillas o en el sofá y hablaba en inglés sobre cualquier asunto. Una tarde, Birute trajo unas diapositivas de las vacaciones que había pasado con su familia y el grupo las miró e hizo preguntas, compartiendo sus propias experiencias viajeras.

Las mujeres de mi clase y del centro solían preguntarme si había hecho amigos de mi edad. Inga, la ayudante de Liuda, me presentó a su sobrino, que era tres años más joven que yo, y nos animó a salir juntos. Peter

hablaba bien inglés, y era más bien tímido y muy educado. Fuimos juntos al cine para ver los últimos estrenos norteamericanos. Siempre que la música subía de volumen me tapaba los oídos con los dedos, aunque él nunca pareció reparar en ello.

En el país había otros voluntarios británicos y se nos animaba a mantenernos en contacto como red de apoyo mutuo. Uno de ellos, Vikram, acababa de terminar sus estudios en la universidad y se había licenciado en derecho antes de decidir que no quería ser abogado. No teníamos mucho en común: él hablaba mucho de fútbol, música *rock* y otras cuestiones que a mí no me interesaban, y nuestras conversaciones solían estar salpicadas con largos períodos en silencio, porque a mí a veces me costaba mantener una conversación de un tema que no me interesaba. Las palabras simplemente no se me ocurrían.

Otra de las voluntarias que trabajaban en Lituania era Denise, una delgada y alta mujer de Gales, de unos treinta años, que era muy energética en todo lo que decía o hacía. Denise estaba en la capital de Lituania, Vilna, e invitó a los voluntarios de Kaunas a ir a visitarla y conocer la ciudad de cerca. Fuimos en autobús —yo me senté en la parte de atrás para no estar rodeado de otros pasajeros— durante un viaje con muchos baches que duró una hora y media, hasta el centro de la ciudad. Vilna era muy diferente a Kaunas. La gente caminaba mucho más rápido y había un gran número de edificios nuevos de

cristal y acero. El apartamento de Denise era limpio, muy bien pintado y con suelo de madera. Las sillas de la cocina eran de madera y la parte superior del respaldo tenía forma de colinas ondulantes. Me gustaba seguir su contorno con los dedos. Tenían una textura ligeramente granulada, cosquillosa. Tomamos té, comimos galletas y miramos las fotos que había hecho Denise durante su estancia. Me gustó que los demás voluntarios me animasen a participar en sus conversaciones y que no pareciese que era diferente. Cada voluntario tenía su propia personalidad, y eran todos muy abiertos y simpáticos entre sí.

La más experimentada entre ellos era una mujer británica de origen asiático llamada Gurcharan. Tenía un cabello grueso y rizado, y vestía un largo y colorido sari. Su apartamento estaba cerca del mío, en Kaunas, y solía venir regularmente con bolsas de ropa para lavar en mi lavadora. A cambio, Gurcharan me invitaba a ir a su apartamento a hablar y cenar juntos después de trabajar. Las paredes de todas las habitaciones estaban decoradas con fotografías de la India, y la mesa de la sala de estar se hallaba repleta de velas y varillas de incienso ardiendo. Gurcharan hablaba con mucha rapidez y a veces me resultaba difícil seguir su conversación. Ella también era muy abierta; hablaba mucho sobre su vida personal y me animaba a hacer lo mismo. Pero yo no tenía vida personal y no sabía qué decir. Cuando me preguntó si tenía novia, sacudí la cabeza. Luego quiso saber si tenía novio. Debí

de haber enrojecido, porque a continuación me preguntó si era *gay*. La rápida sucesión de preguntas, como el repiqueteo de gotas de lluvia cayéndome sobre la cabeza, hizo que me sintiese un tanto superado, y pasaron varios instantes antes de que le contestase. Sonrió de oreja a oreja y me preguntó si tenía amigos *gays*. Negué con la cabeza.

En uno de los folletos que nos daban a todos los voluntarios antes de volar había una lista de números de teléfono de utilidad, que guardaba cerca del teléfono en casa. La conversación que mantuve con Gurcharan me animó a llamar a uno de los números, un grupo de *gays* lituanos, para organizar una cita con uno de sus miembros frente al ayuntamiento al día siguiente, después de trabajar. Estaba cansado de no saber quién era, de sentirme desconectado de una parte de mí mismo de la que era consciente desde hacía mucho tiempo. Esa llamada de teléfono fue una de las decisiones más importantes de mi vida. Durante las clases del día siguiente sentí que el pulso se me aceleraba y no comí nada. Más tarde, mientras caminaba por la avenida hacia el ayuntamiento, me sentí temblar y tuve que esforzarme de veras para apartar la acuciante idea de no asistir a la cita. Al acercarme vi que la persona con la que me tenía que encontrar ya había llegado y que estaba esperando de pie, inmóvil. Respiré hondo, me acerqué y me presenté. Él era alto y delgado, y vestía una chaqueta negra a juego con su cabello.

Vytautas —un nombre común en Lituania— era de mi edad y estaba entusiasmado por conocer a alguien de Gran Bretaña. Su inglés era muy bueno porque disfrutaba viendo películas y programas de televisión americanos. Me invitó a visitarle a él y a su compañero, Zygintas, ese fin de semana en su casa, y acepté. Como no me gustaba viajar en los atestados trolebuses, me recogieron en su coche y fuimos a su apartamento, al otro extremo de la ciudad. Muchos de los aparatos modernos que tenían, como un televisor de pantalla panorámica y el reproductor de CD, eran raros de ver por entonces en las casas lituanas. A Zygintas le encantaba la música británica y contaba con muchos CD, de los que puso algunos para mí. Mientras comíamos hablamos de nuestras vidas. Vytautas era estudiante, mientras que Zygintas trabajaba con un dentista. Se habían conocido a través del grupo y llevaban varios años juntos. Fui a verlos muy a menudo a lo largo de las siguientes semanas para charlar, comer juntos y escuchar música. Ya había oscurecido cuando me levanté para marcharme una noche y, aunque a Zygintas le preocupaba mi seguridad y siempre se ofrecía para llevarme en coche a casa, me apetecía la larga caminata solo por las calles silenciosas, vacías e iluminadas por la luna.

A Gurcharan le encantó enterarse de mi amistad con Vytautas y Zygintas, y quiso conocerlos. Se ofreció a preparar una comida para los cuatro en su apartamento, que no podían rechazar. Llegaron una helada noche de

finales de invierno y les costó varios minutos quitarse los abrigos, sombreros, bufandas y guantes, antes de poder entrar en la sala de estar. Gurcharan ya estaba muy ocupada en la cocina preparando varios platos a la vez, y los aromas especiados llenaban la habitación, abriéndonos el apetito. La escasa luz del sol que quedaba iba apagándose con rapidez, y era sustituida por el brillo cálido y parpadeante de las velas que atestaban varias estanterías y cajas. La mesa en el centro de la habitación ya estaba puesta, con platos y cubiertos que centelleaban a la luz de las velas. Tras unas apresuradas presentaciones, se les sirvió vino a los invitados y la comida apareció en unas fuentes que circularon por la mesa. Había muchos curris salpicados de verduras y carne, y arroz más que suficiente para todos. Gurcharan estaba tan parlanchina como de costumbre y durante la cena les hizo mil preguntas acerca de toda su vida a Vytautas y Zygingtas. Yo escuché lo mejor que pude entre bocados de deliciosa comida casera, pero gran parte de la conversación no me interesó, y cuando acabé de cenar tomé un libro de una estantería cercana y empecé a leer. Me sentí avergonzado cuando Gurcharan exclamó que había sido muy grosero; yo no tenía ni idea de haberlo sido. Justo entonces, Zygingtas, que estaba acabando de cenar, se detuvo repentinamente y gritó una palabra en lituano, antes de repetirla en inglés para que la entendiésemos: «Un ratón, tienes un ratón», dijo, señalando la encimera de la cocina donde lo acababa de

ver aparecer, saltar y esfumarse ante sus ojos. Gurcharan sonrió y sólo dijo: «Sí, ya lo sé». Para ella no representaba ningún problema vivir con un ratón, nos explicó, ya había vivido con otro antes, en su casa de Gran Bretaña. Mientras no estorbase, no veía razón para preocuparse por ello. Yo nunca había tenido la oportunidad de ver a un ratón tan de cerca y me supo mal habérmelo perdido. La conversación continuó y en esta ocasión a nadie pareció importarle que regresase a mi libro. Al final de la velada, Gurcharan nos dio un beso a cada uno al marcharnos; yo dudé, así que depositó su mano en la mía y la apretó. Era consciente de que yo era distinto y me dijo que estaba orgullosa de mí porque estaba dispuesto a correr riesgos.

Al cabo más o menos de una semana, estaba en la cocina de mi apartamento preparándome unos bocadillos cuando percibí una pequeña mancha moviéndose por la pared alicatada de enfrente. Al acercarme y mirar de nuevo vi que era un insecto que no había visto nunca antes. Al día siguiente, en el centro, le pregunté a Birute. «Es un *tarakonas*», me dijo, y luego pensó durante algunos instantes, buscando la palabra en inglés. «Una cucaracha». No tardé en descubrir que los insectos son un problema bastante común en muchos de los viejos edificios de Lituania. Telefoneé a Jonas, mi casero, que se disculpó y prometió ocuparse de la plaga. No obstante, era todo el bloque el que requería un tratamiento y, como mis vecinos eran todos muy ancianos, no fue fácil hacerlo

con rapidez. Mientras tanto, Jonas me dio un pulverizador para que lo utilizase con todas las cucarachas que viese. No me preocupé mucho por ellas, aunque me distraían si veía una mientras trataba de escuchar una conversación con alguien o miraba la televisión. Cuando, en uno de mis regulares informes telefónicos a casa, se lo conté a mis padres, se preocuparon mucho y tuve que asegurarles que mi apartamento era muy limpio, que yo estaba totalmente sano y que el casero se afanaba por solucionar el problema. Eso fue varias semanas antes de que Jonas pudiera finalizar el tratamiento en todo el bloque, aunque siguió habiendo cucarachas, si bien sólo realizaban apariciones puntuales de vez en cuando.

El invierno llegó inexorablemente durante los meses siguientes a mi llegada a Lituania, y trajo consigo mucha nieve y frío por todo el país. Las temperaturas, en Kaunas, descendían de noche hasta treinta bajo cero. Mi apartamento no se encontraba en un edificio moderno; estaba mal protegido contra el frío y no era fácil mantenerlo caliente. Pedí prestado un radiador a otro de los voluntarios del centro que había comprado uno nuevo y que estuvo encantado de prestarme el de repuesto. Lo enchufaba en la sala de estar mientras veía la televisión o leía por la noche, y luego lo llevaba al dormitorio para mantenerme caliente y dormir bien. Jonas colocó burletes en las puertas y las ventanas después de que Birute —a quien le expliqué la situación— interviniese en mi nombre. Aparte de la intensidad del frío, me gustaba el

tiempo invernal: la crujiente sensación de abrirte paso a través de varios centímetros de nieve recién caída, de camino hacia el trabajo, y la visión de que todo a mi alrededor era de un blanco luminoso y reluciente. A veces, por la noche, me ponía el abrigo y las botas, y caminaba por las calles sosegadas, mientras los copos de nieve caían dando tumbos alrededor de mi cabeza. Me detenía bajo una farola iluminada y levantaba el rostro hacia el cielo, extendiendo los brazos y dando vueltas en círculo.

En diciembre, cuando se acercaba la Navidad, las mujeres del centro me preguntaron cuáles eran mis planes para las fiestas. Me di cuenta de que serían mis primeras Navidades lejos de mi familia y comprendí que era una época especial para compartir con otras personas. Una de mis compañeras de trabajo en el centro, Audrone, insistió en que fuese a pasar las fiestas con ella y su familia, y acepté agradecido. En Lituania, la Nochebuena es mucho más importante que el día de Navidad y su preparación ocupa muchas horas. Se limpia la casa, y todo el mundo tiene que bañarse y vestir ropa limpia antes de la cena. Audrone y su marido me recogieron en el coche y me llevaron a su casa, en un enorme bloque de apartamentos. Al salir del coche me di cuenta de que su esposo era altísimo, medía más de dos metros. Me recordó al número 9.

Una vez en su casa, conocí al hijo y a la madre de Audrone. Todo el mundo sonreía y parecían contentos de

conocerme. El pasillo que conducía a la sala de estar era largo, oscuro y estrecho, pero mientras lo recorría con lentitud fue desvaneciéndose la penumbra, hasta que finalmente fui recibido por una ráfaga brillante, un baño de luz y color. En el centro de la habitación había una larga mesa cubierta por un suave paño de lino con un poco de heno esparcido por debajo. Me explicaron que era para recordarnos que Jesús nació en un establo y estuvo acostado en un pesebre con heno. En la mesa había doce platos diferentes, todos sin carne (el número representa a los doce apóstoles): arenque en salmuera, pescado, ensalada de verduras invernales, patatas hervidas, chucrut, pan, tarta de arándanos y leche de semillas de amapola. Antes de comer, el marido de Audrone tomó una bandeja de barquillos navideños y ofreció uno a cada persona en la mesa, incluyéndome a mí. Luego le entregó uno a Audrone, que partió un pedazo y se lo ofreció a su vez a él. Eso continuó hasta que cada persona partió un pedazo del barquillo. Los platos no se consumían en un orden determinado, pero me explicaron que era costumbre probar de todos ellos. Cada uno simbolizaba algo importante del año venidero: el pan, por ejemplo, representaba alimento para los meses que teníamos por delante y las patatas, humildad. Mi favorito fue la leche de semillas de amapola —*aguonu pienas*, en lituano—, servida con pequeñas bolas de masa de harina. La leche se prepara rayando las semillas de amapolas escaldadas y luego se mezcla con agua, azúcar

o miel y frutos secos. Durante la comida, Audrone me explicó algunas de las creencias tradicionales lituanas relativas a la Navidad. Por ejemplo, se cree que en la medianoche del día de Navidad toda el agua de arroyos, ríos, lagos y pozos se transforma en vino, aunque sólo durante un instante. Otra creencia es que a medianoche, los animales pueden hablar, aunque a la gente no se le anima a escucharlos. Al día siguiente, el 25 de diciembre, la familia me llevó a un parque nevado, y anduvimos y hablamos juntos sobre un lago helado. Fueron unas Navidades para recordar. Una de las experiencias más gratificantes de vivir en Lituania fue aprender el idioma nativo. Cuando les dije a las mujeres del centro que quería aprender lituano, me miraron perplejas. ¿Por qué iba yo a querer aprender una lengua tan minoritaria y difícil? Era cierto que muchos lituanos ya hablaban bastante inglés, por lo que yo no necesitaba conocer el lituano. De hecho, ninguno de los voluntarios británicos podía decir más que unas pocas palabras, ni tampoco Neil, el de los Cuerpos de Paz norteamericanos. Era muy raro que un extranjero quisiera intentar aprender lituano. No obstante, era la lengua que oía hablar a mi alrededor a diario y sabía que me sentiría más cómodo, más en casa, en Lituania, si pudiera hablar en su propia lengua con mis amigos, estudiantes y compañeros de trabajo en el centro.

Birute estuvo encantada de enseñarme. Se sentía muy orgullosa de su idioma y le gustaba hablarlo conmigo. Escribí algunas palabras al aprenderlas a fin de ayudarme

a visualizar y recordarlas, para así poder leer los cuentos que leyeron las hijas de Birute cuando eran pequeñas. Mi amiga también me enseñó una popular canción infantil lituana:

*Mano batai buvo du
Vienas dingo, nerandu.
Aš su vienu batuku
Niekur eiti negaliu!*

Que significa: «Tengo dos zapatos, uno se ha perdido y no sé dónde está. ¡Con sólo un zapatito, a ningún sitio puedo ir!».

Pocos días después de empezar las clases de lituano con Birute, pude empezar a construir algunas frases, para su sorpresa, y en pocas semanas ya podía conversar cómodamente con los lituanos. Me ayudó mucho pedir a los del centro que me hablasen siempre en ese idioma. Todas las personas con las que hablaba me felicitaban por mi capacidad para hablar bien el lituano, incluyendo a una de mis ancianas vecinas, especialmente sorprendida de que un joven inglés pudiera hablar con ella en su idioma. También fui de utilidad en una ocasión en la que me invitaron a salir con otros voluntarios para ir a cenar a un restaurante. El camarero no entendía inglés, para disgusto de los voluntarios, así que yo se lo traduje en lituano. De vez en cuando no me importaba actuar como intérprete para otros voluntarios, porque me parecía una

experiencia muy interesante y otra oportunidad para practicar mis habilidades lingüísticas.

En una ocasión incluso pensaron que yo era lituano. Un día, cuando regresaba del centro a casa, un hombre que buscaba una dirección se acercó a mí, insistiendo, aunque le repetí en lituano en varias ocasiones que no conocía el lugar que buscaba. Finalmente me detuve y dije: «*Atsiprašau, bet tikrai nežinau. Aš nesu Lietuvis. Esu iš Anglijos*» («Perdone, pero de verdad que no lo sé. No soy lituano. Soy de Inglaterra»). Puso unos ojos como platos, se disculpó y se alejó.

Cuando llegó la primavera, ya me encontraba muy instalado en mi vida lituana. Fui desarrollando rutinas graduales que me proporcionaron una sensación de calma y seguridad, y que me ayudaron a lidiar con los cambios. Cada mañana temprano, justo antes del amanecer, me levantaba, me ponía ropa cómoda y suelta, y salía a dar un largo paseo por las calles hasta llegar a un parque lleno de robles. Los árboles eran altos, como si quisieran alcanzar el cielo, y me ayudaban a sentirme a salvo mientras recorría el idéntico camino a su alrededor al inicio de cada día. Tras regresar a mi apartamento para lavarme, ducharme y vestirme para trabajar, subía por la empinada calle que conducía al centro, me sentaba y tomaba un café mientras las mujeres chismorreaban sobre sus cosas, que a mí no me interesaban. Neil, el voluntario de los Cuerpos de Paz norteamericanos, llevaba varios meses —desde Navidad— padeciendo dolor de espalda, y

había visitado a muchos doctores, sin hallar alivio. Finalmente, tuvo que regresar a Estados Unidos para seguir un tratamiento. Yo me encargué de sus clases para llenar su ausencia, lo que significó que enseñaba inglés mañana y tarde casi todos los días de la semana. También tuvimos otros cambios: el marido de Birute cayó muy enfermo y tuvo que dejar de venir a clase para ocuparse de él. A la hora de la comida solía quedarme en el centro y comer los bocadillos que preparaba la noche anterior, aunque de vez en cuando comía en una cafetería local con Zygintas, cuyo trabajo estaba cerca del centro. Después de trabajar me compraba palitos de pescado congelados, pan, queso y otros alimentos antes de regresar andando a casa para prepararme la cena, leer y mirar la televisión antes de acostarme. Ya no me importaba tener que arreglármelas por mí mismo, aunque echaba de menos a Birute y esperaba no tardar en volver a verla.

En verano el trabajo en el centro se redujo porque las estudiantes se fueron a pasar sus largas vacaciones con su familia junto al mar. La familia de Zygintas, como muchos otros lituanos, tenía una casa de verano en el campo y me invitó a ir a verle. Zygintas me dio las indicaciones necesarias para tomar un autobús que pasaba cerca de casa, y me dijo que me recogería y me llevaría el resto del camino una vez que hubiese llegado al punto de reunión. El autobús era viejo y traqueteante; al cabo de poco tiempo me alejó de la ciudad, adentrándose por largas carreteras llenas de barro, rodeadas de árboles y

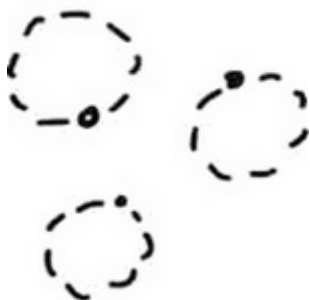
campos. Zygintas me dio un nombre que yo no encontraba por ninguna parte. Estaba demasiado nervioso para preguntarle a nadie, por lo que permanecí sentado y esperé. Finalmente, el autobús llegó a una parada junto a una serie de edificios de madera, los primeros que había visto desde hacía media hora, así que reuní todo mi coraje y me levanté, explicando en lituano que me había perdido. Los otros tres pasajeros se quedaron mirándome; me bajé del autobús y empecé a contar para mí mismo porque estaba temblando y no sabía qué hacer. El conductor se acercó y sin decirme una palabra señaló un itinerario. El nombre que me dio Zygintas no aparecía allí. Miré el reloj; llegaba ya una hora tarde a mi cita con él. Me dirigí al primer edificio y le expliqué mi situación en lituano a la mujer que se hallaba tras el mostrador. Sacudió la cabeza y no dijo nada. Volví a intentarlo, repitiéndolo en lituano, pero ella volvió a sacudir la cabeza. Entonces, desesperado, lo intenté en inglés: «¿Tiene teléfono?», pregunté. Tras oír la palabra «teléfono» asintió y señaló un teléfono negro que había en un rincón. Corrí hacia él y marqué el número de Zygintas. «¿Dónde estás?», preguntó, y yo le di el nombre que había visto en el itinerario del autobús. «¿Cómo has llegado hasta ahí?», volvió a preguntarme, y luego me dijo: «Espérame ahí. Voy ahora mismo a recogerte». Media hora más tarde apareció su coche y me llevó a la casa de verano. De camino, me explicó que había llegado a una zona del campo cuya población

hablaba ruso y no entendían lituano. El retraso implicó una visita más corta a la casa, en la que conocí a la familia de Zygintas y a la que llegué a tiempo de participar en la barbacoa, seguida de un chapuzón en un río de las inmediaciones.

Birute también quería que fuese a pasar algún tiempo a la casa de verano de su familia. Deseaba que conociese a su hermana, que era poetisa. Mientras tomábamos café recitó algunos de sus poemas y más tarde caminamos juntos por un lago de aguas claras y azules. El cielo estaba despejado y brillaba el sol, reluciendo con su luz sobre la superficie del agua como pecios solares. Más adelante, Birute me pidió que la acompañase hasta un lugar cercano donde pudiéramos sentarnos y presenciar la puesta del sol. Ese era nuestro primer encuentro en varias semanas y también el último, porque mi contrato como voluntario había finalizado y era hora de que volviese a casa. Birute me dijo que nuestra amistad había significado mucho para ella, sobre todo durante una temporada especialmente difícil. Afirmó que se daba cuenta de que yo había crecido mucho desde la época en que me conoció. Yo también lo sabía y sentía desde hacía un tiempo que no era sólo el día a día lo que había cambiado; con la decisión de venir a vivir en Lituania, yo mismo había cambiado y en cierta manera me había renovado. Mientras permanecíamos allí sentados, en silencio, mirando hacia el sol poniente de verano, nuestros corazones no sintieron tristeza porque sabíamos

que cuando una aventura finaliza, otra está a punto de empezar.

8



Enamorarse

Nunca es fácil despedirse, sobre todo de un país que se había convertido en mi hogar lejos de casa durante todo el año. Estábamos en julio, en pleno verano, mientras me dirigía caminando al centro por última vez. En su interior, Liuda —la directora— y los demás voluntarios se habían reunido en el aula para despedirme. Me dirigí a ellos en lituano, agradeciéndoles su ayuda y amabilidad. Liuda me regaló un diario ilustrado encuadernado en piel como obsequio de despedida que esperaba que lo llenase con los contenidos de nuevas ideas y futuras aventuras. Una

parte de mí se sentía triste al marcharme, pero en mi interior sabía que había logrado todo —tanto personal como profesionalmente— lo que podía conseguir allí y que debía seguir adelante.

El vuelo de regreso a Londres parecía que nunca iba a acabar. Pasé parte del tiempo leyendo y releendo una carta de mis padres que me había llegado una semana antes. Poco después de que me fuese a Lituania, mi padre se había enterado de que en la zona había una gran casa nueva en alquiler. En realidad eran dos casas que habían juntado, convirtiéndolas en una con seis dormitorios y dos cuartos de baño. La propiedad fue un regalo del cielo para mi familia, que se trasladó poco después. Yo regresaba a esa nueva dirección y la carta incluía una foto de la casa e instrucciones para llegar hasta allí.

En el aeropuerto me esperaba una cara familiar, mi amigo Rehan. Nos mantuvimos en contacto mediante postales durante toda mi estancia en el extranjero, pero me gustó verle en persona después de todo ese tiempo. Igual que ya hizo conmigo años antes, Rehan se convirtió en mi guía a través del laberinto del metro. Mientras íbamos sentados en el vagón, escuchó pacientemente mis anécdotas sobre mi estancia en Kaunas, y me pidió ver las fotos de los diversos lugares y personas que había visto y conocido. Poco después se levantó rápidamente y me comunicó que nos acercábamos a mi estación. Tuve el tiempo justo para recoger mi equipaje y agradecerle su compañía. El tren partió en cuanto salté al andén y me di

la vuelta. Su forma se desintegró rápidamente en la oscuridad del siguiente túnel.

Fuera, la calle me resultó totalmente desconocida. Caminé durante bastante tiempo antes de darme cuenta de que estaba perdido: el nombre de la calle a la que había llegado no era el mismo que aparecía en la carta de mis padres. Tal vez había torcido mal en algún sitio. Nervioso, pedí ayuda a alguien que pasaba: «Siga recto y luego gire a la derecha en la próxima». Al llegar al nombre correcto de la calle pensé repentinamente en lo extraño que era que tuviera que preguntar dónde estaba la calle en la que vivía mi propia familia.

La familia se sintió muy feliz de volver a verme y pasamos muchas horas dichosas poniéndonos al corriente. Algunos de mis hermanos y hermanas me dijeron que tenía un ligero acento, lo cual no era sorprendente, pues había estado bastante tiempo lejos y al final ya hablaba más lituano que inglés. Mi madre me enseñó la casa y mi nueva habitación, que se hallaba en la parte de atrás, lejos de la calle y que era la más tranquila de todas. Me pareció pequeña, sobre todo después de todo el espacio que tuve en Lituania, aunque había espacio suficiente, además de la cama, para una mesa, una silla y un pequeño televisor. Me gustó la novedad de mi habitación; representaba una sensación tangible de que mi regreso a Gran Bretaña significaba un paso adelante en mi vida y no un regreso al pasado. Se trataba de un nuevo comienzo.

Ese fue un período de reajuste a mi nuevo ambiente. Vivir solo me había proporcionado una verdadera sensación de independencia. También me gustó el control que pude ejercer en mi entorno inmediato, sin el ruido o la imprevisibilidad de tener que enfrentarme a otras personas. Al principio me resultó difícil acostumbrarme al ruido que hacían mis hermanos corriendo arriba y abajo de las escaleras o discutiendo entre sí. Mi madre habló con ellos, pidiéndoles que respetasen mi necesidad de sosiego, algo que hicieron casi siempre.

Mis experiencias en el extranjero me había cambiado, no había duda de ello. En primer lugar, había aprendido muchos detalles sobre mí mismo y podía ver con mucha mayor claridad que antes cómo mi «disparidad» afectaba a mi vida cotidiana, sobre todo mis interacciones con otras personas. Finalmente, comprendí que la amistad era un proceso delicado y gradual que no hay que acelerar o aferrarse a ella, sino que se le debe no sólo permitir, sino también estimular que tome su curso a su debido tiempo. Me la imaginé como una mariposa, simultáneamente hermosa y frágil, que una vez que vuela pertenece al aire y que cualquier intento por atraparla sólo la destruirá. Recordé de qué manera perdí en el pasado, en el colegio, amigos potenciales porque, al carecer de instinto social, había forzado la amistad, dando una impresión equivocada.

Lituania también me permitió pararme a pensar y adaptarme a mi «disparidad», demostrándome que no

tenía por qué ser algo negativo. Como extranjero pude enseñar inglés a mis estudiantes lituanas y explicarles todo tipo de aspectos de la vida en Gran Bretaña. No ser igual que todo el mundo había representado una ventaja positiva para mí en Kaunas, y una oportunidad para ayudar a los demás.

Ahora también dispongo de una base de datos compuesta de amplias y variadas experiencias de la que puedo echar mano de cara a situaciones futuras. Me dio más confianza en mi capacidad de hacer frente a cualquier dificultad que la vida me ponga por delante. El futuro había dejado de asustarme. En mi nuevo y diminuto dormitorio en casa me sentí más libre que nunca.

Como voluntario de regreso, podía optar a una subvención por haber finalizado el servicio, para lo cual debía escribir acerca de mi experiencia en Lituania y lo que había aprendido mientras estuve allí. Envié todos los formularios y esperé. Mientras tanto, encontré trabajo como profesor particular, ayudando a los niños del barrio con su lectura, redacciones y aritmética. Varios meses después de haber echado la instancia recibí finalmente la subvención a principios del 2000. La cantidad era suficiente para comprarme un ordenador; un sueño hecho realidad para mí y el primero en el seno de la familia. Una vez que llegó y lo desempaqueté, me costó un tiempo, con la ayuda de mis hermanos y mi padre, montarlo y que funcionase. Por primera vez podía

acceder a Internet, y disfrutar de la enorme cantidad de información que ahora estaba disponible para mí a un golpe de ratón: enciclopedias en línea, diccionarios, listas de curiosidades y puzzles de números y letras... Todo estaba allí. También servicios de mensajería y canales de charla.

Para quienes tienen autismo, hay algo emocionante y tranquilizador en el hecho de comunicarse con otras personas a través de Internet. En primer lugar, para hablar por los canales de charla —los *chats*— y para enviar correos electrónicos no se necesita saber ni cómo empezar una conversación, ni cuándo sonreír, ni las numerosas sutilidades del lenguaje corporal, como sucede en las situaciones sociales. No hay contacto visual y es posible comprender todas las palabras del interlocutor porque todo está escrito. El uso de «emoticonos», como :-) y :-([\[2\]](#), en las conversaciones de los *chats* también hace que sea más fácil saber cómo se está sintiendo la otra persona, porque nos lo dice de manera simple y visual.

Conocí a Neil en la red en el otoño del 2000. Es programador informático, por lo que utiliza los ordenadores a diario. Al igual que yo, Neil es muy tímido y descubrió que Internet le ayudaba a conocer gente nueva y a hacer amigos. Casi de inmediato empezamos a intercambiar correos electrónicos diariamente, escribiendo sobre todo tipo de asuntos, desde los títulos de nuestras canciones favoritas hasta nuestras esperanzas

y sueños de futuro. Teníamos muchas cosas en común y no pasó mucho tiempo antes de que me sugiriese que intercambiásemos fotos y números de teléfono. Neil era muy guapo: alto y delgado, con el cabello oscuro y unos luminosos ojos azules, y cuando hablé con él por teléfono siempre se mostró muy paciente, educado y encantado de llevar la conversación. Tenía casi la misma edad que yo, veinticuatro, y vivía y trabajaba en Kent, no lejos de mi casa en Londres. Cuanto más sabía de él, más recuerdo haber pensado para mí mismo: «He encontrado a mi alma gemela».

Enamorarse no se parece a nada más; no hay una manera correcta o equivocada de enamorarse de otra persona, no hay una ecuación matemática para el amor y la relación perfecta. Emociones que no había experimentado en los años transcurridos desde mi enamoramiento adolescente se hicieron repentinamente muy patentes durante momento largos y persistentes, tanto que dolían. No podía dejar de pensar en Neil, por mucho que lo intentase, y me era difícil incluso comer y dormir bien. No obstante, cuando en un correo electrónico me preguntó, a principios del 2001, si nos podíamos conocer, dudé.

¿Y si el encuentro fracasaba? ¿Y si hacía o decía algo que lo fastidiara? ¿Era yo alguien a quien se pudiera amar? No lo sabía.

Antes de poder contestar a Neil, decidí hablarles a mis padres de él, lo que significaba ponerlos al corriente

de la verdad sobre mí. Aquella tarde la casa estaba tranquila; mis hermanos y hermanas jugaban fuera o arriba, en sus habitaciones, mientras que mis padres se hallaban en la sala de estar, mirando la televisión. Había ensayado muchas veces lo que quería decirles, pero al entrar en el cuarto sentí una punzada en el estómago porque no tenía ni idea acerca de cuál sería su reacción y a mí no me gustaban las situaciones en las que podía suceder cualquier cosa, porque me mareaba y sentía náuseas. Como quería que me escuchasen atentamente, me dirigí al televisor y lo apagué. Mi padre empezó a quejarse, pero mi madre se limitó a mirarme y a esperar que hablase. Abrí los labios y oí mi voz —tranquila y quebrada— explicándoles que era *gay* y que había conocido a alguien que me gustaba mucho. Se hizo un breve silencio cuando ambos no dijeron nada y simplemente se me quedaron mirando. A continuación mi madre me dijo que eso no tenía por qué ser un problema y que deseaba que yo fuese feliz. La reacción de mi padre también fue positiva, ya que me dijo que esperaba que encontrase a alguien a quien amase y que también me amase a mí. Yo también lo esperaba.

A la semana siguiente accedí a conocer a Neil. Una fría mañana de enero le esperé fuera de casa, envuelto en un buen abrigo, con gorro y guantes. Justo antes de que diesen las diez aparcó su coche y se bajó de él. Las primeras palabras que me dirigió mientras me estrechaba la mano fueron: «Tu foto no te hace justicia». Sonreí,

aunque no entendí la frase. Neil sugirió llevarme a pasar el día a su casa, en Kent, así que me senté en el asiento del pasajero y partimos. Fue un viaje peculiar. Tras unos minutos charlando se quedó en silencio y yo no supe cómo reiniciar la conversación, por lo que me quedé allí sentado. Me sentía muy nervioso y pensé: «No le gusto». Tardamos una hora en llegar a casa de Neil, en Ashford, una población con mercado en el centro de Kent. Justo entonces, se inclinó sobre su asiento y sacó de detrás un precioso ramo de flores, que me alargó. Así que al fin y al cabo sí que le gustaba.

La casa de Neil formaba parte de un conjunto residencial de reciente construcción; se hallaba rodeada de otras casas de aspecto idéntico y con un parquecito cercano que tenía un estanque, columpios y un carrusel. Las paredes de la casa tenían un papel de rayas y en el suelo había moqueta roja, así como un gato blanco y negro de nombre Jay. Me arrodillé, le acaricié la cabeza y empezó a ronronear. Neil me condujo a la sala de estar, nos sentamos en extremos opuestos del sofá y comenzamos a charlar. Al cabo de un rato me preguntó si me gustaría escuchar música. Poco a poco, inconscientemente, nos fuimos acercando cada vez más en el sofá, hasta que Neil me tuvo en sus brazos y yo descansé la cabeza en su hombro y cerré los ojos, escuchando la música. Poco después nos besamos. Decidimos allí mismo que estábamos hechos el uno para el otro. Era el principio de algo importante.

A Neil no le costó aceptarme tal y como yo era. A él también le habían acosado en el colegio y sabía lo que era ser diferente de los demás. Al ser también un chico casero no le importó que yo prefiriese la tranquilidad y seguridad del hogar a la conmoción de los *pubs* y clubs. Y lo más importante de todo, él —como yo— había llegado a una encrucijada en su vida y no tenía claro por dónde tirar. Gracias a nuestro encuentro casual en Internet, ambos descubrimos, para nuestra mutua sorpresa y alegría, eso que nos había faltado en la vida: el amor.

Durante las siguientes semanas continuamos enviándonos correos electrónicos a diario y hablando regularmente por teléfono. Siempre que podía, Neil venía a verme. Seis meses después de nuestro primer encuentro, tras hablarlo mucho, decidí trasladarme a Kent para estar con él. Un día entré en la cocina y le dije a mi madre de manera prosaica: «Me voy de casa». Mis padres se alegraron mucho por mí, pero también se preocuparon: ¿cómo me las arreglaría en una relación, con todos los altibajos y responsabilidades que implica? Lo que importaba en aquel momento eran las cosas que para mí eran totalmente ciertas: que Neil era una persona muy especial, que yo nunca había sentido por nadie más lo que sentía por él, que nos queríamos mucho y que deseábamos estar juntos.

Los primeros meses tras el traslado no siempre fueron fáciles. Vivir de un único salario significaba que debíamos tener mucho cuidado con los gastos. Pasarían

más de dos años y medio antes de que pudiésemos pasar juntos nuestras primeras vacaciones. Durante el día, mientras Neil trabajaba en su oficina, cerca de Ramsgate, yo hacía las tareas del hogar y por las noches cocinaba. También escribí a todas las bibliotecas de la zona preguntando si había vacantes, ya que deseaba trabajar y contribuir todo lo posible a los gastos de la casa. Una mañana recibí una carta que me comunicaba que había sido seleccionado para celebrar una entrevista en la oficina de una biblioteca de libros nuevos, ordenados y organizados para ser expuestos. El día de la entrevista, Neil me prestó una de sus corbatas y me la puso; también me escribió las instrucciones sobre el viaje en autobús hasta la dirección que aparecía en la carta. Aunque me perdí por varios edificios en busca de la biblioteca, finalmente conseguí llegar a la entrevista con la ayuda de un empleado que me condujo hasta la puerta adecuada.

Allí había un panel de tres entrevistadores. Cuando una de ellos empezó a hablar, me fijé en que no tenía acento inglés y le pregunté de dónde era. Cuando me dijo que era originaria de Finlandia, un país sobre el que leí mucho de pequeño en la biblioteca, empecé a hablar sin parar de lo que sabía acerca de su país e incluso hablé un poco de finlandés con ella. La entrevista no se prolongó mucho (lo que me pareció buena señal) y me sentí muy emocionado al salir de la habitación; después de todo, había recordado mantener el contacto visual, iba bien vestido y había sido simpático. Me sentí destrozado

cuando días más tarde recibí una llamada telefónica en la que me comunicaban que no me habían elegido para el puesto. A lo largo de los meses siguientes fueron rechazadas o no contestadas numerosas peticiones de empleo, muy detalladas y escritas a mano, en otras bibliotecas, escuelas y universidades.

Por desgracia, mi experiencia es bastante común. Unos estudios realizados en el 2001 por la Sociedad Autista Nacional de Gran Bretaña indicaron que sólo el 12% de quienes tienen autismo de elevado nivel funcional o síndrome de Asperger cuentan con trabajos a tiempo completo. Por el contrario, el 49% de las personas con otras incapacidades y el 81% de quienes no están discapacitados tenían empleo en el 2003, según la Oficina Estadística Nacional. Existen varias razones para tal disparidad. Las personas con un trastorno autista suelen tener problemas acerca de las oportunidades de empleo o de comprender el confuso lenguaje que suele aparecer en los anuncios de trabajos. Las entrevistas de selección requieren capacidades de comunicación y de interacción social, que son precisamente las áreas en las que alguien con autismo tiene dificultades. Los folletos de información sobre empleo de la Sociedad Autista Nacional sugieren una prueba en lugar de una entrevista formal como alternativa justa. Las preguntas que se hacen en una entrevista también pueden resultar difíciles de comprender y de responder adecuadamente. Varias de las que me hicieron en mi entrevista trataban de situaciones

hipotéticas, que me resultaron difíciles de imaginar y a las que hube de responder con brevedad. Sería mucho mejor si estuviesen basadas en experiencias pasadas reales que demostrasen lo que esa persona ya sabe.

Quienes están dentro del espectro autista pueden aportar muchos beneficios a un trabajo en una empresa u organización: fiabilidad, honradez, elevado nivel de precisión, una considerable minuciosidad y un buen manejo de datos y cifras. Las empresas que emplean a personas con autismo/Asperger ayudan a aumentar la diversidad entre su personal, mientras que los jefes con empleados autistas suelen descubrir que aprenden a comunicarse con todo su equipo de manera más eficaz.

La escasez económica no fue un problema insuperable para nosotros. Neil siempre me animó y apoyó: me tranquilizaba cuando me sentía frustrado o triste y me animaba a pensar positivamente acerca del futuro. En las Navidades del 2001 conocí a sus padres y a su familia. Yo estaba muy nervioso, pero Neil no dejó de repetirme que no tenía nada de lo que preocuparme. Fuimos hasta casa de sus padres, no lejos de la nuestra, y al abrir la puerta nos recibió su madre, que me invitó a pasar y me presentó al resto de los miembros de la familia de Neil: el padre, el hermano, la cuñada y la sobrina pequeña. Todo el mundo estaba contento y yo me sentí tranquilo y feliz. La comida fue abundante y sabrosa, y estuvo seguida de un intercambio de tarjetas y regalos. Al día siguiente, Neil nos llevó hasta Londres

para visitar a mi familia, pues en esta ocasión le tocaba a él conocer a mis padres, hermanos y hermanas, que estaban deseando conocerle. El apoyo por parte de ambas familias significó mucho tanto para Neil como para mí mismo.

El verano siguiente nos trasladamos a un pueblecito rural y costero, Herne Bay, cerca de la histórica ciudad de Canterbury. Trasládarse de casa siempre es una experiencia estresante en la vida de una persona, y para mí no fue diferente. Las primeras semanas después de empezar a vivir en nuestro nuevo hogar fueron muy molestas, con muebles, pintura y cajas por toda la casa y pocas oportunidades para descansar y relajarse. Cuando Neil estaba ocupado con algo práctico, yo ayudaba preparando la comida y el té, y buscando por la casa todo aquello que él necesitaba. Eso me ayudaba a olvidar la ansiedad que experimentaba, centrándome en lo que podía hacer en lugar de preocuparme por lo que no podía. Era muy emocionante presenciar la transformación de una casa en un hogar.

Me sentía muy afortunado al contar con un grupito de buenos amigos. Gracias al correo electrónico podía mantenerme en contacto regular o irregular con amigos distantes, como Rehan y Birute. Las amistades más recientes han sido en cierto modo «accidentales», como maravillosos regalos sorpresa. Por ejemplo, uno de mis mejores amigos actuales (Ian) fue vecino de la infancia de Neil. Un día, poco después de que nos trasladásemos a

Herne Bay, recibimos una postal de él reexpedida por los padres de Neil. Ian y Neil no se habían visto en quince años y, sin embargo, cuando le invitamos una noche, fue como si nunca se hubiesen separado. No tardamos en enterarnos de que yo tenía varias cosas en común con Ian, como nuestro amor por los libros y la historia, y desde entonces fuimos buenos amigos.

Es una maravilla cuando descubro que algunas de mis habilidades pueden ser de utilidad para mis amigos. Cuando Ian se casó hace poco con una rumana, me pidió que le ayudase a abordar la cuestión de aprender algo de la lengua materna de su esposa. A cambio, me lleva a jugar al golf los fines de semana. No soy buen jugador, aunque mi lanzamiento no está nada mal. A veces Ian se rasca la cabeza cuando me ve caminar hacia atrás en el *green* entre mi bola y el hoyo. Lo que hago es sentir la forma en que el terreno se mueve bajo mis pies; así me hago una idea de la manera en que se moverá la bola cuando la golpee. A mí me funciona.

Nuestras amistades son conscientes de mi Asperger e intentan, siempre que resulte posible, asegurarse de que me encuentre a gusto en cualquier situación social que comparta con ellos. A menudo suelen organizar reuniones que saben que me gustan tanto como a ellos. Cada año, Neil y otros amigos hacen que Ian organice una «búsqueda del tesoro» con su club de coches «Mini» y me invitan a participar. A cada equipo se le da una lista de pistas y preguntas que se van solucionando al conducir

hasta determinados lugares señalados en un mapa, donde se halla la respuesta. Por ejemplo, una pista puede decir: «Alojamiento de equinos jóvenes», cuya respuesta aparecerá revelada tras llegar a un *pub* llamado *Colt's House* (Dehesa potril). Mientras Ian conduce, Neil va leyendo las indicaciones y yo ayudo a encontrar y desentrañar las respuestas a las preguntas. Es estupendo poder hacer algo en lo que todo el mundo disfruta por diferentes razones.

Siempre que visitamos a Ian y a su esposa Elaine (o al otro Ian y a su esposa Ana) solemos jugar después de cenar, a las cartas o al *Trivial*. Neil dice que es de buena educación dejar ganar a tus anfitriones, pero yo no lo comprendo. ¿Por qué no contestar a una pregunta cuya respuesta sabes?

Me encantan los acertijos y disfruto mirando programas de televisión como *¿Quiere ser millonario?* Por lo general, conozco la respuesta a la mayoría de las preguntas, pero tengo mis puntos débiles, como deportes y novelas de ficción. Mis preguntas favoritas son las que incluyen fechas («¿Qué año se celebró el Campeonato Mundial de Snooker en el Crucible Theatre?». Respuesta: «1977»), o cronología («Coloque estos cuatro acontecimientos históricos en el orden en que tuvieron lugar»).

Poco después de mi traslado a Herne Bay, Neil y yo decidimos trabajar juntos en una idea que se me había ocurrido: crear un sitio web educativo, con cursos en la

red para estudiantes de idiomas. Neil, con su trabajo informático, se ocupaba de todos los detalles técnicos, mientras que yo escribía el contenido de la página y los cursos. Tras pensar un poco en ello, elegí el nombre de «Optimnem» para el sitio, a partir de Mnemosine, la inventora de las palabras y el lenguaje en la mitología griega. Los estudiantes recibían cada lección por correo electrónico, junto con audioclips grabados por hablantes nativos, muchos ejemplos escritos acerca del idioma, y ejercicios para ayudar a practicar y revisar cada paso. Al crear cada uno de los cursos tuve que echar mano de mi experiencia como profesor en Lituania y como tutor a fin de poder concentrarme en las partes del aprendizaje de lenguas que suele costarle más a la gente. Quería crear cursos que reflejasen mis propias experiencias personales como estudiante autista. Por esas razones, cada uno de ellos consta de «trozos» de información fácilmente asimilables. Las lecciones evitan lenguaje técnico del tipo «nominativo» y «genitivo» o «conjugación verbal», y en lugar de ello intentan explicar cómo cambian las palabras, dependiendo por ejemplo de su situación en una frase, mediante un lenguaje sencillo y claro. Utilizar muchos ejercicios escritos también significa que los estudiantes pueden ver el funcionamiento del idioma en varias situaciones diferentes; resulta más fácil recordar vocabulario nuevo cuando se presenta visualmente y en un contexto. Lanzamos la página web en septiembre del 2002 y fue un éxito, con miles de estudiantes de todas las

edades y de todo el mundo, y millones de visitas. Optimnem está ahora en su cuarto año y es miembro de la Red Nacional de Aprendizaje de Gran Bretaña, un portal financiado por el gobierno que proporciona «la entrada a un valioso contenido educativo en Internet».

El éxito de la página web significó que yo ya trabajaba y ganaba dinero, algo de lo que me sentí orgulloso e ilusionado. También estaba la ventaja de poder trabajar en casa, que es estupendo para mí a causa de la ansiedad que puedo llegar a sentir cuando me hallo en un entorno que no puedo controlar y en el que no me encuentro a gusto. Estoy encantado de ser autónomo, aunque, claro está, no es una elección fácil y puede ser muy difícil llegar a ser económicamente independiente.

Neil también trabaja en casa, y sólo tiene que desplazarse a su oficina de Ramsgate una vez a la semana. En un típico día de trabajo, me siento frente a mi ordenador en la mesa de la cocina, en la parte de atrás de la casa, con una hermosa vista del jardín; Neil trabaja en el despacho (un dormitorio reformado) que tenemos arriba. Si necesito algún consejo acerca de algo relacionado con el sitio web, sólo tengo que subir las escaleras y preguntárselo. Vernos tanto es muy bueno, aunque sé que no funciona en todas las relaciones. Comemos juntos y charlamos mientras tomamos unos bocadillos o una sopa, que yo mismo preparo. A Neil le gusta compartir de vez en cuando mis obsesivas rutinas cotidianas: tomar el té conmigo a la misma hora cada día,

por ejemplo. Después de trabajar, preparamos juntos la cena, lo que nos da la oportunidad de relajarnos y pensar en otras cosas.

Siempre me han gustado los animales, desde mi fascinación infantil por las mariquitas hasta los programas sobre fauna en la televisión. Creo que una razón de ello es que suelen ser más pacientes y tolerantes que muchas personas. Desde que me fui a vivir con Neil he pasado muchos ratos con su gata, Jay. Por entonces tenía menos de dos años y era muy distante; prefería pasar su tiempo sola, recorriendo los jardines del vecindario y refunfuñando siempre que Neil trataba de acariciarla o agarrarla. En esa época, Neil solía trabajar en la oficina y estaba fuera de casa casi todo el día. Antes de mi llegada, Jay había pasado sola muchas horas durante sus primeros años de vida. Debió de ser toda una sorpresa para ella y también una conmoción ver que ahora tenía compañía durante todo el día. Al principio no intenté tomarla ni acercarme a ella, porque sabía que era muy cautelosa y que no estaba acostumbrada a la gente. Por tanto, esperé a que despertase su curiosidad natural y no tardó en acercarse tímidamente a mí cuando me hallaba sentado en la sala de estar, husmeándome los pies y las manos si los ponía a su altura para frotarse la nariz en ellos. Con el tiempo, Jay empezó a pasar cada vez más ratos en casa. Cuando entraba, me arrodillaba hasta poner mi rostro a su altura, y lentamente extendía la mano alrededor de su cabeza y la acariciaba de la misma

manera que la había visto limpiarse el pelo del lomo con la lengua. Luego comenzaba a ronronear, y abría y cerraba los ojos somnolienta, y entonces yo sabía que me había ganado su afecto.

Jay era una gata muy lista y sensible. A veces me tendía en el suelo para que ella se sentase en mi pecho o estómago y echase una cabezada. Antes de sentarse me daba unos amables golpecitos con las garras. Se trata de un comportamiento normal en los gatos, conocido como «hollar» o «remar» y se cree que indica satisfacción. Las razones de ese comportamiento no están claras, aunque la acción imita la forma en que un gatito utiliza sus garras para estimular el flujo de leche de la teta de su madre. Una vez que Jay se sentaba encima de mí, yo cerraba los ojos y respiraba más despacio, para que creyese que también dormía. Entonces se sentía segura, porque sabía que yo no iba a realizar ningún movimiento brusco, y se relajaba. Solía llevar jerséis gruesos y ásperos, incluso cuando hacía calor, porque sabía que Jay prefería su textura a la de las camisetas y otras prendas.

A pesar de todo su afecto, a veces Jay se mostraba distante e indiferente respecto a nosotros, sobre todo con Neil, algo que yo sabía que le molestaba enormemente. Le sugerí que tal vez necesitaba un compañero, otro gato con el que interactuar de manera regular. Yo tenía la esperanza de que Jay aprendería a ser más sociable y que sería más accesible. Leímos los anuncios en el periódico local y encontramos uno del dueño de una gata que había

tenido gatitos hacía poco. Telefoneamos y concertamos una cita para ir a verlos. Cuando al día siguiente llegamos a la casa, nos dijeron que ya habían vendido varios y que quedaban sólo unos pocos. Señalé uno, una gatita diminuta, tímida y negra, y me dijeron que nadie había mostrado ningún interés en ella, porque era negra. Acordamos rápidamente llevarla a casa con nosotros y le pusimos el nombre de Moomin. Al principio, como cabía esperar, Jay no acababa de ver claro el papel de su nueva hermana, y le bufaba y gruñía en cuanto tenía oportunidad. Sin embargo, con el paso del tiempo dejó de hacerlo y empezó a mostrarse más tolerante con su presencia. Lo que resultó más alentador fue su gradual pero definitivo cambio de humor: se tornó mucho más afectuosa, deseosa de que la tomasen en brazos, y mucho más feliz, con largos y sonoros ronroneos y ganas de jugar con Moomin y con nosotros. Siempre que nos veía lanzaba un delicioso sonido «brrrp» a lo cual yo contestaba poniéndome a su altura y frotando mi cara contra el pelo de la suya.

En el verano del 2004 celebramos el quinto cumpleaños de Jay, ofreciéndole un banquete y algunos juguetes. No obstante, su apetito y energía parecían haber disminuido, lo que achacamos al calor que hacía. Solía sentarse o dormir debajo de una cama, una mesa o el toallero del baño. Yo comprendía muy bien ese comportamiento porque de niño también me metía debajo de la cama o de una mesa para calmarme y sosegarme.

Pero Jay comenzó a hacerlo cada vez más, apartándose de nosotros. Luego llegó la enfermedad. Vomitaba a menudo, pero sólo líquido. Al principio fue una molestia, pero luego nos empezó a preocupar. Había perdido peso y caminaba lentamente por casa. Neil la llevó al veterinario, donde se quedó para hacerle unos análisis y pruebas. Nos dijeron que Jay padecía una infección hepática, algo muy raro en una gata tan joven, y que debía quedarse allí unos días para ser sometida a tratamiento. Llamábamos cada día para enterarnos de su estado, y se nos dijo que permanecía estable. Más tarde, una semana después de haberla llevado, recibimos una llamada del veterinario, que nos dijo que Jay no respondía al tratamiento y que tal vez sería buena idea que fuésemos a verla.

Fuimos de inmediato. La recepcionista nos condujo por un estrecho pasillo hasta una habitación tranquila y gris en la parte de atrás del edificio, y luego dijo que debía dejarnos solos unos minutos y desapareció. Ni siquiera entonces me di cuenta de la gravedad de la situación. Nos quedamos en medio de la habitación en silencio y entonces la vimos. Jay seguía tendida, inmóvil, gruñendo débil y repetidamente, sobre una colchoneta blanca y rodeada de tubos de plástico. Me acerqué a ella vacilante, estiré el brazo y la acaricié. Tenía el pelo graso, y estaba delgada y macilenta. De repente, como una ola que golpease una roca invisible, sentí una gran emoción, demasiado intensa para poder contenerla. Tenía el rostro

húmedo y supe que estaba llorando. Neil se acercó y la miró, también lloroso. Entró una enfermera y nos dijo que hacía todo lo posible, pero que la enfermedad de Jay era muy rara y grave. Regresamos a casa y volvimos a llorar uno sobre el hombro del otro. Al día siguiente, Neil recibió una llamada que le comunicó el fallecimiento de Jay. Lloramos mucho más en los días siguientes, y la conmoción de perder a alguien tan querido fue repentina y profunda. Fue incinerada y enterramos sus cenizas en el jardín, señalando el lugar con un monumento de piedra, donde se leía: «Jay 1999 - 2004. Presente en nuestros corazones».

Ninguna relación está exenta de problemas y eso es algo que se hace especialmente evidente cuando una de las dos personas padece un trastorno autista. No obstante, creo que para el éxito de cualquier relación importa más el amor que el hecho de ser compatibles. Cuando quieres a alguien, todo es virtualmente posible.

Se dan situaciones aparentemente triviales, como que se caiga una cuchara al suelo mientras se lavan los platos cuando siento un «colapso» y necesito tiempo para calmarme antes de poder continuar. Incluso puedo llegar a sentirme superado por una pequeña y repentina pérdida de control, sobre todo cuando interfiere con el ritmo de una de mis rutinas. Neil ha aprendido a no intervenir y a dejar pasar ese tipo de situaciones, que no duran mucho, y su paciencia me ayuda enormemente. Gracias a su

apoyo y comprensión, esas crisis se han ido espaciando y se han hecho menos frecuentes.

Hay otras situaciones que pueden provocarme elevados niveles de ansiedad, como por ejemplo cuando un amigo o un vecino deciden venir a vernos inesperadamente. Aunque me siento feliz de que vengan, también me noto tenso y algo aturdido, porque significa que debo cambiar el programa que he diseñado en mi cabeza para ese día y alterar mis planes, lo que me perturba. Una vez más, Neil me da confianza y trata de tranquilizarme.

Las situaciones sociales pueden representar graves problemas para mí. Si salimos a comer a un restaurante, prefiero sentarme en una mesa en un rincón o contra la pared, de manera que no me encuentre rodeado de más gente. Durante una de nuestras visitas a un restaurante local, nos hallábamos hablando y comiendo tranquilamente cuando de repente me llegó el olor de un cigarrillo. No acerté a ver de dónde venía y no lo había previsto, lo que me hizo sentir muy inquieto. Neil se da cuenta de ese tipo de situaciones porque ya las ha presenciado en numerosas ocasiones: abandono el contacto visual y me torno monosilábico. No hay remedio, y lo único que podemos hacer es acabar de comer y marcharnos lo antes posible. Me siento afortunado de poder pasar juntos tanto tiempo en casa y de que no necesitemos salir mucho. Cuando lo hacemos, generalmente vamos al cine o a un restaurante tranquilo.

Nuestras conversaciones pueden ser problemáticas a causa de las dificultades de procesamiento auditivo que a veces experimento. Por ejemplo, Neil me dice algo, a lo que asiento o digo «sí» o «vale», pero luego me doy cuenta de que no he entendido lo que me decía. Para él puede llegar a ser muy frustrante perder el tiempo explicándome o contándome algo importante para mí, para acabar dándose cuenta de que no lo he captado. El problema es que no me doy cuenta de que no escucho lo que me dice. Suelo escuchar fragmentos de cada frase, que mi cerebro une automáticamente para encontrar un sentido. No obstante, al perderme palabras clave no acabo de comprender lo que me está diciendo. Asentir y decir cosas como «vale» cuando alguien me habla ha pasado a ser con el tiempo mi manera de permitir que fluya la comunicación entre alguien más y yo, sin que la otra persona tenga que detenerse y repetir continuamente. Aunque esa táctica me funciona la mayor parte del tiempo, me he dado cuenta de que no es apropiada en una relación. En lugar de ello, Neil y yo hemos aprendido a perseverar cuando hablamos entre nosotros. Yo le presto toda mi atención mientras me habla y le hago saber si hay alguna palabra o palabras que deba repetir. De esa manera, ambos podemos estar seguros de que estamos entendiendo perfectamente al otro.

De adolescente odiaba tener que afeitarme. Las cuchillas resbalaban y acababan cortándome la cara mientras me afanaba en mantener sujeta la maquinilla con

una mano, sosteniéndome la cabeza con la otra. Solía costarme más de una hora, y acababa con la piel enrojecida e irritada. Resultaba tan incómodo que me rasuraba lo menos posible, a veces incluso durante meses, hasta que mi barba incipiente me irritaba tanto la piel que debía afeitarme. Al final acabé haciéndolo un par de veces al mes, fastidiando a mis hermanos y hermanas al ocupar durante mucho rato el cuarto de baño. Ahora, Neil me afeita cada semana con una maquinilla eléctrica que recorta la barba de manera rápida e indolora.

Ser demasiado sensible a ciertas sensaciones físicas afecta a la manera en que Neil y yo nos expresamos nuestro cariño e intimidad. Por ejemplo, para mí la luz me resulta incómoda —como un dedo tocándome el brazo— y así tuve que explicárselo a Neil a causa de la manera en que me retorció cuando todo lo que él trataba de hacer era demostrarme su cariño. Por fortuna, no tengo ningún problema para tomarnos de las manos o para que Neil me rodee con el brazo.

Durante los años que llevamos juntos he aprendido muchas cosas de él, así como de la experiencia de amarle y de compartir nuestras vidas. El amor me ha cambiado, abriéndome más a los demás y haciéndome más consciente del mundo que me rodea. También me ha proporcionado más confianza en mí mismo y en mi capacidad de crecer y realizar progresos cada día. Neil forma parte de mi mundo, una parte de lo que me hace

ser «yo», y ni por un momento podría imaginarme la vida sin él.

9



Don de lenguas

Los idiomas siempre me han fascinado y ahora, tras haberme instalado en mi nuevo hogar y creado la página web, puedo empezar a pasar más tiempo trabajando en ellos. El primer idioma que estudié después del lituano fue el español. Mi interés por él surgió tras tener una conversación con la madre de Neil, en la que me habló de las vacaciones que la familia había pasado en diversas partes de España y mencionó que había ido aprendiendo el idioma a lo largo de bastantes años. Le pregunté si tenía algún libro que pudiera prestarme y encontró un

ejemplar de la serie *Enséñate a ti mismo*, que me llevé y leí. Al cabo de una semana volví a visitar a los padres de Neil y le devolví el libro a su madre. Cuando empecé a hablar fluidamente con ella en español, no daba crédito.

Utilicé un método parecido para aprender rumano, cuando mi amigo Ian me pidió consejo sobre cómo aprenderlo para comunicarse mejor con su nueva esposa, Ana, en su lengua materna. Completé mi lectura con una edición en rumano en la red del clásico de Saint-Exupéry, *Mircul Print (El principito)*.

Mi último proyecto en el aprendizaje de idiomas es el galés, una lengua hermosa y diferente que escuché y visualicé por primera vez con Neil en una pequeña población del norte de Gales, en Blaenau Ffestioniog, en las montañas de Snowdonia. Muchos de los pobladores de esa región hablan galés como primera lengua (en total, en Gales una de cada cinco personas habla galés), y fue el único idioma que oí hablar en muchos de los lugares que visitamos.

El galés posee algunas características únicas entre todos los idiomas que he estudiado. Las palabras que empiezan con ciertas consonantes a veces cambian sus primeras letras, dependiendo de cómo se utilizan en una frase. Por ejemplo, la palabra *ceg* (boca), cambia a *dy geg* (tu boca), *fy ngheg* (mi boca) y a *ei cheg* (la boca de ella). El orden de los vocablos también es poco usual, pues el verbo es lo primero en una frase: *Aeth Neil i Aberystwyth* («Neil fue a Aberystwyth», literalmente: «Fue Neil a

Aberystwyth»). Para mí, lo más difícil al aprender galés ha sido la pronunciación de algunos sonidos, como «ll», que es como poner la lengua adoptando la posición para pronunciar la letra «l», tratando de decir la «s».

Un recurso muy valioso ha sido el canal de televisión en galés S4C, que puedo ver gracias a mi plataforma digital. La programación es variada e interesante, e incluye desde la serie *Pobol y Cwn* (*Gente del valle*) hasta las *newyddion* (noticias). Ha demostrado ser una ayuda excelente para mejorar mi comprensión y pronunciación.

La relación que tengo con un idioma es bastante estética; algunas palabras y combinaciones de palabras me resultan especialmente bellas y estimulantes. A veces leo una frase en un libro una y otra vez, sólo por la manera en que las palabras me hacen sentir interiormente. Los sustantivos son mi tipo de palabra favorito, porque me resultan mucho más fáciles de visualizar.

Cuando aprendo un idioma hay algunas cosas que considero herramientas imprescindibles. La primera es un buen diccionario. También necesito varios textos en ese idioma, como libros infantiles, cuentos y artículos de prensa, porque prefiero aprender palabras integradas en frases a fin de ayudarme a captar cómo funciona el idioma. Cuento con una memoria visual excelente, y cuando leo un término o frase, cierro los ojos y los veo en mi cabeza, pudiendo recordarla perfectamente. Mi memoria funciona peor si sólo puedo escuchar la palabra

o frase, sin verla. Conversar con hablantes nativos ayuda a mejorar el acento, la pronunciación y la comprensión. No me importa cometer errores pero me esfuerzo en no volver a cometerlos una vez que me los han señalado.

Todo idioma puede convertirse en trampolín de otro. Cuantos más idiomas se hablan, más fácil es aprender otro nuevo. Y es así porque son un poco como las personas: pertenecen a «familias» de lenguas relacionadas, que comparten ciertas similitudes. Los idiomas también se influyen y se prestan palabras entre sí. Antes incluso de que empezase a estudiar rumano, ya entendía perfectamente la frase: «*Unto este un creion galben?*» («¿Dónde está el lápiz amarillo?»), debido a las similitudes con el español «¿dónde está?», el francés, «*un crayon*» (un lápiz) y el alemán «*gelb*» (amarillo).

También existen relaciones entre palabras del mismo idioma, que son específicas. Veo esas conexiones con facilidad. Por ejemplo, el islandés tiene *borð* (mesa) y *borda* (comer); en francés está *jour* (día) y *journal* (diario, periódico), y el alemán tiene *Hand* (mano) y *Handel* (oficio).

Aprender palabras compuestas puede ayudar a enriquecer el vocabulario y proporciona valiosos ejemplos acerca de la gramática de un idioma. El término alemán para «vocabulario», por ejemplo, es *Wortschatz*, que combina *wort* (palabra) y *schatz* (tesoro). En finés, pueden formarse palabras compuestas que equivalen a muchos vocablos separados de otros idiomas. Por

ejemplo, en la frase: «*Han oli talossanikin*» («Él también estuvo en casa»), la última palabra —*talossanikin*— está compuesta de cuatro partes distintas: *talo* (casa) + *-ssa* (en) + *-ni* (mi) + *-kin* (también).

Algunos aspectos del lenguaje me parecen más difíciles que otros. Las palabras abstractas me resultan menos fáciles de comprender y en mi cabeza guardo una imagen de cada una que me ayuda a deducir el significado. Por ejemplo, la expresión «complejidad» me hace pensar en una trenza de cabello, muchos mechones entretejidos formando un todo. Cuando leo o escucho que algo es complejo me lo imagino con muchas partes distintas que necesitan unirse para alcanzar una respuesta. De igual manera, la palabra «triunfo» crea la imagen en mi mente de un gran trofeo dorado, como los que se ganan en los grandes eventos deportivos. Si oigo hablar acerca del «triunfo electoral» de un político, me imagino al político sosteniendo una copa por encima de su cabeza, como el capitán del equipo vencedor de la final del mundial de fútbol. Con el término «frágil» pienso en cristal; me imagino una «paz frágil» como una paloma de cristal. La imagen que veo me ayuda a comprender que la paz puede saltar en pedazos en cualquier momento.

Algunas estructuras de frases pueden resultarme especialmente difíciles de analizar, como: «No es un inexperto en esas cuestiones», donde las dos partículas negativas («no» e «-in») se eliminan entre sí. Sería mucho mejor si la gente dijese: «Tiene experiencia en

esas cuestiones». Otro ejemplo es cuando una frase empieza con: «¿No le...?», como en: «¿No le parece que deberíamos ir ahora?», o: «¿No le apetece un helado?». Me confunde mucho, y me empieza a doler la cabeza, cuando no está claro si el que hace la pregunta quiere decir: «¿Le apetece un helado?» o: «¿Es cierto que no quiere un helado?»; es posible contestar ambas preguntas con un «sí», y no me gusta que la misma palabra tenga dos sentidos totalmente distintos.

De niño, el lenguaje idiomático me pareció especialmente complejo. Describir a alguien *under the weather* (literalmente «bajo la influencia del tiempo»; el significado en español es estar «pachucho») me resultaba muy extraño, porque pensé que a todos nos influía el tiempo. Otro dicho que me dejaba perplejo era el que empleaban mis padres cuando excusaban el comportamiento hosco de uno de mis hermanos diciendo: «Se ha levantado con el pie izquierdo». «¿Por qué no se ha levantado con el derecho?», preguntaba yo.

En los últimos años, los especialistas se han ido interesando cada vez más en el estudio de las experiencias sinestésicas en el lenguaje, como las mías, a fin de descubrir más sobre el fenómeno y sus orígenes. El profesor Vilayanur Ramachandran, del Centro de Estudios Cerebrales de San Diego, California, lleva investigando la sinestesia desde hace más de una década y cree que podría existir una relación entre la base neurológica de las experiencias sinestésicas y la

creatividad lingüística de poetas y escritores. Según un estudio, esa dolencia es siete veces más común entre las personas creativas que en la población general.

En particular, el profesor Ramachandran señala la facilidad con la que los escritores creativos inventan y utilizan las metáforas —una forma de lenguaje donde la comparación se realiza entre dos cosas aparentemente no relacionadas— y lo compara con el vínculo existente entre entidades aparentemente no relacionadas, como colores y palabras, formas y números, en la sinestesia.

Algunos científicos consideran que conceptos de alto nivel (incluyendo números y lenguaje) se hallan anclados en regiones específicas del cerebro y que la sinestesia podría estar causada por un exceso de comunicación entre esas diferentes regiones. Ese «cableado cruzado» podría conducir tanto a la sinestesia como a una propensión a vincular ideas aparentemente inconexas.

William Shakespeare, por ejemplo, utilizaba frecuentemente metáforas; muchas de ellas sinestésicas, implicando un vínculo con los sentidos. Por ejemplo, en *Hamlet* hace decir al personaje de Francisco que hace un «*bitter cold*» (literalmente «frío amargo»; en español «frío glacial»), combinando la sensación de frío con el sabor amargo. En otra obra, *La tempestad*, va más allá de las metáforas que únicamente implican a los sentidos y vincula las experiencias concretas con ideas más abstractas. Su expresión: «Esta música se deslizó junto a mí sobre las aguas» relaciona la «música» abstracta con

la acción de deslizarse. El lector puede imaginarse la música —algo por regla general muy difícil de concebir mentalmente— como un animal en movimiento.

Pero no sólo la gente muy creativa establece esas conexiones. Todo el mundo lo hace; todos nos apoyamos en la sinestesia en mayor o menor grado. En su libro *Metaphors We Live By*, el investigador del lenguaje George Lakoff y el filósofo Mark Johnson afirman que las metáforas no son construcciones arbitrarias, sino que siguen pautas específicas, que a su vez estructuran el pensamiento. Ofrecen como ejemplo expresiones que indican los vínculos feliz = arriba y triste = abajo: «*Estoy de subidón*», «*me levantó el ánimo*», «*qué bajón*», «*tiene la moral por los suelos*» y entre más = arriba y menos = abajo: «*Me subieron el sueldo el año pasado*», «*el número de errores es muy bajo*». Lakoff y Johnson sugieren que muchas de esas pautas emergen como resultado de nuestras experiencias físicas cotidianas; por ejemplo, el vínculo triste = abajo puede estar relacionado con la manera en que la postura se «encorva» cuando una persona se siente triste. De igual modo, el vínculo más = arriba podría provenir del hecho de que cuando añades un objeto o sustancia a un contenedor o montón, el nivel sube.

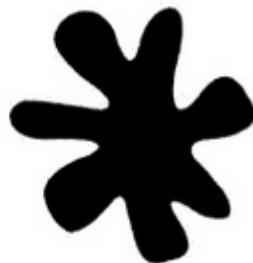
Otros investigadores del lenguaje han señalado que algunas de las características estructurales de muchas palabras que normalmente no se asocian con ninguna función, como grupos de fonemas iniciales, tienen un

efecto apreciable en el lector oyente. Por ejemplo, con «sl» tenemos: *slack, slouch, sludge, slime, slosh, sloppy, slug, slut, slang, sly, slow, sloth, sleepy, slipshod, slovenly, slum, slobber, slur, slog* (flojo, perezoso, lodo, fango, desastrado, babosa, fulana, jerga, furtivo, lento, indolencia, adormecido, desaliñado, dejado, pocilga, babear, mancha, sudar tinta)...; todas esas palabras tienen connotaciones negativas y algunas son especialmente peyorativas.

La idea de que ciertos tipos de sonidos «encajan» mejor con determinados objetos que con otros se remonta a la antigua Grecia. Una ilustración obvia de ello es la onomatopeya, un tipo de palabra que suena como aquello que describe (guau, tictac, run-run, etc.). En una prueba llevada a cabo por investigadores en la década de 1960, se crearon palabras artificiales utilizando determinadas letras y combinaciones de letras que se consideraba que podían relacionarse con sensaciones positivas o negativas. Tras escuchar los términos inventados, a los participantes en la prueba se les pidió que relacionasen palabras inglesas que designaban sensaciones agradables o desagradables con una u otra de las palabras inventadas. Las correspondencias fueron más frecuentes de lo que podría achacarse al azar.

Este tipo de lenguaje sinestésico latente en virtualmente todas las personas también puede comprobarse en un experimento que en principio se realizó en la década de 1920, que investigaba una posible

relación entre pautas visuales y las estructuras sonoras de las palabras. El investigador, Köhler, utilizó dos formas visuales arbitrarias, una redondeada y suave, y la otra afilada y angulosa, e inventó dos palabras para designarlas: *takete* y *maluma*. A los participantes en el experimento se les pidió que identificasen las formas de *takete* y de *maluma*. La gran mayoría asignó *maluma* a la forma redondeada y *takete* a la angular. Recientemente, el equipo del profesor Ramachandran ha replicado los resultados de esta prueba utilizando los vocablos inventados *bouba* y *kiki*. El 95% de los preguntados pensaron que la forma redondeada era una *bouba* y que la angulosa era un *kiki*. Ramachandran sugiere que la razón para ello es que los cambios angulosos en la dirección visual de las líneas de la figura *kiki* imitan las agudas inflexiones fonémicas del sonido de la palabra, así como la aguda inflexión de la lengua sobre el paladar.



El profesor Ramachandran cree que esta conexión sinestésica entre nuestros órganos auditivo y visual fue un importante primer paso en la creación de palabras por

parte de los primeros seres humanos. Según esta teoría, nuestros antepasados habrían empezado a hablar utilizando sonidos que evocaban al objeto que querían describir. También señala que los movimientos labiales y linguales pueden estar sinestésicamente vinculados a los objetos y sucesos a los que hacen referencia. Por ejemplo, las palabras que hacen referencia a algo pequeño suelen implicar realizar un pequeño sonido sinestésico «i» con los labios y estrechar el tracto vocal: pequeñito, minúsculo, diminuto, chico... Mientras que puede aplicarse lo contrario a palabras que denotan algo grande o enorme. Si la teoría fuese correcta, eso significa que el lenguaje emergió del vasto surtido de conexiones sinestésicas del cerebro humano.

Una cuestión interesante que los investigadores del lenguaje están empezando a explorar es si mi habilidad con los idiomas puede o no ampliarse a otras formas de lenguaje, como el gestual. En el 2005 participé en un experimento desarrollado por Gary Morgan, del Departamento de Lenguaje y Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Londres. El doctor Morgan es un investigador del British Sign Language (BSL, lenguaje gestual británico), el lenguaje de señas utilizado en el Reino Unido y el preferido o más empleado por alrededor de 70 000 sordos o personas con incapacidades auditivas del país.

Muchos miles de personas que oyen también utilizan el BSL, que es un lenguaje visual/espacial que utiliza las

manos, el cuerpo, el rostro y la cabeza para transmitir un significado. La prueba pretendía comprobar si yo podía aprender palabras con signos con tanta rapidez y facilidad como las escritas o habladas. Un gesticulador se sentó frente a mí junto a una mesa y produjo un total de sesenta y ocho gestos distintos. Tras cada uno de ellos me mostraban una página con cuatro ilustraciones y me pedían que indicase la que pensaba que mejor describía el signo o gesto que me acababan de mostrar. Las palabras gestualizadas variaban de significado, desde la sencilla «sombrero» a signos más difíciles para conceptos como «restaurante» o «agricultura». Fui capaz de identificar correctamente dos terceras partes de los signos a partir de las elecciones que me presentaron y se llegó a la conclusión de que contaba con una «muy buena aptitud gestual». Los investigadores planean ahora enseñarme el BSL utilizando clases particulares con un profesor gesticulador a fin de comparar mi captación del lenguaje con la de otros que ya conozco.

El esperanto es otro tipo muy distinto de lenguaje. Leí por primera vez la palabra «esperanto» hace muchos años en un libro de la biblioteca, pero sólo tras adquirir mi primer ordenador me enteré de más cosas al respecto. Lo que más me atrajo de él es que su vocabulario es una mezcla de varios idiomas, sobre todo europeos, mientras que su gramática es coherente y lógica. Empecé a *esperantigis* (a hablar esperanto) muy rápidamente, tras

leer varios textos en la red en ese idioma y escribiéndome con otros hablantes de esperanto de todo el mundo.

El esperanto (la palabra significa «el que espera») fue creación del doctor Ludovic Lazarus Zamenhof, un oculista de Bialystok, en la actual Polonia. Publicó su idioma por primera vez en 1887 y el primer congreso mundial de «esperantistas» se celebró en Francia en 1905. El deseo de Zamenhof fue crear un idioma universal fácil de aprender que ayudase a fomentar el entendimiento universal. En la actualidad se calcula que hay entre 100 000 y un millón de hablantes de esperanto en el mundo.

La gramática de esta lengua cuenta con varias características interesantes. La primera es que las diferentes partes de la oración están señaladas mediante sus propios sufijos: todos los sustantivos finalizan en *-o*, todos los adjetivos en *a*, los adverbios en *e* y los infinitivos en *i*. Por ejemplo, *rapido* se traduciría como «velocidad», *rapida* como «veloz», *rapide* como «rápidamente» y *rapidi* como «apresurarse».

Los verbos no cambian con el sujeto, como la mayoría de los idiomas naturales: *mi estas* (yo soy), *vi estas* (tú eres), *li estas* (él es), *ŝi estas* (ella es), *ni estas* (nosotros somos), *ili estas* (ellos son). Los verbos de tiempos pasados siempre acaban en «is»: *mi estis* (yo era), y los futuros en «os»: *vi estos* (tú serás).

Muchas de las palabras del esperanto se forman utilizando afijos: el final «ejo», por ejemplo, significa

«lugar», como en *lernejo* (escuela), *infanejo* (guardería) y *trinkejo* (bar). Otro sufijo muy utilizado es «ilo», que significa «herramienta» o «instrumento» y que se encuentra en palabras como *hakilo* (hacha), *flugilo* (ala) y *sercilo* (motor de búsqueda).

Tal vez la característica más famosa de la gramática del esperanto sea su utilización del prefijo «mal» para indicar lo contrario de algo. Esta característica se emplea mucho en el idioma: *bona* (bueno) - *malbona* (malo), *rica* (rico) - *malrica* (pobre), *granda* (grande) - *malgranda* (pequeño), *dekstra* (derecha) - *maldekstra* (izquierda), *fermi* (cerrar) - *malfermi* (abrir), *amiko* (amigo) - *malamiko* (enemigo).

La creación y uso de modismos suele desanimarse en el esperanto, aunque existen ejemplos de «argot esperanto». A un principiante en el aprendizaje del idioma se le podría llamar *fresbakito*, del alemán *frischgebacken* (recién hecho), cuando la palabra normal en esperanto sería un *komencanto* (principiante). Un ejemplo de eufemismo en esperanto es *la necesejo* (el lugar necesario) para hacer referencia a los aseos.

Tony Attwood, psicólogo clínico y autor de *Asperger's Syndrome: A Guide for Parents and Professionals*, señala que algunos individuos con Asperger tienen la capacidad de crear su propia forma de lenguaje (conocido como «neologismos»). Ofrece como ejemplos la descripción del tobillo de una chica como «la muñeca de mi pie» y de los cubitos de hielo como

«huesos de agua». El doctor Attwood describe esta capacidad como: «Uno de los aspectos más cautivadores y genuinamente creativos del síndrome de Asperger». Tras el nacimiento de mis hermanas gemelas me inventé la palabra «billizas» para describirlas, partiendo de que una bicicleta tiene dos ruedas y un triciclo tres, y que la palabra para tres bebés nacidos al mismo tiempo es trillizos. Otro de los neologismos de mi infancia fue «cochenata», que significaba salir a dar un largo paseo (una caminata) con un bebé en un cochecito de niño, algo que mis padres hacían a menudo.

De niño y durante varios años acaricié la idea de crear mi propio lenguaje, para aliviar la soledad que solía sentir y disfrutar de la delicia que experimentaba con las palabras. A veces, cuando sentía una emoción especialmente intensa o experimentaba algo que me parecía muy hermoso, se formaba de manera espontánea un término nuevo en mi mente para expresarlo, aunque no tenía ni idea de dónde provenía. Por el contrario, el lenguaje de mis compañeros escolares, los niños del patio, e incluso el de mis hermanos y hermanas, me parecía muy irritante y confuso. Se burlaban regularmente de mí por utilizar frases largas, cuidadas y muy formales. Cuando intentaba decir una palabra de mi creación en una conversación, cuando quería expresar algo de lo que sentía o experimentaba interiormente, rara vez se comprendía. Mis padres me desanimaban para que no «hablase de esa manera tan rara».

Continué soñando que un día hablaría un idioma que sería sólo mío, que no se burlarían de mí ni me regañarían por utilizarlo y que expresaría algo de lo que era ser yo. Tras dejar la escuela descubrí que contaba con el tiempo suficiente para empezar a desarrollar en serio esa idea. Escribía palabras en trozos de papel según se me ocurrían y experimenté con diversos métodos de pronunciación y construcción de frases. Llamé «mänti» a mi idioma, de la palabra finesa *mänty*, que significa «pino». Los pinos son árboles que viven en gran parte del hemisferio norte y especialmente numerosos en zonas de Escandinavia y la región báltica. Muchas de las palabras mänti son de origen escandinavo o báltico. Esa es otra de las razones del nombre: los pinos suelen crecer juntos en gran número, y simbolizan amistad y comunidad.

El mänti es un proyecto en curso con una gramática desarrollada y un vocabulario que cuenta con más de mil palabras. Ha atraído el interés de varios especialistas en lenguaje que creen que podría ayudar a arrojar luz sobre mis capacidades lingüísticas.

Una de las cosas que más me gusta de jugar con el lenguaje es crear nuevas palabras e ideas. En mänti intento conseguir que los términos reflejen las relaciones entre distintas cosas: *hamma* (diente) y *hemme* (hormiga, un insecto mordedor), o *rât* (cable) y *râtio* (radio), por ejemplo. Algunas palabras cuentan con varios significados relacionados: *puhu*, por ejemplo, puede significar «viento», «respiración» o «espíritu».

En mänti abundan las palabras compuestas: *puhekello* (teléfono; literalmente «hablar-campana»), *ilmalâv* (aeroplano; literalmente «astronave»), *tontöö* (música; literalmente «arte tonal») y *râtalö* (parlamento; literalmente «lugar de discusión») y otros ejemplos.

Los conceptos abstractos se manejan de varias maneras en mänti. Una es crear un combinado para describirlo: tardanza o demora se traduce como *kellokült* (literalmente «reloj-deuda»). Otro método es utilizar «parejas de palabras» como ocurre en las lenguas ugrofinesas como el estonio. El equivalente en mänti de «(producto) lácteo» es *pîmat kermat* (cremas de leches) y para «calzado» tenemos *koet saapat* (botas zapatos).

Aunque el mänti es muy distinto del inglés, hay bastantes palabras reconocibles para los hablantes de este último: *nekka* (cuello), *kuppi* (taza), *purssi* (cartera), *nööt* (noche) y *pêpi* (bebé) son algunos ejemplos.

El mänti existe como una expresión tangible y comunicable de mi mundo interior. Para mí, cada palabra tiene color y textura, y es una obra de arte. Cuando pienso o hablo en mänti me siento como si pintase en palabras.

10



Una buena porción del número pi

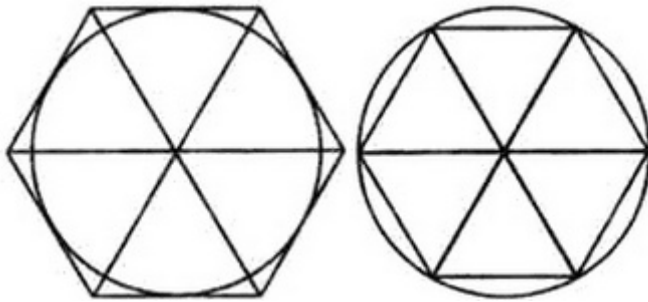
La primera vez que oí hablar del número pi fue en las clases de matemáticas del colegio. Pi —que designa la relación entre la longitud de una circunferencia y su diámetro— es el número más famoso de las matemáticas; el nombre del número proviene de la décimo sexta letra del alfabeto griego (π), y fue adoptado como símbolo por el matemático Euler en 1737. Enseguida me fascinó y aprendí todos los decimales que pude encontrar en diversos libros de la biblioteca, varios cientos de ellos. Luego, a finales del 2003, recibí una llamada de mi padre que me recordó al final de nuestra conversación que hacía ya veinte años de mis crisis infantiles. Me dijo que debía

sentirme orgulloso de los progresos que había realizado desde entonces. Pensé en ello durante bastante tiempo y decidí que quería hacer algo para demostrar que mi experiencia epiléptica infantil no me había impedido nada. Al final de esa semana me puse en contacto con el departamento de captación de fondos de la Sociedad Nacional de la Epilepsia (NSE en sus siglas en inglés), la organización benéfica dedicada a la epilepsia más importante de toda Gran Bretaña. Mi plan era aprender todos los decimales posibles del número pi en correcto orden, y recitarlos en público tres meses después, el 14 de marzo, Día Internacional de Pi (el 14 de marzo es 3/14 para los estadounidenses), que también es el cumpleaños de Einstein, a fin de ayudar a recaudar fondos para el NSE. La organización se entusiasmó con la idea y sugirió que podía intentar batir el récord europeo, por lo que fijamos un techo de 22 500 dígitos. Mientras empezaba a aprenderme la serie, el director de la organización recaudadora de fondos, Simon Ekless, organizó el escenario de la recitación, seleccionando el Ashmolean Building en el Museo de Historia de la Ciencia de Oxford, donde entre las exposiciones que se celebraban había una de las pizarras de Einstein.

Pi es un número irracional, lo que significa que no puede escribirse como una simple fracción de dos números enteros. También es infinito: los dígitos a la derecha de la coma decimal continúan infinitamente en una interminable corriente numérica, por lo que no es

posible que nadie escriba el número pi con exactitud, ni aunque tuviese un pedazo de papel tan grande como el universo para hacerlo. Por esa razón, los cálculos siempre deben utilizar aproximaciones de pi como 22 dividido por 7 o 355 dividido por 113. En matemáticas el número aparece en todo tipo de lugares inesperados, además de en círculos y esferas.

Por ejemplo, lo hace en la distribución de primos y en la probabilidad de que un alfiler que caiga en un conjunto de líneas paralelas haga intersección con una línea. Pi también aparece en el radio promedio de la longitud y la distancia directa entre fuente y desembocadura en un río serpenteante. Los primeros valores de este número sin duda fueron hallados por medición. Existen evidencias que indican que los antiguos egipcios tenían $4(\frac{8}{9})^2 = 3,16$ como un valor de pi, mientras que los babilonios utilizaban aproximaciones: $3 + \frac{1}{8} = 3,125$. El matemático griego Arquímedes de Siracusa ofreció el primer cálculo teórico del valor de pi alrededor del 250 a. de C. Determinó sus valores superior e inferior calculando los perímetros de un polígono inscrito en el interior de un círculo (que es menor que la circunferencia de un círculo) y de un polígono circunscrito fuera de un círculo (que es mayor que la circunferencia).



Doblando el número de lados del hexágono y convirtiéndolo en un dodecágono (12 lados), luego en un polígono de 24 y 48 lados, y finalmente en uno de 96 lados, Arquímedes acercó ambos perímetros cada vez más a la longitud de la circunferencia del círculo, alcanzando así su aproximación. Calculó que pi era menos de $3\frac{1}{7}$ pero mayor que $3\frac{10}{71}$. En notación decimal eso se traduce a entre 3,1408 y 3,1429 (que se redondea hasta cuatro decimales), muy cercano al valor actual de 3,1416.

En la Edad Media, el matemático alemán Ludolph van Ceulen pasó una gran parte de su vida calculando el valor numérico de pi, utilizando esencialmente los mismos métodos empleados por Arquímedes unos 1800 años antes. En 1596, dio un valor a pi de 20 decimales en su libro *Van den Circkle (En el círculo)*, que más tarde ampliaría a 35. Tras su muerte, los dígitos se grabaron en su lápida.

Matemáticos posteriores, entre ellos Isaac Newton y James Gregory, desarrollaron nuevas formas aritméticas para mejorar sus cálculos del valor de pi. En 1873, el

inglés William Shanks publicó su cálculo de pi hasta 707 decimales. Le costó más de quince años, a un promedio de cerca de un decimal por semana. Por desgracia, en la década de 1940, cuando se comprobó utilizando calculadoras mecánicas se descubrió que había cometido un error en el punto 528.º, y que todos los puntos posteriores eran erróneos.

Con la aparición de los modernos ordenadores, fue posible calcular pi hasta valores mucho más grandes que nunca antes. El primer cálculo informático de pi se llevó a cabo en 1949 con el ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Computer) —una máquina enorme que pesaba 30 toneladas y tenía el tamaño de una casita—, calculando hasta 2037 decimales en 70 horas. Desde entonces, los rápidos avances en la tecnología informática han ayudado a los investigadores a calcular pi hasta un número cada vez mayor de decimales. En el 2002, el científico informático Yasumasa Kanada y sus compañeros del Centro de Informática de la Universidad de Tokio calcularon pi hasta más de un trillón de decimales.

Con los años, muchos entusiastas de pi han intentado memorizar algunos de los decimales de su infinita cadena. El método más común utiliza frases e incluso poemas enteros compuestos con palabras cuidadosamente elegidas, con el número de letras en cada una de ellas representando los dígitos sucesivos de pi. Tal vez el

ejemplo más famoso sea el siguiente, atribuido al matemático británico sir James Jeans:

*How I want a drink,
alcoholic of course,
after the heavy lectures
involving quantum mechanics!*

(¡Cómo deseo un trago,
alcohólico desde luego,
después de las pesadas conferencias
sobre mecánica cuántica!).

La palabra *how* equivale a 3 (tiene tres letras), *I* a 1 y *want* a 4, por lo que la frase completa se traduce como 3,141 592 653 589 79, que es π con 14 decimales.

Otra (publicada en 1905) da a π 30 decimales:

*Sir, I send a rhyme excelling
In sacred truth and rigid spelling
Numerical sprites elucidate
For me the lexicon's dull weight
If Nature gain,
Not you complain,
Tho' Dr Johnson fulminate.*

(Señor, envío una rima sobresaliente

en la sagrada verdad y rígida ortografía.

Duendes numéricos elucidan
para mí la pesadez del léxico.

Si la naturaleza gana,
no se queje,
o el doctor Johnson le fulmina).

Un desafío al que hacen frente estos escritores es el número 0, que aparece por primera vez en el puesto 32, tras el punto decimal. Una solución es utilizar puntuación, un punto y aparte, por ejemplo. Otra, emplear una palabra de diez letras. Algunos escritores utilizan vocablos más largos, de dos dígitos sucesivos. Por ejemplo, la palabra *calculating* (calculando), de once letras, representaría un uno seguido de otro uno.

Cuando observo una secuencia de números, mi cabeza empieza a llenarse de colores, formas y texturas que se entretajan espontáneamente para conformar un paisaje visual. Siempre me parecen muy bonitos; de niño solía pasarme las horas explorando los paisajes numéricos de mi mente. Para recordar cada dígito, simplemente desando las diferentes formas y texturas en mi cabeza, y leo los números que hay en ellas.

Con números muy largos, como pi, parto los números en segmentos más pequeños. El tamaño de cada segmento varía, dependiendo de qué dígitos son. Por ejemplo, si un número aparece muy luminoso en mi cabeza y el siguiente es muy oscuro, los visualizaría por

separado, mientras que un número tamizado seguido de otro tamizado se recordarían juntos. Al ir aumentando la secuencia de dígitos, mis paisajes numéricos se tornan más complejos y estratificados, hasta que —como ocurre con pi— pasan a ser como todo un país en mi mente, compuesto de números.

Así es como veo los primeros veinte dígitos de pi:



El número se inclina hacia arriba, luego se oscurece y se torna desigual en el centro antes de curvarse y culebrear hacia abajo.

Y estos son los primeros cien dígitos de pi tal y como yo los veo:



Al final de cada segmento de números, el paisaje cambia y aparecen nuevas formas, colores y texturas. Este es un proceso sin fin, mientras dure la secuencia de dígitos que recuerdo.

La secuencia más famosa de números de pi es el «punto de Feynman», que comprende los decimales de pi

entre los lugares 762 y 767: «... 999 999...». Llevan el nombre del físico Richard Feynman por su comentario acerca de que le gustaría memorizar los dígitos de pi hasta ese punto, de manera que al recitarlos pudiera acabar con: «... nueve, nueve, nueve, nueve, nueve, nueve y demás». El punto de Feynman me resulta muy hermoso visualmente; lo veo como una cuenca muy profunda y espesa de luz de color azul marino.

Entre los decimales 19 437 y 19 453 de pi también hay una secuencia muy hermosa: «... 99 992 128 599 999 399...», en la que el 9 se repite cuatro veces seguidas y un total de once veces en el espacio de 17 decimales. Es mi secuencia favorita de dígitos de pi de los más de 22 500 que aprendí.

Empecé a estudiar a pi en diciembre del 2003, disponiendo de tres meses para aprenderme todos los dígitos (más de 22 500) necesarios para intentar batir el récord. El primer problema fue dónde hallar tantos dígitos de pi: la mayoría de los libros dan hasta decenas o centenares de decimales. Internet demostró ser la respuesta, aunque también hubo que buscar lo suyo, pues la mayoría de los sitios web sólo listaban pi hasta mil o varios miles de puntos. Finalmente, Neil descubrió el sitio web de un superordenador asentado en Tokio que contaba con carpetas que almacenaban millones de dígitos de pi. Pasó a convertirse en la base desde la que intentar batir el récord.

Neil imprimió los números en hojas de papel A4, mil dígitos por página, para que fuese cómodo para mí estudiar hoja a hoja. Los dígitos se partieron en «frases» de cien dígitos cada una, para que pudiesen leerse con facilidad y a fin de minimizar el riesgo de que pudiera leer mal los números y aprender algunos incorrectamente.

No estudiaba las hojas de números todos los días. Algunas jornadas estaba demasiado cansado o agitado para sentarme a aprender nada. En otras ocasiones parecía que los devoraba, absorbiendo muchos centenares en una sesión. Neil se dio cuenta de que cuando estaba aprendiendo los números, mi cuerpo se tensaba y se agitaba. Me balanceaba hacia atrás y adelante en mi silla o bien me estiraba continuamente los labios con los dedos. En esos momentos le resultaba casi imposible hablar o interactuar conmigo, como si yo estuviese en otro mundo.

Los períodos de estudio acostumbraban a ser cortos (la mayoría de una hora o menos) porque mi concentración fluctúa mucho. Elijo las habitaciones más tranquilas de la parte de atrás de la casa, para aprender los números, ya que incluso el sonido más nimio puede hacer que me resulte imposible concentrarme en lo que estoy haciendo. A veces me tapo los oídos con los dedos para amortiguar cualquier ruido. Mientras aprendo, suelo caminar en círculos alrededor de la habitación, con la cabeza baja y los ojos medio abiertos, para no darme contra nada. En otras ocasiones, me siento en una silla y

cierro los ojos por completo, visualizando mis paisajes numéricos y las numerosas pautas, colores y texturas que contienen.

Como la enumeración pública iba a ser hablada y no escrita, era importante que practicase recitar los números en voz alta con otra persona. Una vez a la semana, Neil sostenía una o más de las hojas de números frente a él para comprobar, mientras yo permanecía en pie o andaba arriba y abajo, enumerándole la creciente secuencia de dígitos memorizados. Al principio, pronunciar los números en voz alta fue una experiencia extraña y difícil, ya que eran totalmente visuales para mí, y durante la primera práctica de enumeración en voz alta delante de Neil me sentía dudar y cometí varios errores. Me resultó muy frustrante y me preocupé preguntándome si llegaría a conseguirlo, ya que se esperaba que recitase la secuencia completa delante de bastante gente. Como siempre, Neil se mostró paciente y tranquilizador. Sabía que para mí era difícil decir los números en voz alta, y me animó a relajarme y a seguir intentándolo.

Con la práctica, se me fue haciendo más fácil recitar los números continuamente en voz alta y mi confianza empezó a aumentar al irse acercando la fecha del evento. Como el número de dígitos aumentaba sin cesar, no era posible recitarlos todos de golpe frente a Neil, por lo que decidimos que practicaría diferentes partes con él cada semana. En otros momentos, recitaba el número para mí mismo en voz alta mientras estaba sentado o caminaba

por la casa, hasta que el flujo de números se tornó liso y consistente.

Para ayudar con la recaudación de fondos, la entidad benéfica colgó una página en Internet que recibió donaciones y mensajes de apoyo de personas de todo el mundo. Por ejemplo, una de las donaciones provenía de una clase en una escuela de Varsovia, en Polonia, después de que hubieran leído acerca del intento de batir el récord en la página web. La institución benéfica también redactó un comunicado de prensa, mientras Neil y yo recolectamos donaciones de familiares y amigos. Un vecino que se enteró del evento me habló acerca de la epilepsia de su propia hija y expresó su admiración por lo que yo estaba haciendo. Recibir esas palabras de apoyo, así como tarjetas y correos electrónicos con buenos deseos resultó muy inspirador.

Al principio del fin de semana del evento, el sábado 13 de marzo, Neil me llevó en coche hasta Oxford, donde tendría lugar la enumeración al día siguiente. Aunque ya había acabado de aprender los dígitos hacía semanas, seguía muy nervioso ante la perspectiva de tener que repetirlos en público. Pasamos la noche en una casa de huéspedes cerca del museo e intenté dormir lo mejor que pude, lo cual no resultó fácil, porque no dejé de pensar y preocuparme acerca de lo que podría suceder al día siguiente. Finalmente caí dormido y soñé que caminaba por mis paisajes del número pi. Allí me sentía sosegado y confiado.

A la mañana siguiente ambos nos levantamos temprano. Yo no era el único que estaba nervioso, ya que Neil se quejaba de dolor de estómago, y yo sabía que tenía su origen en la tensión que sentía ante lo que se avecinaba. Desayunamos juntos y luego nos dirigimos hacia el museo. Era mi primera visita a Oxford, y estaba deseando ver esta ciudad, famosa por su universidad (la más antigua del mundo angloparlante) y conocer la «ciudad de los chapiteles soñadores», en referencia a la arquitectura de los edificios de la universidad. Condujimos por una serie de largas y estrechas calles empedradas, hasta que llegamos a nuestro destino.

El Museo de Historia de la Ciencia, situado en Broad Street, es el edificio museístico más antiguo del mundo. Construido en 1683, fue el primer museo del mundo en abrir sus puertas al público. Entre su colección de alrededor de 15 000 objetos, que datan desde la antigüedad hasta principios del siglo XX, hay un amplio muestrario de primitivos instrumentos matemáticos utilizados en cálculo, astronomía, navegación, topografía y dibujo.

Al dirigirnos hacia el aparcamiento situado enfrente del museo, vimos a miembros del personal, periodistas, cámaras y a los organizadores de la institución benéfica que preparaba el evento, todos esperando juntos y fuera nuestra llegada. Simon, el director del departamento de recaudación de la institución, se acercó mientras yo salía del coche y me estrechó la mano con vigor,

preguntándome cómo me sentía. Le contesté que bien. Me presentaron a otras personas que me esperaban y luego me pidieron que me sentase en los escalones del edificio y me hicieron algunas fotos. El peldaño estaba frío y húmedo e intenté no ponerme demasiado nervioso.

En el interior, la sala donde iba a tener lugar la enumeración era alargada y polvorienta, repleta de lado a lado con expositores de cristal que contenían diversos objetos. Contra la pared, a un lado, había una mesita y una silla para que me sentase. Desde la silla podía mirar hacia arriba y también directamente a la pizarra de Einstein, en la pared de enfrente. A escasa distancia de mi mesa había otra más grande, con hojas de papel repletas de números y un reloj digital. Sentados a su alrededor había miembros del departamento de ciencias matemáticas de la cercana Universidad de Oxford Brookes, que se ofrecieron voluntarios como verificadores durante la enumeración. Su tarea era controlar mi memoria y asegurar que existía una precisión absoluta, comprobando los números en las páginas frente a ellos mientras yo los recordaba en voz alta. El reloj debía empezar al principio de la enumeración, para que los miembros del público que entrasen a mirar supiesen cuánto tiempo de recitación se llevaba. El evento fue promovido por la prensa local, y fuera del edificio había carteles para animar a entrar a los curiosos y los activistas de la institución benéfica

aguardaban con folletos de información y huchas para recaudar las posibles donaciones.

Neil seguía muy tenso, hasta el punto de sentirse casi enfermo, pero quería quedarse en la sala para darme apoyo moral y su presencia resultó verdaderamente tranquilizadora. Tras posar para más fotos en el interior de la sala, me senté en la silla que me estaba destinada y deposité sobre la mesa los pocos objetos que había llevado conmigo. Había botellas de agua para beber siempre que sintiese la garganta seca, y chocolate y plátanos para proporcionarme energía durante la enumeración. Como organizador del evento, Simon pidió silencio una vez que estuve dispuesto, y puso el cronómetro en marcha a las once y cinco.

Y así empecé recitando los ahora familiares dígitos iniciales de pi, los paisajes numéricos de mi cabeza comenzaron a aumentar y a cambiar mientras seguía adelante. Mientras recitaba, los examinadores marcaban como correctos los números. En la sala había un silencio casi total, a excepción de la ocasional tos apagada o del sonido de pasos yendo de un lado a otro de la sala. Los ruidos no me molestaban, porque mientras recitaba pude sentirme absorto en el flujo visual de colores y formas, texturas y movimiento, hasta que estuve rodeado de mis paisajes numéricos. El recitado se tornó casi melódico, pues cada respiración estaba repleta de números y más números, y entonces, de repente, me di cuenta de que estaba totalmente tranquilo, como lo había estado en mi

sueño de la noche anterior. Me costó unos diez minutos completar los primeros mil dígitos. Abrí una de las botellas y bebí un poco de agua, para luego continuar con el recitado.

Poco a poco, la sala empezó a llenarse de público, que se mantenía en pie a varios metros de mí y que me observaba recitar en silencio. Aunque me había preocupado tener que recitar pi ante tanta gente, al final casi ni la veía, ya que todos mis pensamientos estaban absortos en el fluido rítmico y continuo de números. Que yo recuerde, sólo hubo una interrupción, cuando el teléfono móvil de alguien empezó a sonar. En ese momento dejé de recitar y esperé hasta que el ruido se detuviese, antes de continuar.

Las reglas del evento especificaban que yo no podía hablar ni interactuar con nadie durante el transcurso de la recitación. Se permitían pausas cortas y preestablecidas, durante las que comí algo de chocolate o un plátano. Para ayudarme a mantener la concentración durante las pausas, caminaba de lado a lado de la habitación, adelante y atrás, por detrás de la silla, con la cabeza gacha mirando el suelo, evitando las miradas de los espectadores. Permanecer continuamente sentado mientras recitaba era algo que me resultaba más difícil de lo esperado, ya que acostumbro a ponerme nervioso. Mientras recordaba dígitos hacía girar la cabeza o me la cubría con las manos, o bien me balanceaba suavemente con los ojos cerrados.

Alcancé los 10 000 dígitos a la una y cuarto de la tarde, aproximadamente a las dos horas del inicio de la enumeración. Según iban pasando las horas me sentía cada vez más cansado y me di cuenta de que los paisajes visuales de mi mente se tornaban cada vez más borrosos con la fatiga. Antes del evento no había recitado en una secuencia continua todos los dígitos que aprendí, y ahora esperaba no llegar a cansarme tanto que no pudiera finalizar.

Al final hubo un momento, sólo uno, en el que momentáneamente pensé que tal vez no podría continuar. Fue tras alcanzar los 16 600 dígitos. Durante unos escasos instantes mi mente se quedó en blanco: no había formas, ni colores, ni texturas, ni nada. Nunca había experimentado nada parecido antes, como si estuviese mirando un agujero negro. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces, luego sentí un cosquilleo en mi cabeza. Saliendo de la oscuridad volvió a aparecer el fluido de colores y continué recitando como antes.

Para media tarde ya me acercaba al final de mi periplo numérico. Al cabo de cinco horas me sentía agotado y estaba contento al ver el final a mi alcance. Me sentía como si hubiese corrido un maratón en mi cabeza. Exactamente a las cuatro y cuarto, mi voz, temblando de alivio, recitó los últimos dígitos: «67 657 486 953 587» y señalé que había acabado. Había recitado 22 514 dígitos de pi sin ningún error en un tiempo de cinco horas y nueve minutos, un nuevo récord británico y europeo. La

audiencia de espectadores me dedicó una salva de aplausos, y Simon corrió hacia mí y me sorprendió abrazándome. Me dijo que no había creído posible que un ser humano hiciese lo que yo acababa de hacer. Tras dar las gracias a los examinadores por controlar la enumeración, me pidieron que saliera para otra sesión de fotografías y para tomar la primera copa de champán de toda mi vida.

Tras el evento, David Josephs —director de relaciones externas del NSE— hizo público un comunicado a la prensa: «Se trata de un logro fantástico. El éxito de Daniel es un mensaje muy positivo acerca de la epilepsia: esa afección no afecta necesariamente la capacidad de las personas para utilizar su cerebro ni les impide aspirar a grandes logros».

La respuesta ulterior al evento por parte de los medios fue fenomenal y mucho mayor de lo esperado tanto por la institución benéfica como por mí mismo. En las semanas posteriores, concedí interminables entrevistas a varios periódicos y emisoras de radio, incluyendo el Servicio Mundial de la BBC, así como para programas en lugares tan lejanos como Canadá y Australia.

Una de las preguntas más frecuentes que me hicieron en dichas entrevistas fue: ¿para qué aprenderse un número pi con tantos decimales? La respuesta que ofrecí, que es la misma que daré ahora, es que para mí pi es algo extremadamente bello y único. Al igual que la *Mona Lisa*

o una sinfonía de Mozart, pi es la razón misma que me hace amarlo.

11



El encuentro con Kim Peek

Entre la avalancha de artículos periodísticos y entrevistas radiofónicas que siguieron al éxito de mi récord de pi, llegó una oferta de un importante canal de televisión de Gran Bretaña que pensaba realizar un documental de una hora acerca de mi historia, que sería programado en el país y en Estados Unidos al año siguiente. Los productores del programa habían quedado impresionados por las imágenes que vieron de mí en Oxford, y sobre todo por mi capacidad de hacer frente al público y al interés de los medios por mí. Tenían pensado ir a Estados Unidos a finales de año para filmar a Kim Peek, el genio

autista que había sido la inspiración real del personaje de la película *Rain Man*, y creían que mi capacidad para articular mis propias experiencias como genio autista me convertía en un foco de interés accesible para el programa. Además de conocer personalmente a Kim, también tendría la oportunidad de conocer a algunos de los principales científicos e investigadores mundiales del síndrome del genio autista, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña. Parecía la oportunidad de mi vida.

Estuve de acuerdo en participar, aunque me sentía muy angustiado. En los últimos cinco años no había salido de Gran Bretaña (y ni siquiera de la población en la que vivía), y la posibilidad de varias semanas fuera de casa, viajando y filmando, me intimidaba. Me preocupaba el hecho de poder hacer frente al exigente programa de desplazamientos sin poder echar mano de mis rutinas cotidianas y mis rituales de enumeración. Nunca había visitado Estados Unidos (aunque podía enumerar los datos, nombre y afiliación política de cada presidente desde McKinley) y no sabía qué me parecería: ¿y si era demasiado grande, demasiado deslumbrante, demasiado ruidoso para mí? ¿Y si me sentía superado y despavorido en ese país tan vasto, con un océano de por medio que lo separaba de mi casa?

Pensar que había que estar moviéndose continuamente, todos los días y de un lugar a otro, era la principal preocupación para mi familia, para Neal y para mí mismo. Aunque me dieron su apoyo, me instaron a

aclarar las cosas con el equipo de producción. En las conversaciones que mantuve con ellos me aseguraron que se ocuparían de que nunca me hallase a solas en un lugar público (donde podía perderme) y que ninguna filmación sería impertinente, sino que captaría los acontecimientos tal y como sucediesen.

El programa establecido por el equipo era ambicioso: debíamos zigzaguear de costa a costa durante dos semanas, con escalas en ruta tan diversas como San Diego, California y Salt Lake City. A los productores se les ocurrió bien pronto el título del programa: *Brainman* (*Hombre-cerebro*) —un juego de palabras a costa de la película de Dustin Hoffman, *Rain Man*, que aunque a mí al principio no me gustó, con el tiempo acabé aceptándolo.

Me reuní con el equipo por primera vez una semana antes de iniciar el viaje, en julio del 2004. Eran simpáticos y me ayudaron a sentirme a gusto. El cámara, Toby, era de mi misma edad. Todo el mundo estaba entusiasmado. Se trataba de un tipo de programa completamente distinto para todos ellos y no sabían muy bien qué ocurriría. Yo también lo estaba, en parte porque lo estaban ellos y porque utilizo los ejemplos emocionales que transpiran las acciones y reacciones de quienes me rodean. Interiormente también me sentía feliz; empezaba una nueva aventura.

Acabé de hacer la maleta la noche antes del vuelo: un abrigo, dos pares de zapatos, cuatro jerséis, seis pares de

pantalones cortos y largos, ocho camisetas, once pares de calcetines y calzoncillos, un tubo entero de pasta dentífrica, un cepillo dental eléctrico (los manuales me resultan incómodos), loción limpiadora, aceites esenciales, gel de ducha y champú. Neil me compró un teléfono móvil para que pudiéramos permanecer en contacto mientras estaba fuera. Su trabajo le impedía venir conmigo. Metí el teléfono en el bolsillo derecho y el pasaporte, el billete y la cartera en el izquierdo.

Neil me llevó al aeropuerto y me abrazó antes de entrar en la terminal. Esa iba a ser la primera vez en tres años y medio que nos separábamos. Sin embargo, yo no me di cuenta de que debería haber demostrado alguna emoción y el abrazo me sobresaltó. Dentro del edificio de la terminal había mucha gente con equipaje. Se movían a mi alrededor por todas partes y comencé a sentirme angustiado, por lo que empecé a contar la gente que había en las colas y me sentí mejor. El equipo de producción ya había llegado y finalmente nos dirigimos a la puerta de embarque para después subir al avión.

Era un típico día cálido y despejado de verano y desde mi asiento observé desaparecer el cielo azul por debajo de las nubes mientras el aparato enfilaba hacia las alturas. Un anuncio del piloto nos informó de la duración del vuelo: once horas al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Cuando me dan una estimación de tiempo, la visualizo en mi cabeza como una masa estirada sobre una mesa, que imagino que tiene la longitud de una hora. Por

ejemplo, puedo comprender cuánto tiempo dura una caminata de treinta minutos imaginando un pedazo de masa de pan enrollado por la mitad sobre mi mesa mental. Pero once horas era un período de tiempo muy largo, sin precedentes, y me resultó imposible imaginármelo. Eso me puso nervioso y cerré los ojos, apretándolos mucho, para a continuación bajar la mirada a los pies hasta que me sentí más tranquilo.

Me gusta prepararme mentalmente para un suceso que está por llegar, repasar las diferentes posibilidades o permutaciones en mi mente a causa de lo incómodo que me siento cuando algo sucede repentina o inesperadamente. Sé que habrá un momento en que un auxiliar de vuelo se me aproximará para preguntarme algo (qué quiero comer, por ejemplo), así que me lo imagino delante de mí y hablándome. En mi mente pienso en mí mismo tranquilo y respondiendo sin dificultad.

Mis manos no dejaban de rondarme los bolsillos, comprobando por milésima vez que el móvil estuviese en el bolsillo derecho, y el pasaporte y la cartera en el izquierdo. Al oír aproximarse el traqueteo de los carritos de la comida me sentí cada vez más tenso y vigilante. No me gustan las sorpresas. Escuché cuidadosamente parte de las conversaciones que los auxiliares de vuelo mantenían con otros pasajeros y así supe qué era lo que me dirían a mí. Tenía la respuesta preparada en la mente: pollo y guiso de albóndigas. El carrito llegó y luego se

marchó sin impedimentos. Y yo realicé una buena elección.

Estuve demasiado inquieto durante el vuelo como para dormir. En lugar de ello leí la revista de la compañía de aviación y escuché música con los auriculares de plástico que proporciona la tripulación. Cuando finalmente aterrizamos no pude evitar sentir una inconfundible sensación de éxito: lo había conseguido. Me dolía la cabeza, y tenía los brazos y las piernas rígidos, pero estaba en Estados Unidos.

Fuera del avión, el tiempo era más despejado y cálido que en Londres. Esperé mientras el director organizaba un coche de alquiler. Cuando estuvo listo, el equipo apiló el equipaje así como muchas cajas llenas de cámaras y equipos de grabación en el portamaletas. Era como observar un juego de Tetris. Tras varios intentos, acabaron finalmente por conseguir que todo encajase. El coche nos llevó a San Diego, a un hotel junto al mar. Aunque estaba agotado, me dijeron que debíamos prepararnos para empezar temprano al día siguiente. Una vez en mi habitación, me cepillé los dientes metódicamente, me lavé la cara con el número habitual (cinco) de remojones de agua en el lavabo y ajusté la alarma del despertador a las cuatro y media de la mañana, antes de meterme en la cama y caer inmediatamente en un profundo sueño.

Cuando la alarma se puso a aullar me incorporé y me cubrí los oídos con las manos. Me dolía la cabeza y no

estaba acostumbrado al sonido de un despertador. Palpé a tientas con una mano hasta que encontré el interruptor adecuado y devolví el silencio a la habitación. Fuera estaba oscuro. Me cepillé los dientes exactamente durante dos minutos, y luego me duché. No me gustaba que todo en la habitación fuese diferente. La alcachofa de la ducha era más grande, el agua parecía caer más pesada sobre mi cabeza y la textura de las toallas me resultaba extraña. Una vez seco corrí al encuentro de mi ropa. Al menos la sentía y me sentaba tal y como esperaba que lo hiciera. Muy agitado, me las arreglé para salir lentamente por la puerta y bajar un tramo de escaleras hasta llegar al comedor. Esperé a que llegase Toby, un rostro familiar, antes de sentarme y empezar a comer. Me serví una magdalena con un poco de té y después de que los demás llegasen y acabasen de comer, nos subimos al coche y fuimos hasta un conjunto de altos edificios envueltos en centelleantes ventanas. Debíamos encontrarnos con un famoso neurólogo, el profesor Ramachandran y su equipo, en el Centro de Estudios Cerebrales de California.

Al llegar, los científicos salieron a recibirnos. Nos condujeron al despacho del profesor a través de pasillos que brillaban con la resplandeciente luz solar que penetraba a través de las ventanas que discurrían de manera continua por uno de los lados. El despacho era grande, más oscuro que los pasillos que había que recorrer para llegar hasta él, con las paredes repletas de

ordenadas hileras de libros y una pesada mesa cubierta con maquetas plásticas de cerebros y hojas de papel. Me hicieron señas para que ocupase una silla enfrente del profesor y de uno de los miembros de su equipo.

Cuando el profesor habló su voz retumbó. De hecho, todo en él parecía un tanto chillón: sus enormes ojos redondos, su espeso cabello negro rizado y el bigote. Recuerdo haber pensado lo largas que me parecían sus manos abiertas. Su entusiasmo era igualmente obvio y eso me ayudó a sentirme cómodo. Aunque estaba nervioso, también experimentaba un escalofrío de emoción.

Se me pidió que realizase algunos cálculos mentales mientras el asistente del profesor comprobaba mis respuestas con ayuda de una calculadora. Todavía me dolía la cabeza a consecuencia del desfase horario, pero por fortuna seguía siendo capaz de responder a las operaciones del científico. A continuación me leyeron una lista de números y me pidieron que les dijese cuál era primo. Los acerté todos. Expliqué cómo veía los números en mi cabeza, a base de colores, formas y texturas. El profesor parecía intrigado e impresionado.

A la hora de comer, el ayudante del profesor, un joven de cabello negro azabache y con unos ojos igualmente grandes y redondos, llamado Shai, me acompañó a la cantina del campus del centro. Shai estaba fascinado con mis descripciones acerca de cómo visualizaba los números y las respuestas a los diversos cálculos en mi

cabeza. Más tarde, me llevaron a otra habitación, donde conocí a otro de los miembros del equipo del profesor Ramachandran, llamado Ed. Shai y Ed querían saber más acerca de las experiencias visuales concretas que tenía con los diferentes números. Me resultó difícil hallar palabras para describirlas, por lo que tomé un lápiz y empecé a dibujar las formas de los números que me pedían sobre una pizarra blanca. Los científicos se quedaron pasmados. No habían previsto que mis experiencias fuesen tan complejas como ahora parecían, ni que fuese capaz de demostrárselas con tanto detalle.

La reacción de los científicos tomó a todo el mundo por sorpresa. Le pidieron al director si podían disponer de más tiempo para estudiar algunas de mis habilidades específicas y de mis experiencias visuales de los números. El director telefoneó al productor en Londres, que estuvo de acuerdo.

Al día siguiente, con la cámara rodando, se me pidió que retomase mis descripciones y dibujos de los diferentes números utilizados el día anterior. Volví a la pizarra blanca y la fui llenando de dibujos e ilustraciones acerca de cómo veía diversos números y cálculos de operaciones mentales empleando mis formas sinestésicas. Incluso se me pidió que modelase algunos de los números en plastilina.

Luego me pidieron que estudiase una pantalla de ordenador repleta de dígitos del número pi, mientras me conectaban los dedos a un contador de respuestas

galvánico dérmico. Los científicos habían sustituido en secreto los seises por nueves en puntos aleatorios de la secuencia y les interesaba comprobar si los cambios desencadenarían algo en el contador. Al mirar los números de la pantalla empecé a sentirme incómodo e hice un montón de muecas, porque pude ver que había partes de mis paisajes numéricos que estaban rotas, como si hubiesen sido destruidas. El contador galvánico registró fluctuaciones significativas, indicando que tenía una respuesta fisiológica ante la alteración de los números. Los científicos estaban fascinados, sobre todo Shai, el ayudante del profesor Ramachandran.

A veces la gente me pregunta si no me importa ser un «conejiillo de Indias» para los científicos. No me importa en absoluto porque sé que los estoy ayudando a comprender mejor el cerebro humano, que es algo que beneficiará a todo el mundo. También me resulta muy gratificante aprender más sobre mí mismo y la manera en que funciona mi mente.

Como mi tiempo con los científicos parecía acercarse rápidamente a su conclusión y ahora teníamos un programa más apretado que antes, Shai me preguntó si podía llevarme a los acantilados cercanos para ver el mar y observar los planeadores que se deslizaban por el aire. Tenía ganas de pasar algo de tiempo conmigo, lejos del equipo y las cámaras. Caminamos juntos por los acantilados y me preguntó acerca de mis sensaciones por diferentes números, tomando notas con un cuaderno y un

bolígrafo que había traído con ese propósito. Mis respuestas parecieron apasionarle más: «¿Sabes? Eres una oportunidad única para los científicos», dijo, llanamente, pero yo no supe qué contestar. Me gustaba Shai y prometimos permanecer en contacto, algo que hemos seguido haciendo hasta el presente por correo electrónico.

Nuestra siguiente parada fue Las Vegas, la «Ciudad de los Sueños» de Nevada, y el indiscutible centro de juego del mundo. Los productores querían demostrar algunas de mis habilidades mediante un enfoque televisivo «desenfadado», y Las Vegas iba a ser el escenario, basándose en una famosa secuencia de la película *Rain Man*.

Yo no tenía clara esta secuencia propuesta en el programa. Lo último que quería hacer era trivializar mis capacidades o reforzar el erróneo estereotipo de que todos los autistas eran como el personaje de *Rain Man*. Al mismo tiempo entendía que el programa necesitaba secuencias visuales divertidas para intercalar entre las más serias y científicas. Me gustaba jugar a las cartas con amigos pero nunca había entrado en un casino. La curiosidad me ayudó a aceptar.

El calor del aire de Nevada era increíble, como tener un secador de cabello permanentemente funcionando al máximo sobre la cabeza. Incluso vistiendo una camisa de fino algodón y pantalones cortos, mi cuerpo no tardó en estar bañado de sudor mientras esperaba que el siguiente coche de alquiler nos condujese al hotel. El viaje fue

afortunadamente rápido y al llegar todos nos sentimos agradecidos por el aire acondicionado del vestíbulo del hotel. Pasar en coche junto a los enormes y llamativos edificios fue una experiencia nauseabunda y la sensación de alivio era palpable.

La vista que nos esperaba al llegar a la recepción del hotel mitigó cualquier entusiasmo que pudiéramos sentir. El productor, al que le resultó muy difícil encontrar un casino que permitiese la entrada de cámaras de televisión, llegó finalmente a un acuerdo con un establecimiento del centro, mucho más pequeño que sus primos los casinos más famosos, que aceptó encantado la idea y que incluso nos proporcionó las habitaciones gratis. La reacción inicial del equipo no fue buena. La moqueta estaba sucia y en el vestíbulo había un olor rancio y persistente. Tampoco ayudó que el personal del hotel tardase más de una hora en organizar nuestras habitaciones.

Una vez que nos dieron las llaves y nos dirigimos a las habitaciones, nos parecieron sorprendentemente espaciales y cómodas. Cuando anocheció me llevaron al coche y filmaron mientras conducíamos por la famosa calle de Las Vegas, bañada por las deslumbrantes luces de los casinos. Me apreté las manos con fuerza y sentí que el cuerpo se me ponía tenso y rígido, incómodo, al estar rodeado de tantos estímulos. Por fortuna, el paseo no duró mucho tiempo. Cenamos juntos en un restaurante cercano antes de acostarnos temprano.

El equipo estaba ocupado instalándose en una sección tranquila de la zona de las mesas de *blackjack* desde bastante antes de ir a recogerme la mañana siguiente. La dirección del casino había organizado una gran cantidad de fichas de mentira para que las usásemos durante la secuencia. Conocí al propietario del casino y me presentaron al crupier de cartas, que me explicó las reglas del juego rápidamente.

El *blackjack* es uno de los juegos de cartas más populares, también conocido como la «veintiuna». El objeto del juego es apostar en cada mano si las cartas del jugador superarán a la de la banca sin exceder de 21. Un as puede contarse como 1 o como 11, mientras que las figuras (sotas, reinas y reyes) puntúan 10.

Al principio de cada mano se colocan las apuestas iniciales y el crupier da dos cartas a cada jugador y a sí mismo. Una de las dos cartas del crupier se deja boca abajo. Una figura más un as se denomina «veintiuna» o *blackjack* y resulta en el triunfo inmediato de su poseedor. De otro modo, el crupier da a cada jugador la opción de pedir más cartas («pedir») o quedarse tal y como está («plantarse»). Si el jugador sobrepasa los 21 («pasarse»), pierde. Tras las decisiones de los jugadores, el crupier muestra la carta oculta y decide si quiere pedir o no una o más cartas hasta alcanzar un valor mínimo total de 17. Si el crupier se pasa, ganan todos los jugadores que quedan.

La práctica de contar cartas es muy conocida en la veintiuna y consiste en que el jugador rastrea mentalmente la secuencia de cartas jugadas en un intento de obtener una pequeña ventaja sobre el crupier, aumentando una apuesta cuando la cuenta es buena (por ejemplo, cuando el resto de la baraja contiene muchas figuras) y disminuyéndola cuando es mala. En su forma más simple, contar cartas implica asignar un valor positivo o negativo a cada una de ellas; a cartas de un valor bajo, como 2 y 3, se les concede un valor positivo, mientras que en el caso de los dieces es negativo. A continuación, el contador lleva la cuenta mentalmente de los puntos con cada carta que sale y realiza ajustes regulares en la cuenta total, teniendo en cuenta el número aproximado de cartas que todavía hay que repartir.

Contar cartas no es fácil y los jugadores muy dotados para ello sólo ganan alrededor del 1% utilizando sus métodos. Los casinos suelen prohibir la entrada de quienes se sospecha que cuentan cartas en sus mesas. Nuestra mesa utilizaba ocho barajas, lo cual significa que había 416 cartas en juego, un número suficientemente grande como para minimizar cualquier ventaja contable posible.

Los casinos son entornos ruidosos y con muchas distracciones, y uno de los mayores desafíos para mí era intentar concentrarme. Al sentarme en mi taburete frente al crupier, me fijé en las barajas de cartas, poniendo mucha atención mientras eran abiertas una a una,

barajadas y guardadas antes del inicio del juego. Las cámaras que me rodeaban atrajeron a los mirones y no tardé en estar rodeado por una pequeña multitud mientras jugaba.

Iba a jugar durante un período de tiempo preestablecido. El casino había reservado especialmente la mesa para que yo fuese el único jugador. Era el crupier contra mí. Queriendo familiarizarme con el juego, empecé realizando estimaciones simples basadas en las cartas que aparecían en cada mano: me «plantaba» si tenía un 10 y un 8, y seguía si me daban un 3 o un 9 (excepto cuando el crupier mostraba un 4, 5 o 6, en cuyo caso me plantaba), una técnica conocida como «estrategia básica».

Incluso cuando el jugador utiliza la estrategia básica de manera óptima, el crupier sigue contando con una ventaja estratégica. Con el tiempo, mi montón de fichas fue disminuyendo cada vez más. No obstante, mi sensación acerca de cómo se jugaban las cartas era mucho mejor que al principio; tomaba decisiones con mayor rapidez y me sentía más cómodo en la mesa. Tomé la repentina decisión de jugar instintivamente, según experimentase el flujo de números en mi cabeza, y un paisaje visual a base de picos y depresiones. Cuando mi paisaje numérico mental daba máximos, apostaba con mayor agresividad que cuando decaía.

Algo cambió; empecé a ganar cada vez más manos individuales. Me relajé y comencé a disfrutar el juego

mucho más que antes. En un momento clave estaba con un par de sietes y con el crupier mostrando un 10. La estrategia básica dice «pedir». En lugar de eso, me dejé guiar por el instinto y separé la pareja, doblando mi apuesta original. El crupier sacó una tercera carta, que también fue un 7. Pregunté si podía separar ese 7. El crupier pareció sorprendido. Se trata de una jugada muy inusual contra el 10 del crupier. Separé la carta y ahora contaba con tres manos de 7, con la apuesta original triplicada, contra un 10. La audiencia de curiosos por detrás de mí expresaba su desaprobación de manera audible. Un hombre por detrás señaló en voz alta: «¿Qué está haciendo separando sietes contra un 10?». El crupier procedió a dar más cartas sobre cada uno de los sietes. El primero acabó sumando 21. Luego más cartas para la segunda mano: otro 21. Finalmente le tocó el turno al tercer 7, y de nuevo gané con otro 21. Tres 21 consecutivos en una única mano contra el crupier. En una partida había recuperado todas mis pérdidas y ganado a la casa.

Me alegré de dejar Las Vegas. Hacía demasiado calor, había demasiada gente y demasiadas luces deslumbrantes. El único momento en que me sentí cómodo fue cuando estuve entre cartas. Cada vez sentía más nostalgia de casa y cuando regresé al hotel telefoneé a Neil desde mi habitación, rompiendo a llorar al oír su voz. Me dijo que lo estaba haciendo bien y que debía continuar. Estaba orgulloso de mí. Por entonces yo

todavía no sabía que el episodio más importante y especial de todo el viaje estaba por llegar.

Al día siguiente volamos a Salt Lake City, capital del estado de Utah y hogar de la religión de los mormones. Había una corta distancia entre el hotel y la biblioteca pública de la ciudad. El edificio era extraordinario: paredes curvadas y transparentes de seis alturas que cubrían más de 22 000 metros cuadrados y que contenían más de medio millón de libros, con tiendas y servicios en la planta baja, galerías de lectura arriba y un auditorio de 300 asientos. A causa de mi amor por los libros y los recuerdos de los años pasados leyendo durante horas al día en mis pequeñas bibliotecas locales, esta me pareció el paraíso.

En su interior, la enorme sensación de espacio estaba imbuida de luz diurna y sentí cómo me llenaba de un familiar estremecimiento de tranquilidad. Las bibliotecas siempre han tenido el poder de hacerme sentir en paz, de calmarme y suavizarme. Allí no había multitudes, sólo pequeños grupos de individuos leyendo o moviéndose de estantería en estantería o de mostrador en mostrador. No había explosiones súbitas de ruido, sólo el suave pasar de páginas o la charla íntima entre amigos y colegas. Nunca había visto ni visitado ninguna biblioteca como aquella; realmente tenía la impresión de hallarme en el palacio encantado de un cuento de hadas.

Me pidieron que me sentase en un banco en la planta baja y que esperase, así que conté las hileras de libros y la

gente que pasaba tranquilamente. Podía haberme quedado allí sentado durante horas. Llegó el director y me llevó a un ascensor que nos condujo al segundo piso. Allí había hileras e hileras de libros que discurrían hasta perderse de vista. Se acercó un hombre anciano y me estrechó la mano. Se presentó como Fran Peek, padre y cuidador a tiempo completo de su hijo Kim.

Kim Peek es un milagro. Nacido en 1951, los médicos les dijeron a sus padres que nunca andaría ni podría aprender y que debían internarle en una institución. Kim nació con una cabeza agrandada y una ampolla de agua en el cráneo que había dañado el hemisferio izquierdo, el lado del cerebro implicado en áreas tan importantes como el habla y el lenguaje. Una exploración ultrasónica realizada por neurocientíficos descubrió que carecía de cuerpo calloso, la membrana que separa ambos hemisferios del cerebro. A pesar de ello, Kim podía leer a los dieciséis meses y completó sus estudios de enseñanza media a los catorce años.

Kim ha memorizado una vasta cantidad de información sobre más de una docena de temas a lo largo de los años, que van desde historia y fechas hasta literatura, deportes, geografía y música. Puede leer dos páginas de un libro simultáneamente, una con cada ojo, con una retención casi perfecta. Ya ha leído más de 9000 libros y puede recordar su contenido. También es un calculador calendárico muy dotado.

En 1984, Kim y su padre conocieron al director Barry Morrow en una conferencia en la Asociación de Ciudadanos Retrasados de Arlington, Texas. El resultado fue la película *Rain Man*. Dustin Hoffman pasó un día con Kim y se quedó tan pasmado de sus habilidades que animó a Fran a compartir a su hijo con el mundo. Desde entonces, Kim y su padre han recorrido Estados Unidos y han hablado ante más de un millón de personas.

Ese iba a ser un momento que llevaba esperando mucho tiempo; sería la primera vez en mi vida en que iba a conocer y hablar con otro genio autista. Fran le explicó a su hijo quién era yo y por qué había ido a conocerlos. La elección de la biblioteca pública de la ciudad para nuestro encuentro fue providencial; tanto para Kim como para mí, las bibliotecas son lugares especiales, llenos de tranquilidad, luz, espacio y orden.

Tras conocer a Fran me presentaron a Kim. Se hallaba de pie, cerca de su padre, una figura corpulenta y de mediana edad, con una mata de cabello canoso y ojos penetrantes e inquisitivos. Me tomó rápidamente del brazo y se mantuvo muy cerca de mí. «Dale tu fecha de nacimiento», sugirió Fran. «31 de enero de 1979», dije. «Cumplirás los sesenta y cinco un domingo», contestó Kim. Asentí y le pregunté su fecha de nacimiento: «11 de noviembre de 1951». Sonreí de oreja a oreja: «¡Naciste en domingo!». El rostro de Kim se iluminó y supe que habíamos conectado.

Fran tenía una sorpresa para mí: el Óscar ganado por Barry Morrow, el guionista de *Rain Man*, que este donó generosamente a los Peek para que lo llevaran en sus giras de conferencias. Sostuve la estatuilla cuidadosamente con ambas manos; pesaba mucho más de lo que parecía. Me pidieron que me sentase con Fran y que hablase de la niñez de Kim, así que nos dirigimos hacia un rincón con unos cómodos sillones de cuero y nos sentamos mientras a Kim le daban a leer un libro. Fran habló con pasión acerca de la reacción de los médicos ante los problemas de su hijo de pequeño: «Nos dijeron que le internásemos en una institución y que nos olvidásemos de él». Un neurocirujano incluso se ofreció a practicarle una lobotomía a Kim para que fuese más fácil internarle.

Quise saber más acerca de la vida actual de Kim y le pedí a Fran que me describiese la rutina de un día normal. «Kim habla con su madre por teléfono cada mañana; viene aquí cada día, y lee durante varias horas. Por la noche va a visitar a una anciana vecina nuestra. Kim le lee».

Le pregunté acerca de las giras de conferencias de Kim: «Siempre viajamos juntos y no pedimos dinero. Visitamos lugares como escuelas, universidades y hospitales. Kim puede decirles casi todo lo que quieren saber: fechas, nombres, estadísticas, códigos postales o lo que sea. La audiencia le hace todo tipo de preguntas y él siempre responde con muchísima información, mucha

más de la que yo imaginaba que sabía. Rara vez se queda estancado en busca de respuesta. Su mensaje es el siguiente: “No tienes que ser un discapacitado para ser diferente porque todo el mundo es diferente”».

Finalizamos la entrevista y pude caminar a solas con Kim por las distintas secciones de la biblioteca. Él me tomaba de la mano mientras andábamos. «Eres un genio autista como yo, Daniel», dijo excitado, y me apretó la mano. Mientras caminábamos entre las estanterías me fijé en que se detenía brevemente y tomaba un libro de la estantería, hojeaba unas pocas páginas, como si ya estuviese familiarizado con su contenido, y lo devolvía a su lugar. A veces murmuraba un nombre o fecha en voz alta mientras leía. Todos los libros trataban de temas de no ficción; las novelas no parecían interesarle. Compartíamos algo más.

«¿Qué es lo que más te gusta hacer, Kim?», le pregunté, y sin decir ni palabra me llevó a una sección con hileras de gruesos libros encuadernados en cuero rojo. Eran listines telefónicos de todas las poblaciones de Salt Lake City. Kim tomó uno de la estantería y se sentó en un escritorio cercano. Llevaba con él un cuaderno y un bolígrafo, y empezó a copiar en su cuaderno varios nombres y números del listín. Le observé y le pregunté si también le gustaban los números; asintió lentamente, absorto en sus notas.

Me senté con Kim y recordé que Fran me había contado que a su hijo le encantaba que le hiciesen

preguntas relacionadas con fechas y figuras históricas. La historia era uno de los temas favoritos de Kim (también mío). «¿Cuándo reinó la reina Victoria?», le pregunté. «De 1837 a 1901», contestó Kim inmediatamente. «¿Qué edad tendría Winston Churchill si siguiese vivo?». «Ciento treinta años». «Y ¿en qué día de la semana caería su cumpleaños este año?». «Sería martes, el último día de noviembre».

Bajo la supervisión de Fran y del equipo, nos llevaron a la planta baja de la biblioteca, donde Kim señaló las distintas hileras de estanterías, explicando los libros que contenían. Salimos al luminoso sol de media tarde y luego nos detuvimos; Kim me volvió a apretar las manos entre las suyas. Acercándose a mí, me miró a los ojos y dijo: «Un día serás tan grande como yo». Fue el mejor cumplido que nunca me han hecho.

Acordamos volver a ver a Kim y a Fran a última hora del día para cenar en un restaurante local. Kim habló de su encuentro con Dustin Hoffman, y de la sorpresa de este ante las capacidades y el carácter amable de Kim. Tanto padre como hijo subrayaron la importancia de continuar compartiendo las capacidades de Kim y su mensaje de respeto hacia las diferencias.

Nos dio pena despedirnos de ambos en Salt Lake City. Todos los miembros del equipo hablaron de cuánto habían aprendido con la experiencia de conocer a Kim y a su padre. Su historia de amor incondicional y de dedicación y perseverancia frente a la adversidad

resultaba muy inspiradora. Para mí, fue una experiencia simplemente inolvidable. Kim me recordó lo afortunado que yo era, a pesar de mis propias dificultades, al poder vivir el tipo de vida independiente que él no podía vivir. También fue una alegría conocer a alguien que amase los libros, los hechos y los números tanto como yo.

Mientras volábamos de regreso a casa, pensé algunas cosas. Kim y yo teníamos mucho en común, pero lo más importante de todo era la sensación de conexión que creo que ambos sentimos durante el tiempo que estuvimos juntos. Nuestras vidas habían sido muy distintas; no obstante, compartíamos ese vínculo especial y raro, que había ayudado a que nos encontrásemos, y ese día nos recordamos el uno al otro el valor extraordinario de la amistad. Me conmovió el entusiasmo con el que tanto él como su padre me acogieron, y lo abierta y cándidamente que habían compartido su historia. El don especial de Kim no está sólo en su cerebro, sino también en su corazón, su humanidad y su capacidad para conmover las vidas de otras personas de una manera única y auténtica. Conocer a Kim Peek fue uno de los momentos más felices de mi vida.

12



Reikiavik, Nueva York, casa

Tras mi regreso a Gran Bretaña, los productores me tenían preparado un desafío más: aprender un idioma nuevo desde cero, en una semana y delante de las cámaras. Se habían pasado varios meses investigando diversas posibilidades y finalmente se decidieron por el islandés, un idioma declinado, que apenas ha cambiado desde el siglo XIII y que puede compararse con el inglés antiguo. Actualmente lo hablan unas 300 000 personas. Este es un ejemplo escrito, para dar una idea de cómo es:

Mörður hér maður er kallaður var gígja. Hann van sonur Sighvats hins rauða. Hann bjó á Velli á

Rangárvöllum. Hann var ríkur höfðingi og málafylgjumaður mikill og svo mikill logmaður að engir þóttu löglegir dómar dæmdir nema hann væri við. Hann átti dóttur eina er Unnur hét. Hún var væn kona og kurteis og vel að sér og þótti sá bestur kostur á Rangárvöllum.

(Había un hombre llamado Mord que se apellidaba Fiddle; era hijo de Sigvat el Rojo, y moraba en el valle de los Rangrivervales. Era un jefe muy poderoso, que aceptaba todos los pleitos, y era tan buen abogado que ninguna sentencia parecía legal a menos que él tuviese algo que ver. Tenía una única hija, Unna. Era una mujer justa, cortés y dotada, y se la consideraba el mejor partido de los Rangrivervales). Fragmento de la *Brennu-Njáls Saga* (*La saga del Requemado Njál*, la saga más famosa de Islandia, que data del siglo XIII).

El islandés se considera un idioma muy complejo y difícil de aprender. Por ejemplo, no hay menos de doce palabras diferentes para cada uno de los números del uno al cuatro, que hay que utilizar dependiendo del contexto. Los sustantivos pueden ser de tres géneros: masculino, femenino y neutro. Los adjetivos cambian según el género del sustantivo al que acompañan: «*Gunnar er svangur*» («Gunnar es fuerte»), pero: «*Helga er svöng*»

(«Helga es fuerte»), donde Gunnar es masculino y Helga femenino. Además, los islandeses toman prestadas palabras de otros idiomas, como hace el inglés, pero crean las suyas propias para los objetos modernos: *tolva* para ordenador y *simi* para teléfono (de la palabra en islandés antiguo que significa «hilo»).

En septiembre los productores me comunicaron su decisión acerca del idioma en un paquete que me enviaron a casa. El paquete contenía un diccionario de bolsillo, un libro infantil, dos libros de gramática y varios periódicos. Por motivos presupuestarios, la productora había decidido pasar en Islandia sólo cuatro días, en lugar de la semana planeada en principio, y por esa razón el material de aprendizaje se me envió a casa varios días antes del viaje. No obstante, existía una dificultad: el diccionario que me habían proporcionado era muy pequeño y por lo tanto resultaba casi imposible empezar a descodificar los textos proporcionados por la productora para que estudiase. También me sentía mal por contar únicamente con cuatro días, en lugar de los siete planeados, en Islandia, ya que la culminación del desafío iba a ser una entrevista televisiva en directo desde Reikiavik, realizada totalmente en islandés. Para poder completar el desafío con éxito, necesitaba todo el tiempo posible en contacto con el idioma hablado.

Pero la situación era la que era; por tanto, me las arreglé lo mejor que pude con el material que tenía. Aprendí frases de uso común y vocabulario con los libros

de gramática, y empecé a construir mis propias frases a partir de las pautas de palabras que pude extraer de los diversos textos. Uno de los libros venía con un CD, así que intenté escucharlo para captar el acento y la pronunciación, pero me resultó muy difícil concentrarme a causa de la manera en que mi cerebro sintoniza y deja de prestar atención mientras escucha. Con otra persona presente puedo escuchar con gran intensidad, realizar un esfuerzo especial para mantener mi nivel de concentración, pero me resulta mucho más difícil cuando lo que he de hacer es escuchar un CD, tal vez porque aparentemente no es necesario realizar un gran esfuerzo para permanecer continuamente atento. Como resultado de todas esas dificultades me sentía muy desanimado el día del vuelo.

Era hora de despedirme de Neil, aunque al menos sólo sería cuestión de unos pocos días. Me recogió un taxi que me condujo al aeropuerto, donde me uní al equipo de filmación. Por fortuna, el aeropuerto estaba tranquilo y había poca gente dando vueltas. Me llevé los libros conmigo, pero esperaba recibir un material mejor una vez que llegásemos a Islandia. El vuelo no fue muy largo y pasé la mayor parte del tiempo mirando por la ventana o leyendo los cuentos de los libros infantiles islandeses.

Islandia es uno de los países más pequeños del mundo, con una población de poco más de un cuarto de millón. Está situado en el Atlántico norte, justo al sur del

Círculo Ártico. Localizado en un centro de actividad geológica de la dorsal atlántica, la isla es muy activa geológicamente. Cuenta con muchos volcanes y géiseres activos, y su potencia geotérmica calienta muchos hogares islandeses. La tasa de alfabetización nacional es del 100%, y la poesía y la literatura son muy populares. En Islandia se publican más revistas y periódicos per cápita que en ningún otro lugar del mundo.

Tras nuestra llegada al aeropuerto de Keflavík, nos dirigimos en autobús a la ciudad más grande del país, que también es la capital, Reikiavik (con una población de algo más de 110 000 habitantes), que cuenta con el sobrenombre de *Stærsta smáborg í heimi*, «la pequeña capital más grande del mundo».

Se acababa el verano, aunque el tiempo seguía siendo plácido: el aire era frío y puro, pero no gélido. El autobús contaba con ventanillas grandes y luminosas a cada costado, y al mirar al exterior durante el trayecto me fijé en grandes concentraciones algodonosas de nubes plateadas suspendidas en el cielo bajo las que podía verse, a lo lejos, un paisaje sombrío de color azul metálico. Al acercarnos a Reikiavik pude ver que la luz diurna empezaba a palidecer. Cerré los ojos y conté para mí mismo en islandés: *einn, tveir, þrír, fjórir...*

En el hotel conocí a mi profesora de islandés, Sigriður, aunque me pidió que la llamase «Sirrý». Sirrý trabajaba como profesora de estudiantes extranjeros en la universidad local, pero me dijo que nunca había sabido de

nadie que intentase aprender islandés en tan corto espacio de tiempo, y dudaba que fuese posible. Sirrý llevaba mucho material de lectura en una bolsa, para que pudiéramos estudiar juntos. Siempre que se daba la oportunidad, abríamos los libros y yo leía los textos en voz alta para que ella pudiera corregirme la pronunciación y ayudarme con las palabras desconocidas.

La gran cantidad de material de lectura que trajo me ayudó a desarrollar un sentido intuitivo de la gramática del idioma. Una de las cosas en que me fijé es que muchas palabras parecen aumentar de longitud cuanto más tarde aparecen en una frase. Por ejemplo, la palabra *bók* (libro) suele ser más larga cuando se utiliza siempre al principio de una frase: «*Bókin er skrifuð á íslensku*» («El libro está escrito en islandés»), y todavía más larga al final: «*Ég er nýbúinn að lesa bókina*» («Acabo de leer el libro»). Tenemos otro ejemplo en la palabra *borð* (mesa): «*Borðið er stórt of þungt*» («La mesa es grande y pesada»), y: «*Orðabókin var á borðinu*» («El diccionario está sobre la mesa»). La situación espacial de la palabra en una frase me ayudó a conocer la forma gramatical que probablemente tomaría.

La presión del tiempo resultó ser la parte más difícil del reto. Gran parte del escaso tiempo de que disponía para estudiar nos lo pasábamos yendo en coche a diversas localizaciones para filmar, un problema que empeoró cuando descubrimos que Sirrý se mareaba. Pero claro, también tenía la ventaja de que te llevaban a visitar

muchos lugares distintos; Islandia es un país visualmente asombroso y para mí representó una oportunidad para empaparme del ambiente, algo que me hubiera resultado imposible en una clase dada en la habitación del hotel.

Pasamos un día en Gullfoss, que significa «cascada dorada». Situada en el río glaciar Hvita, la enorme cascada blanca cae 32 metros en un estrecho cañón de 70 metros de profundidad y 2,5 kilómetros de longitud. Vista de cerca, la fina cortina de agua que cae continuamente en el aire humedecido se parecía a la forma en que se ve el número 89 en mi cabeza. Esta sensación no fue única. Permaneciendo cerca pero fuera de la lluvia, en una pequeña gruta ventosa, me sentí como si hubiese trepado al interior de la oscura vaciedad del número 6.

Incluso las curvas onduladas de las montañas en la lejanía me recordaron secuencias numéricas. Entonces fue cuando más a gusto me sentí en Islandia.

Un desplazamiento para visitar la zona termal del valle de Haukadalur me dio la oportunidad de ver de cerca los famosos géiseres de Islandia. La palabra «géiser» proviene del verbo *gjósa*, que significa «manar, salir a borbotones». Se trata de un raro fenómeno, del que sólo existen mil ejemplos en todo el mundo. La actividad de los géiseres está causada por agua de superficie que va filtrándose poco a poco a través de fisuras y almacenándose en cavernas. El agua así encerrada es calentada por rocas volcánicas a una temperatura de unos 200° C, provocando que se convierta en vapor y se abra

camino hacia arriba y hacia el exterior. Finalmente, el agua que resta en el géiser vuelve a enfriarse a temperatura inferior y la erupción finaliza; el agua de superficie calentada vuelve a filtrarse en el depósito y así comienza de nuevo todo el ciclo.

Observar la erupción de un géiser me pareció fascinante. Al principio el agua turquesa empieza a hervir, luego se forman grandes burbujas que estallan, empujando el agua hirviendo hacia arriba. La propia erupción es súbita y violenta, produciendo una elevada y gruesa columna de agua reluciente a más de diez metros de altura. El aire alrededor del géiser queda impregnado de olor a azufre, como de huevos podridos, que afortunadamente se lleva el viento.

Viajar durante largos períodos de tiempo entre filmación y filmación era muy cansado, y las paradas para comer siempre eran bienvenidas. Mientras el equipo se atiborraba de hamburguesas y patatas fritas, yo degustaba platos tradicionales islandeses, como *kjötsúpa* (sopa de cordero) y *plokkfiskur* (un tipo de pescado picado). Hablaba todo lo posible en islandés con Sirrý, mientras tomaba notas en un gran cuaderno negro que llevaba conmigo en todo momento.

La culminación del desafío llegó con una entrevista televisiva en directo en el marco del popular programa *Kastljós (Destacado)*. Antes de la entrevista estaba nervioso, pero también confiado, aunque no tenía ni idea del tipo de preguntas que me harían. Estuve hablando con

los presentadores durante un cuarto de hora, todo el tiempo en islandés, enfrente de una audiencia de cientos de miles de personas. Sentarme frente a las cámaras y hablar únicamente en un idioma con el que había empezado a familiarizarme hacía sólo una semana fue una experiencia escalofriante. Y lo más extraño es que me entendían totalmente. Según pasaba la semana, había ido observando a los islandeses conversar en su lengua materna; parecía como si para ellos resultase totalmente natural y fácil, como si respirasen islandés. Por el contrario, mi manera de hablar era más lenta y dubitativa. Se lo expliqué a los entrevistadores, diciendo: «*Ég er með islensku asma*» («Tengo asma islandesa»).

También realicé otras entrevistas con los medios de información locales en Reikiavik y una aparición en el programa matinal más importante de la televisión islandesa; la entrevista también se realizó totalmente en islandés. En ese programa, también apareció Sirrý, mi profesora, que se mostró muy obsequiosa conmigo acerca de lo bien que según ella lo había hecho durante la semana en la que había estudiado el idioma. Sirrý también dio una entrevista en inglés para el programa documental, en la que dijo que nunca antes había tenido un estudiante como yo y que «¡no era humano!». Le estoy muy agradecido, sobre todo porque su ayuda y sus ánimos fueron muy valiosos para mí.

Al regresar de Reikiavik al final de la filmación del documental, tuve la oportunidad de reflexionar acerca de

lo lejos que había llegado. Sólo unos pocos años antes hubiera parecido imposible que pudiera llevar una vida tan independiente: volar y viajar por otro continente, conocer a todo tipo de gente y visitar toda clase de lugares, y tener la confianza suficiente como para compartir mis pensamientos más íntimos y mis experiencias con el mundo. La visita a Islandia también me pareció tanto asombrosa como emotiva y sentí que era un privilegio que los islandeses me acogieran con tanta calidez y entusiasmo. Era algo bien extraño: las mismas capacidades que me apartaron de mis semejantes de niño y adolescente, y que me aislaron de ellos, ahora —de adulto— me ayudaban a conectar con otras personas y a hacer nuevos amigos. Fueron unos meses increíbles para mí, y todavía no se había acabado.

Una mañana de la primavera siguiente recibí una llamada de teléfono en la que me comunicaban que había sido invitado a una próxima edición del *Late Show with David Letterman*. Todos los preparativos se habían realizado a través del canal Discovery Science, que puso en pantalla *Brainman (Hombre-cerebro)* por primera vez varias semanas antes en Estados Unidos. La reacción frente al programa fue muy positiva, incluyendo una detallada crítica aparecida en el *New York Times*. Aunque nunca había visto el programa de Letterman, sí que había oído hablar de él y sabía que hacía mucho tiempo que estaba en antena y que era muy popular. El equipo del canal Discovery estuvo de acuerdo en hacerse cargo del

coste del viaje a Nueva York el día de la grabación y ya me habían organizado todo un programa de actividades. Pero el proyecto presentaba un problema: debía volar esa tarde y la entrevista iba a realizarse al día siguiente.

Fue una suerte que Neil trabajase en casa, y que estuviese de acuerdo en ayudarme a hacer la maleta y llevarme al aeropuerto. Las reservas necesarias se hicieron muy rápido a través de Internet, y todo lo que tuve que hacer fue prepararme e irme. No estaba mal que todo sucediese con tanta rapidez; así no tuve tiempo de preocuparme y en lugar de ello sólo tenía que concentrarme por completo en cuestiones rutinarias, como lavarme, vestirme y hacer la maleta. En el coche, camino al aeropuerto, Neil intentó ayudarme a calmarme diciéndome que debía disfrutar de la experiencia y sencillamente ser yo mismo.

El asiento en el avión era grande y cómodo, y pude dormir durante gran parte de la duración del vuelo, lo cual me ayudó bastante. Tras aterrizar en el aeropuerto JFK, seguí al resto de los pasajeros por los diferentes pasillos hasta que llegamos a las largas colas de los controles de seguridad. Cuando me tocó el turno me dirigí a la cabina y alargué mi pasaporte. El hombre que había al otro lado de la ventana me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme en Estados Unidos, y yo contesté: «Dos días». Volvió a preguntar, sorprendido: «¿Sólo dos días?», y asentí. Me miró fijamente durante un momento, me devolvió el pasaporte y me dio entrada.

Tras recoger mi bolsa y llegar a la zona de llegadas, vi a un hombre que sostenía un cartel con mi nombre. Me habían dicho que una vez llegase al JFK habría un chófer esperándome, así que me dirigí hacia él, se hizo cargo de mi equipaje y fuimos hacia el coche, que era largo, negro y muy brillante. Me llevó hasta un hotel en Central Park South, en Manhattan. Hasta hace bien poco tiempo me habría aterrado pensar en tener que entrar solo en un hotel y tratar de hallar mi habitación, sin acabar desesperado y perdido. Pero a estas alturas ya estaba muy acostumbrado a los hoteles y no tuve ningún problema. Recogí las llaves, subí las escaleras para llegar a mi habitación y me acosté.

A la mañana siguiente me reuní con una representante del equipo del canal Discovery Science, llamada Beth. Su tarea era asegurarse de que me ponía la ropa adecuada para el programa (colores, nada blanco ni de rayas, por ejemplo), y hacerme sentir tan sosegado y cómodo como fuese posible antes de la grabación. Recorrimos juntos una serie de largas y ajetreadas calles hasta el Ed Sullivan Theater, un estudio de radio y televisión situado en el número 1697 de Broadway y hogar del *Late Show* durante los últimos doce años. Tras recibir mi pase de seguridad, fui recibido por el equipo de producción del programa, que me dio el horario de los eventos del día. Pregunté si me podía acompañar alguien por el estudio, de manera que me sintiese cómodo andando por él durante la grabación, más tarde. Sólo se trataba de una

corta distancia desde bastidores y de dar un único paso hasta alcanzar la tarima principal, donde estrecharía la mano de David y me sentaría. El asiento era grande y blando, pero en los estudios hacía frío; me dijeron que David insistía en una temperatura ambiente de 14,50° C. Esperaba no tiritar demasiado durante el programa.

Antes de regresar al estudio para grabar a las cuatro y media, tuve tiempo de comer en el hotel. Luego me llevaron a una pequeña habitación donde observé el inicio del programa en un aparato de televisión en la pared, antes de llevarme a maquillaje. Las cerdas del cepillo eran blandas y reconfortaban mi piel, tanto que me sentí sorprendentemente relajado cuando me condujeron hasta el estudio y me mostraron dónde debía quedarme de pie mientras el programa hizo una pausa comercial. Luego oí a David anunciándome a la audiencia y recibí una señal del regidor para que empezase a andar. Siguiendo los ensayos de primera hora del día, recordé que debía mantener la cabeza alzada según hacía entrada y estrechaba la mano de David antes de tomar asiento. Me recordé que debía mantener contacto visual durante la entrevista. La audiencia se encontraba lo suficientemente retirada de las luces del estudio como para no verla, sólo oírla. Eso era bueno para mí, porque me daba la sensación de que David era la única persona con la que hablaba. Empezó en tono serio, preguntándome por mi autismo y las crisis epilépticas que tuve de pequeño e incluso me felicitó por mis aptitudes sociales; fue

entonces cuando la audiencia comenzó a aplaudir. A partir de ese momento dejé de sentirme preocupado. Cuando empecé a describir mi récord de pi, David me interrumpió y dijo cuánto le gustaba pi, ante lo que la audiencia se rio. También me preguntó qué día de la semana había nacido él y me dio la fecha: 12 de abril de 1947. Le dije que nació un sábado y que su sesenta y cinco cumpleaños, en el 2012, caería en jueves. La audiencia aplaudió con fuerza. Cuando la entrevista finalizó, David me estrechó la mano con firmeza y toda la gente que había detrás de las cámaras aplaudió mientras yo me marchaba. Beth me felicitó y dijo que había aparecido en pantalla muy tranquilo y dueño de mí mismo. Esta experiencia me mostró, más que ninguna otra, que ahora era realmente capaz de abrirme camino en el mundo, de hacer por mí mismo las cosas que otras personas dan por sentadas, como viajar de improviso, estar solo en un hotel o caminar por una calle muy transitada sin sentirme sobrepasado por las diversas señales, sonidos y olores. Me sentí eufórico al pensar en que mis esfuerzos no habían caído en saco roto, sino que me habían llevado hasta un punto que estaba más allá de todo lo que podría haber imaginado.

El documental *Brainman* apareció por primera vez en antena en Gran Bretaña en mayo del 2005 y tuvo índices de audiencia muy elevados. Desde entonces ha sido emitido o vendido en más de veinte países de todo el mundo, desde Suiza hasta Corea del Sur. Recibo

regularmente correos electrónicos y cartas de personas que han presenciado el programa y que se han emocionado o inspirado gracias a él, y para mí es muy emocionante pensar que mi historia haya podido ayudar a tanta gente.

La reacción de mi familia ante el programa también fue muy positiva. Mi padre me dijo que estaba muy orgulloso de lo que había logrado. Desde que una caída reciente le dejó parcialmente inválido, vive en un alojamiento especialmente equipado para hacer frente a su situación, donde puede recibir atención médica constante, cerca de la casa familiar. Neil y yo conducimos a menudo hasta Londres para verle. Al ir haciéndose mayor, la salud mental de mi padre se ha estabilizado e incluso ha utilizado sus experiencias para contribuir con artículos al boletín del grupo local de apoyo.

No siempre sentí una fuerte conexión emocional con mis padres, hermanos y hermanas, y nunca lo experimenté como un tipo de carencia porque simplemente no formaban parte de mi mundo. Ahora es distinto: soy consciente de cuánto me quiere mi familia y de lo mucho que ha hecho por mí a lo largo de los años; al ir haciéndome mayor, la relación con ellos no ha hecho más que mejorar. Creo que enamorarme me ha ayudado a acercarme a mis sentimientos, no sólo hacia Neil, sino también hacia mi familia y amigos, y a aceptarlos. Tengo una buena relación con mi madre; hablamos por teléfono regularmente y disfruto de ello. Continúa desempeñando

un papel muy importante de apoyo para mí, animándome y reconfortándome, al igual que ha hecho a lo largo de toda la vida.

La mayoría de mis hermanos y hermanas son ahora jóvenes adultos, como yo. De niño no me mezclé mucho con ellos, pero de adultos hemos ido acercándonos más y hemos aprendido mucho unos de otros. El de edad más cercana, mi hermano Lee, trabaja como inspector ferroviario y es una especie de adicto a la informática. Mi madre se queja de que cuando no trabaja se pasa la vida frente a la pantalla del ordenador.

Mi hermana Claire está estudiando el último curso de literatura inglesa y filosofía en la Universidad de York. Al igual que yo, siente un profundo interés por las palabras y el lenguaje, y está pensando en ser profesora tras terminar sus estudios.

Steven, mi segundo hermano, continúa requiriendo mucha ayuda de la familia a causa de su síndrome de Asperger. Toma medicación antidepresiva, que es común entre las personas con autismo. Al igual que yo, él también camina en círculos siempre que piensa con intensidad en algo; en el jardín de la casa familiar hay una zona de forma circular desgastada de tanto caminar. Steven es un músico entusiasta, con una tendencia muy marcada por los instrumentos de cuerda. Ha aprendido él solo a tocar la guitarra y el laúd griego. También tiene un conocimiento enciclopédico acerca de su grupo musical favorito, Red Hot Chilli Peppers. A veces mis padres se

quejan de su manera de vestir, porque se pone ropa de colores muy intensos (zapatos anaranjados, por ejemplo) y se cambia de peinado cada semana. No creo que deban preocuparse, porque me parece que está tratando de desentrañar quién es e intenta de varias maneras sentirse cómodo en el mundo que le rodea. Steven hace una prestación voluntaria en la tienda benéfica local y su actual obsesión son los triops, pequeños crustáceos a los que se considera la especie animal más antigua del mundo que sigue viva. Es una persona muy suave y agradable, y me siento orgulloso de él y muy esperanzado acerca de su futuro.

Luego está mi hermano Paul, que es un año menor que Steven y que trabaja de jardinero. Posee un gran conocimiento de las plantas; sabe cuándo hay que sembrar, dónde situarlas en el jardín, qué tipo de tierra requieren, cuánto sol requiere cada planta y demás. Siempre que necesito consejo para mi jardín se lo pregunto a Paul.

Las gemelas también crecieron: Maria, la mayor por diez minutos, aprobó hace poco sus exámenes escolares con buena nota. Al igual que Claire, es una rata de biblioteca y se pasa la vida leyendo. Natasha acaba de dar a luz a su hijo, Matthew, convirtiéndome por primera vez en tío. Tengo una foto de mi sobrino en el aparador de la cocina. Mirarla me ayuda a recordar los milagros de la vida y el amor.

Finalmente, están mis hermanas pequeñas, Anna-Marie y Shelley. Ambas son ahora activas y ruidosas adolescentes. Shelley comparte mi amor por los libros y le gustan especialmente las obras de Jane Austen y de las hermanas Brontë.

Las visitas a mi familia son siempre experiencias muy felices para mí. Me siento más cerca de cada uno de ellos ahora que en ningún otro momento. Mirando hacia atrás estoy muy agradecido por todo el amor que me dieron y que continúan dándome. Su apoyo ha sido una de las grandes razones de cualquiera de los éxitos que haya podido tener en la vida. Con cada visita espero con expectación nuestras charlas sobre libros y palabras (y a menudo, inevitablemente, sobre Red Hot Chilli Peppers), así como enterarme de sus experiencias, planes y sueños de cara al futuro. Me siento muy honrado al formar parte de sus vidas.

Paso gran parte de mi tiempo en casa. Ahí es donde estoy más tranquilo, cómodo y seguro, porque a mi alrededor hay orden y rutina. Por la mañana, siempre me cepillo los dientes antes de ducharme. Me los cepillo uno a uno, individualmente, y a continuación me enjuago la boca con agua. Cuando me lavo, utilizo aceites naturales —de árbol del té y jojoba— a fin de mantener la piel limpia y suave, ya que el jabón reseca demasiado y me irrita. Para desayunar como gachas de avena; me encanta sentir la textura de la avena en la lengua. Durante el día

bebo tazas de té caliente, mi bebida favorita, con leche descremada.

Cocino regularmente, porque se trata de una experiencia táctil que me ayuda a relajarme. Una receta es como una suma o ecuación matemática; el producto (tanto si se trata de una tarta como de un guiso) es la suma de sus partes. Los ingredientes de una receta mantienen relaciones entre sí; si divides en dos o doblas un ingrediente has de acordarte de dividir o doblar los demás. Esta es una receta básica para un bizcocho para seis personas:

6 huevos

340 g de harina con levadura

340 g de mantequilla

340 g de azúcar extrafino.

Que también podría escribirse así:

6 huevos + 340 g de azúcar + 340 g de mantequilla + 340 g de azúcar = bizcocho para 6.

Para preparar un bizcocho para tres personas en lugar de para seis, cambio el producto de la suma a: bizcocho para tres en lugar de para seis, que es lo mismo que la mitad, así que divido entre dos todas las cantidades de la

suma (3 huevos, 170 g de harina... etc.) para lograr al nuevo producto.

Preparo muchos alimentos que comemos en casa utilizando recetas sencillas que recopiló de libros, familia o amigos. Hacemos nuestro propio pan y elaboramos mantequilla de cacahuets para los bocadillos del almuerzo. A veces hago leche de avena o yogur como tentempié. También preparamos una sabrosa masa, baja en calorías, para tartas que rellenamos con manzanas de los frutales de nuestro jardín. Neil utiliza parte de la cosecha para hacer sidra. Él también me ayuda en la cocina y trabajar juntos en una receta se convierte para mí en una oportunidad de practicar mi capacidad de cooperar y comunicarme eficazmente como parte de un esfuerzo en equipo.

El jardín también cuenta con un huerto donde tenemos cebollas, guisantes, patatas, tomates, coles, lechugas, y hierbas como menta, romero y salvia. Me encanta trabajar en el jardín a causa de la tranquilidad, el aire fresco y la calidez del sol, y también porque me gusta escuchar el canto de los pájaros y observar a los insectos avanzando cuidadosamente entre los árboles y las plantas. La jardinería es un buen ejercicio y ayuda a relajarse, requiere paciencia y dedicación y me ayuda a sentir una mayor conexión con el mundo que me rodea.

Vivir de manera más autosuficiente proporciona una intensa sensación de calma y contento. Una sopa hecha de tomates caseros recién cortados es mucho más sabrosa

que nada que puedas comprar en una tienda. A mis amigos les gustan las tarjetas de cumpleaños personalizadas que preparo con cartulina, un lápiz y ceras de colores. Los gastos de la compra no son caros porque planifico todas nuestras comidas con semanas de antelación y hago un presupuesto antes de salir a comprar. Alrededor de una tercera parte de los alimentos cultivados para el consumo en Gran Bretaña acaban tirándose, en parte porque muchas personas adquieren más artículos de lo necesario.

Durante una época comprábamos semanalmente en nuestro supermercado local, igual que hace mucha gente. Yo solía «desconectar», preocuparme y mostrarme poco comunicativo a causa del tamaño de la tienda, de los numerosos compradores y la cantidad de estímulos que me rodeaban. Los supermercados suelen tener la temperatura ambiente muy alta, lo cual es un problema para mí porque mi piel se irrita y me siento muy incómodo cuando tengo demasiado calor. Luego están las luces parpadeantes y los fluorescentes, que me perjudican la vista. La solución fue acudir a las tiendas locales pequeñas, mucho más cómodas para mí, a menudo menos caras. Eso implica apoyar el pequeño comercio de nuestra comunidad.

Cuando vamos de compras, Neil siempre conduce porque yo no puedo. Me he presentado al examen práctico en dos ocasiones, después de muchas clases, y he suspendido las dos veces. Las personas autistas suelen

necesitar un plus de experiencia, práctica y concentración para poder conducir. Y la razón es que no somos lo suficientemente habilidosos en situaciones espaciales, como es el caso de conducir un vehículo por una calle o carretera. Otra de las dificultades estriba en juzgar lo que harán otros conductores y comprender que no todos hacen caso de las normas todo el tiempo. Por fortuna, a Neil no le importa conducir para los dos.

Tengo varios planes de cara al futuro. Uno es continuar ayudando a instituciones benéficas, como a la Sociedad Autista Nacional y a la Sociedad Nacional de la Epilepsia, que son importantes para mí. Cuando ofrezco una charla en nombre de una institución benéfica enfrente de mucha gente, me siento o permanezco de pie de manera que pueda ver a Neil entre la audiencia e imaginar que sólo hablo para él. Entonces no me pongo nervioso.

También tengo pensado continuar trabajando con científicos e investigadores para descubrir más acerca de mi cerebro y de cómo trabaja. Tras mi récord de pi y el programa documental, me vi inundado de peticiones de científicos de todo el mundo que querían estudiarme. En el 2004 conocí al principal experto en el síndrome del genio autista, el doctor Darold Treffert, en Wisconsin, Estados Unidos. Durante este encuentro se me dijo que yo encajaba en el criterio de diagnóstico de esa condición. Desde entonces, he participado regularmente

en diversos proyectos de investigación científica. Estos son dos ejemplos de estudios recientes:

En el 2004, el profesor Daniel Bor, del Consejo de Investigación Médica de la Cognición y de la Unidad de Ciencias Cerebrales de Cambridge, realizó un análisis de mi intervalo numérico, la capacidad de procesar información numérica secuencial y recordarla en el orden correcto. En cada parte de la prueba me sentaron frente a una pantalla de ordenador, en la que aparecían secuencias de números, una cada vez, a un ritmo de un dígito cada medio segundo. Tras cada secuencia me pedían que teclease los números en el ordenador. Mi intervalo numérico registrado fue de 12 dígitos, el doble del rango normal de 5-7 dígitos. Cuando el ordenador mostraba números que se habían coloreado de forma aleatoria, para comprobar si interferían con mi sinestesia, mi rendimiento descendía a entre 10-11 dígitos. El profesor Bor me dijo que nunca había analizado a nadie antes con un intervalo numérico superior a 9 y que mis resultados eran extremadamente raros.

Neil Smith, profesor de lingüística en el Colegio Universitario de Londres, realizó un experimento, en el verano del 2005, cuyo objeto era saber cómo proceso ciertos tipos de construcciones de frases. Todas las frases implicaban lo que los científicos denominan «negación meta-lingüística», en la que la negación opera no a través de las palabras de la frase, sino de cómo se expresa. Por ejemplo, cuando a la mayoría de las personas se les

muestra la frase: «John no es alto, es un gigante», la entienden perfectamente: John es tan alto que no puede decirse que sea meramente alto. No obstante, yo sólo entiendo esa distinción porque me la explicaron cuidadosamente. El experimento demostró que esas frases me resultan contradictorias y difíciles de analizar gramaticalmente. Se trata de un problema común entre las personas autistas, debido a la literalidad de nuestros procesos de pensamiento y comprensión.

También hay otra manera en la que espero que mis capacidades puedan ser de ayuda para otras personas en el futuro, y es fomentando una aceptación más amplia de diversos medios de aprendizaje. El aprendizaje visual puede ser beneficioso para muchos estudiantes «neurotípicos», así como para aquellos con autismo. Por ejemplo, utilizar colores distintos para señalar las palabras como sustantivo, verbo o adjetivo puede proporcionar una introducción a la gramática simple y eficaz. De igual modo, en los cursos de idiomas en línea que escribo para mi página web, el vocabulario nuevo aparece con las letras de las palabras en tamaños distintos, lo cual ayuda a proporcionar a cada término una «forma» única. Las letras de baja frecuencia, como *q*, *w*, *x* o *z*, se escriben pequeñas, mientras que las de frecuencia intermedia, como *b*, *c*, *j* o *h* aparecen en un tamaño normal. Las de alta frecuencia (vocales y consonantes como *l*, *r*, *s* o *t*) son más grandes. Así pues, la palabra alemana *zerquetschen* (aplastar) se presenta como

zerquetschen; la palabra francesa *vieux* (viejo) como *vieux*, y la española *conozco* como *conozco*.

Cualquier aspiración que pudiera albergar de cara a mi vida personal es muy sencilla: continuar trabajando mi relación con Neil, practicar mis capacidades comunicativas, aprender de mis errores y hacer las cosas a su ritmo. También espero estrechar todavía más las relaciones con mi familia y mis amigos, y que a través de este libro puedan conocerme y comprenderme al menos un poco mejor.

Todavía recuerdo vívidamente la experiencia que tuve de adolescente, tendido en el suelo de mi habitación mirando el techo. Intentaba imaginar el universo en mi cabeza, alcanzar una comprensión concreta sobre qué era «todo». En mi mente viajé a los límites de la existencia y miré por encima de ellos, preguntándome qué encontraría. En ese instante me encontré realmente mal y me podía sentir el corazón latiendo con fuerza dentro de mí, porque por primera vez comprendí que pensamiento y lógica tienen límites y sólo pueden llevar a una persona hasta ese punto. Esta comprensión me asustó y tuvo que pasar mucho tiempo para que pudiera aceptarla.

Muchas personas se sorprenden cuando se enteran de que soy cristiano. Imaginan que ser autista dificulta o imposibilita creer en Dios o explorar temas espirituales. Es verdad que mi Asperger hace que me sea más difícil tener empatía o pensar en abstracto, pero no me ha impedido pensar en cuestiones profundas, sobre

cuestiones como la vida y la muerte, el amor y la relación. De hecho, muchas personas con autismo se benefician de las creencias religiosas o de la espiritualidad. El énfasis de la religión en el ritual, por ejemplo, es de gran ayuda para las personas con trastornos autistas, a las que resulta beneficioso la estabilidad y la consistencia. En un capítulo de su autobiografía, titulada *Stairway to Heaven: Religion and Belief*, Temple Grandin, una escritora autista y profesora de ciencias naturales, describe su visión de Dios como una fuerza que ordena el universo. Sus creencias religiosas tienen su origen en su experiencia de trabajo en la industria cárnica y la sensación que tuvo de que debía de existir algo sagrado respecto a la muerte.

Al igual que otras personas con autismo, mi actividad religiosa es sobre todo intelectual, más que social o emocional. Cuando estaba en secundaria carecía de todo interés por la educación religiosa y era desdeñoso ante la posibilidad de un Dios o de que la religión fuese beneficiosa para la vida de las personas. El motivo de ello era que Dios era algo que yo no podía ver, escuchar o sentir, y que los argumentos religiosos que leía y escuchaba no tenían ningún sentido para mí. El momento decisivo llegó cuando descubrí los escritos de G. K. Chesterton, un periodista inglés que escribió extensamente sobre sus creencias cristianas en la primera mitad del siglo XX.

Chesterton fue una persona notable. En el colegio, sus profesores le describieron como un soñador y «no en el mismo plano que el resto», mientras que de adolescente creó un club de debate con amigos, en el que a veces discutían una idea durante horas seguidas; él y su hermano Cecil debatieron en una ocasión durante dieciocho horas y trece minutos. Podía citar capítulos enteros de Dickens y de otros autores de memoria y recordaba los argumentos de las 10 000 novelas que evaluó como lector editorial. Sus secretarias decían que podía dictar un ensayo a la vez que escribía otro a mano sobre temas distintos. Sin embargo, siempre se perdía, tan absorto en sus pensamientos que a veces debía telefonear a su esposa para que le ayudase a regresar a casa. También sentía fascinación por los detalles cotidianos que le rodeaban, como contaba en una carta a su esposa: «No creo que haya nadie que disfrute tanto con las cosas, tal como son, como yo lo hago. La sorprendente humedad del agua me apasiona e intoxica. La fogosidad del fuego, la fortaleza del acero, la inexpresable fangosidad del fango». Es posible que Chesterton estuviese en el extremo más elevado de nivel funcional del espectro autista. Lo que es cierto es que siempre me sentí muy cerca de él desde que leí sus experiencias e ideas.

Leer a Chesterton de adolescente me ayudó a lograr una comprensión intelectual de Dios y del cristianismo. El concepto de la Trinidad, de Dios compuesto de una relación viva y amorosa, fue algo que pude imaginarme

mentalmente y que tenía sentido para mí. También me fascinó la idea de la Encarnación, de Dios revelándose a Sí mismo al mundo en forma tangible y humana, como Jesucristo. Aun así, no sería hasta cumplir veintitrés años cuando decidí participar en un curso en una iglesia local, que tenía por objeto enseñar las bases del cristianismo en reuniones semanales y sociales. Cada semana acudía a la reunión y agotaba a mis compañeros de curso haciendo preguntas sin parar. No me interesaba rezar en busca de orientación o escuchar las experiencias de los demás, sino obtener respuestas a mis preguntas. Por fortuna, Chesterton respondió a todas ellas en sus libros. La Navidad del 2002 me convertí en cristiano.

Mi autismo puede en ocasiones hacer que me sea difícil comprender lo que otras personas pueden pensar o sentir en cualquier situación dada. Por esa razón, mis valores morales se basan más en ideas que son lógicas, tienen sentido para mí y he pensado detenidamente que en mi capacidad para «ponerme en el sitio de otro». Sé tratar a todas las personas que conozco con amabilidad y respeto porque creo que cada individuo es único y creado a imagen y semejanza de Dios.

No suelo acudir mucho a la iglesia porque puedo sentirme incómodo al tener a mucha gente sentada y de pie a mi alrededor. No obstante, en las contadas ocasiones en que he estado en el interior de una iglesia me ha parecido una experiencia muy interesante y conmovedora. La arquitectura suele ser compleja y

hermosa, y me gusta tener mucho espacio por encima de la cabeza al levantar la vista hacia los elevados techos. Al igual que en la infancia, disfruto escuchando cantar himnos religiosos. La música me ayuda a experimentar sensaciones que podrían describirse como religiosas, como son las de unidad y trascendencia. Mi canto favorito es el *Ave Maria*. Siempre que lo oigo me siento totalmente metido en el flujo de la música.

Algunos de mis relatos favoritos provienen de la Biblia, como la historia de David y Goliat. Muchos de ellos utilizan un lenguaje simbólico y pintoresco que puedo visualizar y que me ayuda a comprender la narración. En la Biblia hay muchos fragmentos hermosos e inspiradores, pero mi favorito es el siguiente, del libro primero de los Corintios:

«El amor es paciente, el amor es amable. El amor no es envidioso, celoso o jactancioso. No es arrogante ni rudo. El amor no insiste en su propia manera de hacer las cosas. No es irritable ni resentido. No se regocija con el mal ni la maldad, sino con lo correcto y verdadero. El amor lo alberga todo, cree en todo, lo espera todo, lo soporta todo. El amor nunca acaba. Morad en fe, esperanza y amor. Pero el más grande de estos es el amor».

Se dice que todo el mundo tiene un momento perfecto de vez en cuando, una experiencia de paz y conexión total, como al mirar desde la punta de la torre Eiffel o al observar una estrella fugaz en la oscuridad de la noche. Yo no tengo muchos de esos momentos, pero Neil dice que no importa, porque su rareza es lo que los convierte en especiales. El más reciente me llegó un fin de semana del pasado verano, en casa —me suelen ocurrir estando en casa—, después de una comida que había preparado y comido con Neil. Estábamos sentados juntos en la sala de estar, sintiéndonos llenos y felices. De repente experimenté una especie de olvido de mí mismo, y en ese breve y resplandeciente momento toda mi ansiedad y torpeza pareció desaparecer. Me volví hacia Neil; le pregunté si había sentido la misma sensación y me dijo que así era.

Imagino esos momentos como fragmentos o astillas dispersas a lo largo de la vida. Si una persona pudiera recopilarlos y juntarlos, podría disfrutar de una hora o incluso de un día perfecto. Y creo que en esa hora o en ese día se hallaría más cerca del misterio de lo que es ser humano. Sería como tener un atisbo del cielo.



DANIEL PAUL TAMMET (31 de enero de 1979, Londres, Gran Bretaña). Se ha hecho famoso gracias a su habilidad para realizar cálculos mentalmente, aprender idiomas o recordar un gran número de dígitos de Pi. Es el primero de una serie de nueve hermanos y proviene de una típica familia de clase media londinense. Según cuenta en un libro que recoge sus memorias, *Born on a blue day* (*Nacido en un día azul*), algunas dolencias como la epilepsia, la sinestesia y el síndrome de Asperger le acompañaron durante toda su infancia y son en gran medida las responsables de sus extrañas habilidades mentales.

Tammet ostenta el récord europeo en cuanto a la memorización y recitado de pi con 22 514 dígitos en algo

más de cinco horas. Habla 11 lenguas: inglés, francés, finlandés, alemán, español, lituano, rumano, estonio, islandés, galés y esperanto. Está capacitado para aprender nuevas lenguas de una manera sorprendentemente rápida. Para demostrarlo, con motivo de su documental del Channel Five, fue retado a aprender islandés en una semana. Siete días después, apareció en la televisión islandesa conversando fluidamente en esa lengua, con su instructor comentando de fondo que «no parece humano, ¡es un genio!».

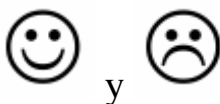
Por sus fantásticas características, Tammet fue objeto de un documental en el Reino Unido titulado *El chico del cerebro increíble*, siendo la primera emisión del canal de televisión británico Five Channel, el 23 de mayo de 2005.

Tammet y su ex-pareja, el ingeniero informático Neil Mitchell, estuvieron juntos desde 2001. Vivieron en Inglaterra, en un pueblo del condado de Kent, disfrutando de una tranquila vida. Tammet y Mitchell cooperaron en el servicio *online e-learning* donde han publicado cursos para el aprendizaje de idiomas. Hoy Tammet vive con su nueva pareja, Jerome, en Avignon.

Notas

[1] Mister Men: serie de cuarenta y seis libros infantiles de Roger Heargreaves, iniciada en 1971 (N. del T.). <<

[2] En el libro original aparecían estos dos emoticonos como caracteres especiales. Para evitar incompatibilidades con diversos dispositivos e intentando no desvirtuar demasiado el contenido de la frase, me he decantado por usar sus equivalentes en *ascii*. Los dos caracteres que había originalmente son los siguientes:



(N. del E. D.). <<